

índice

INTRODUCCIÓN	5
POR UNA NUEVA RAZÓN DE SER DE LA ALIANZA	11
POR UNA ESTRATEGIA CONTRATERRORISTA EFICAZ: LA COMPONENTE DE <i>HOMELAND SECURITY</i>	17
POR UNA ESTRATEGIA GLOBAL DE CONTRAPROLIFERACIÓN	23
<i>DEMOCRACY BUILDING</i> : UN OBJETIVO PRIORITARIO	27
TRANSFORMAR EL PROCESO DE AMPLIACIÓN	31
UNA ALIANZA POR LA LIBERTAD	35
EL COSTE DE LA NO-OTAN	39
CONCLUSIONES	43
ANEXO I: THE INNER-GERMAN DISCUSSION ON THE FUTURE OF NATO: THE POSITIONS OF THE POLITICAL PARTIES	45
ANEXO II: NATO REFORM SEEN THROUGH THE LENSES OF ENLARGEMENT	53
ANEXO III: NATO TRANSFORMATION. A NORTHAMERICAN VISION	59
ANEXO IV: LA REFORMA DE LA OTAN: FECHAS CLAVE	87
ANEXO V: PROPUESTAS DE REFORMA DEL SECRETARIO GENERAL	99
ENTREVISTAS REALIZADAS	103
BIBLIOGRAFÍA	107

Introducción

La OTAN es una organización victoriosa. Venció su principal confrontación, ganando pacíficamente la Tercera Guerra Mundial que el mundo occidental se vio obligado a librar frente a la amenaza del comunismo y de la URSS; y también supo imponer mediante el uso de la fuerza su visión pacificadora en los Balcanes. Victoriosa también, porque a pesar de las divergencias estratégicas entre sus miembros, logró durante cinco décadas ininterrumpidas mantener su cohesión. Victoriosa, en última instancia, porque siempre supo responder a la amenaza a la que se enfrentaba, animando a sus miembros a dotarse de los medios necesarios para contrarrestarla colectivamente.

No obstante, la Alianza Atlántica se encuentra hoy sumida en lo que posiblemente sea la peor crisis en su entera existencia. De hecho, hay dos formas de entender la realidad actual de la OTAN y ninguna promete un futuro mejor. Por un lado encontramos a quienes sostienen que la Alianza está clínicamente muerta en cuanto que instrumento militar y de defensa colectivo, porque la Alianza habría perdido su razón de ser tras evaporarse la amenaza soviética. 1989 no sólo habría finiquitado la confrontación Este-Oeste, sino sus instituciones militares. Negarse a entender la profunda mutación geoestratégica de comienzos de los 90 y actuar como si nada hubiera pasado llevaría a mantener una OTAN zombi, aparentemente viva por fuera, pero muerta por dentro. Dividida e incapaz de actuar colectivamente, como se

ha visto en Irak. Con la desaparición de la URSS Estados Unidos, la única superpotencia existente, se iría alejando de sus aliados europeos, capaz de defender por sí sola sus intereses nacionales; paralelamente, los europeos ya no necesitarían a Norteamérica para contrapesar a una nueva Rusia ya no amenazante, como el Moscú soviético, y también querrían ganar autonomía de decisión y acción frente a Washington. Dos tendencias estructurales que, trasladadas al seno de la OTAN, hacen de ésta una organización cruce de recriminaciones e inacción.

Hay una segunda forma de ver la Alianza, hoy imperante en el discurso oficial. La OTAN no estaría muerta ni mucho menos, sino que estaría más activa que nunca. De hecho, existiría una nueva OTAN, forjada a lo largo de los 90, ya no centrada en disuadir la amenaza soviética, sino en contribuir a la exportación de la estabilidad a través de las misiones de apoyo amplio a la paz, tal y como se ha hecho en los Balcanes o tal como se está realizando en un teatro tan alejado de Europa como es Afganistán. Y la OTAN podría llegar a estar también presente en otras zonas, como Darfur, si sus miembros así lo consideraran. La Alianza habría pasado en estos años de ser una organización para la defensa colectiva de sus miembros a convertirse en una institución de seguridad colectiva regional y con una ambición selectivamente global.

Ambas concepciones, paradójicamente, son acertadas. La OTAN pervive, pero no es la OTAN que existía

hasta los 90. Ha cambiado su orientación y su composición, amén de sus estructuras. Se ha convertido en otra cosa bajo el mismo nombre, pero no ha muerto. Y también es verdad que nunca antes la OTAN estuvo involucrada en tantas operaciones simultáneamente. De hecho, la OTAN nunca desplegó fuerzas fuera del territorio de sus miembros hasta mitad de los 90. Nunca se lo había planteado aunque ahora no deje de hacerlo.

Sin embargo, la creciente y hasta febril actividad de la OTAN no ha disminuido la sensación de que la época dorada de la Alianza es cosa del pasado, que la Organización convive con problemas no resueltos que pueden llegar a poner en peligro su existencia en cualquier momento. Se estaría viviendo en un más que frágil equilibrio.

De hecho, quienes defienden que la OTAN está hoy más viva que nunca también admiten que la Organización encuentra graves problemas en su funcionamiento, lo que la hace poco eficaz. Es como si sus miembros, agotados de estos años de mutuas recriminaciones, hubieran decidido prometer todo con tal de evitarse mayores disgustos políticos, pero a sabiendas de que no iban a cumplir sus palabras. Por eso las decisiones que adoptan los miembros de la Alianza tardan tanto en cumplirse, si es que se cumplen. En un entorno como el de la Guerra Fría, congelado por definición, la velocidad de reacción de los miembros era secundaria. En un escenario donde hay que poner a disposición de los mandos aliados tropas con las que realizar misiones, la palabra y el compromiso político ya no bastan, hay que generar las fuerzas necesarias y en el tiempo previsto para que los planes puedan cumplirse. Y eso hoy no sucede en la OTAN donde las cumbres se han convertido en una gran plataforma para la retórica y la firma de acuerdos que apenas se cumplen.

Es en este contexto caracterizado tanto por la hiperactividad como por la crisis perpetua, simultáneamente, donde surge el discurso sobre la reforma o la transformación de la Alianza. Pero también aquí coexisten dos visiones sobre la dirección en la que debe avanzar la OTAN. Por un lado, muchos en Europa preferirían que la Alianza sirviera de foro de consultas sobre las grandes cuestiones estratégicas del momento. De hecho, querrían que la OTAN fuera el lugar de diálogo estratégico entre América y Europa que ahora no es; por otro, particularmente del lado norteamericano, ven la necesidad de mejorar las capacidades militares y promover que las fuerzas armadas de los países miembros pierdan su orientación relativamente estática y se conviertan en fuerzas proyectables y expedicionarias.

La conjunción de ambas formas de entender el futuro de la Alianza -más político para unos, más capaz militarmente para otros- está dando como resultado una cierta parálisis y el retraso en abordar los cambios que se juzgan necesarios. Resulta muy difícil avanzar en la transformación de las capacidades militares si no existe un consenso sobre para qué se quieren; y, a la inversa, es imposible hacer de la OTAN un club de debate estratégico si la mayoría de sus miembros resultan marginales para contribuir a un esfuerzo colectivo o están volcados en su entorno inmediato.

“Lo peor de la actual crisis de la OTAN no reside en su disparidad de capacidades militares. Lo que pone en peligro hoy la cohesión de la Alianza es la pérdida de una razón de ser compartida igualmente por todos sus miembros”.

Nosotros creemos que, efectivamente, la OTAN sufre de carencias muy graves en cuanto a capacidades militares se refiere, carencias que se deben remediar por sus miembros cuanto antes si de verdad cada uno de ellos quiere contar con unos ejércitos capaces de dar respuesta individual y colectiva a los requerimientos del nuevo entorno estratégico. Pero también estamos convencidos de que lo peor de la actual crisis de la OTAN no reside en su disparidad de capacidades militares. Lo que pone en peligro hoy la cohesión de la Alianza y está determinando si tiene o no un futuro es la pérdida de una razón de ser compartida igualmente por todos sus miembros.

“Creemos en la Alianza Atlántica. Porque vemos que todos sus miembros comparten una amenaza tan real como en su día lo fue la URSS: el terrorismo islamista y la proliferación de armas de destrucción masiva”.

Que la OTAN haya perdido gran parte de su sentido para sus miembros se debe a una causa estructural, la desaparición a comienzos de los 90 de la amenaza compartida que había estado en la raíz de su nacimiento en 1949, pero también al curso y a las prácticas que ha ido adoptando la Alianza en los años 90 y que, por encontrar una nueva misión histórica en las operaciones de apoyo a la paz en conflictos civiles de terceros países, ha ahondado en la sensación de pérdida de consistencia, subrayando los aspectos de voluntariedad y geometría variable frente a los de actuación colectiva.

Por eso creemos que la reforma que necesita la OTAN no se puede sostener sobre el llamamiento a la buena voluntad de las partes, puesto que hay razo-

nes estructurales que exigen más que eso; pero, también es verdad, que sin voluntad por parte de sus miembros, la OTAN será incapaz de reformarse. Igualmente pensamos que por mucho que se haga en el tema de cubrir las deficiencias militares, la reforma de la OTAN tiene por necesidad que abordar el asunto de la visión que sus miembros tienen sobre lo que es y debe ser la organización, su orientación y sus misiones. Sobre su propósito, en suma.

Somos conscientes de que el clima político en el seno de la Alianza sigue arrastrando las heridas abiertas durante la crisis de Irak, que no son sino la erupción de las tendencias de fondo, y que dificultan aún más la forja de un consenso sobre su devenir. No obstante, estamos convencidos de que si la Alianza quiere seguir siendo atractiva para sus miembros debe y puede encontrar una fórmula que aleje de su horizonte la división interna y permita avanzar hacia una estructura más eficaz.

Es más, nosotros creemos en la Alianza Atlántica. Y no porque estemos apegados a un pasado dorado, sino porque vemos que todos sus miembros comparten una amenaza tan real como en su día lo fue la URSS: el terrorismo islamista y la proliferación de armas de destrucción masiva a cargo principal, pero no exclusivamente, de grupos o gobiernos islamistas. Son amenazas de distinta naturaleza pero que tienden a converger en el Gran Oriente Medio. Los grupos terroristas tratan de dotarse de medios de destrucción más y más potentes, capaces de producir en la conciencia ciudadana el mayor impacto posible a través de daños y destrucción incalculables. Sabemos que han tratado de disponer de armamento de destrucción masiva, aunque hasta la fecha no lo han conseguido. Determinados gobiernos dictatoriales desarrollan programas de estas caracterís-

ticas como medio para garantizarse la posibilidad de seguir apoyando la actividad de grupos terroristas, no necesariamente de su misma nacionalidad, así como de la expansión de su ideario fundamentalista, antidemocrático y antioccidental. En última instancia consideran la utilización de estos medios de destrucción en la guerra que ellos mismos han iniciado. Detrás de estos gobiernos y organizaciones encontramos islamistas y, en menor medida, nacionalistas dispuestos a plantear el futuro de sus comunidades en términos de enfrentamiento entre diferentes visiones del Islam y entre el mundo musulmán y Occidente.

“En Europa no todos se dan cuenta de la naturaleza de la amenaza o la perciben de igual manera. Para nosotros la Alianza sigue siendo el mejor instrumento para la defensa colectiva frente a nuestros enemigos. Que sean de nuevo cuño no disminuye su letalidad”.

En Europa no todos se dan cuenta de la naturaleza de la amenaza o la perciben de igual manera. Para nosotros la Alianza sigue siendo el mejor instrumento para la defensa colectiva frente a nuestros enemigos que, como decimos, son una realidad. Que sean de nuevo cuño no disminuye su letalidad.

“Si la Alianza se queda como está, instalada en la crisis permanente, o no aborda más que una reforma limitada o parcial, no sólo será la continuidad de la Alianza lo que quede en entredicho, sino la seguridad de sus miembros, nuestra seguridad”.

En este informe abogamos por una OTAN eficaz, que se convierta en el mejor instrumento para enfrentarse a nuestros enemigos. Pero también por una Alianza renovada que exprese lo que sus miembros son, naciones occidentales, democracias liberales, amantes de la libertad y la prosperidad. Por eso en las páginas que siguen vamos a avanzar una nueva visión estratégica para la Alianza Atlántica, así como medidas prácticas para ir acercando a todos sus miembros a dicha visión.

“La actual crisis de la OTAN afecta a su esencia y no sólo a sus estructuras y procedimientos”.

Evidentemente el futuro no está escrito y el de la OTAN tampoco. Pero estamos completamente convencidos de que si la Alianza se queda como está, instalada en la crisis permanente, o no aborda más que una reforma limitada o parcial, no sólo será la continuidad de la Alianza lo que quede en entredicho, sino la seguridad de sus miembros, nuestra seguridad. Por eso pensamos que no queda más remedio que apuntar a una ambiciosa revisión o reforma de la OTAN. Reinventarla o imaginarla de nuevo. Eso es lo que se requiere.

PROPUESTAS

Una nueva visión centrada en la lucha contra el terrorismo islamista y la contraproliferación de armas de destrucción masiva

- Aprobación de un nuevo concepto estratégico

Desarrollar componente de *Homeland Security*

- Reuniones de NAC a nivel de ministros de interior
- Creación de mando funcional contraterrorista
- Integrar fuerzas paramilitares
- Creación de un sistema continental de detección temprana
- Ampliar el marco geográfico de *Active Endeavor*
- Creación de sistema común de protección cibernética

Asumir la *democracy-building* como objetivo de las operaciones de paz más allá del *nation-building*

- Creación de un mando funcional para *post-conflict Democracy-building operations*
- Constitución de un fondo común para financiar estas misiones
- Crear una Asociación por la Libertad (PfF)

Transformar la ampliación

- Invitar a adherirse a Israel, Japón y Australia
- Poner en marcha una Asociación estratégica con Colombia e India

Nuevos principios para la toma de decisiones

- Adoptar la abstención constructiva en el funcionamiento de los órganos de la Alianza

Por una nueva razón de ser de la Alianza

La actual crisis de la OTAN afecta a su esencia y no sólo a sus estructuras y procedimientos. Una reforma que sólo busque mejorar éstos no pondrá fin a los problemas. Lo que los aliados necesitan es dotar a la OTAN de una nueva razón de ser y esta razón de ser debe, a su vez, ser relevante para la seguridad compartida. Esta nueva misión o propósito de la Alianza no puede ser otro que la Guerra contra el Terror. Es una nueva amenaza compartida, de naturaleza global y que supone un peligro existencial para todos sus miembros. Como organización de defensa colectiva, la OTAN tiene el deber de protegernos frente a la misma.

Para superar su desconcierto estratégico sobre lo que realmente debe hacer, la OTAN debería acometer tres cosas: en primer lugar, ser consciente de la deriva por la que ha pasado desde la caída del muro y la posterior desaparición de la URSS; en segundo lugar, admitir que los planteamientos que hoy rigen la Alianza, tanto en su orientación como en su práctica, no son suficientes para hacer frente de manera exitosa a la amenaza del terror islamista que pesa sobre todos los aliados y que la defensa colectiva sigue siendo una necesidad vital; en tercer lugar, debe adaptar sus estructuras y conceptos para librar y ganar la Guerra al Terror en todos sus frentes.

La OTAN puede considerarse una alianza históricamente exitosa. A pesar de sus múltiples divergencias

internas, se mantuvo sólida y cohesionada durante toda la Guerra Fría, prevaleciendo, finalmente, sobre su principal enemigo, la URSS. Es más, en la década de los 90 y en un ambiente de seguridad novedoso y para el que la OTAN no estaba preparada, la Alianza supo transformarse para poder dar respuestas a los retos estratégicos del momento, marginando su función de defensa y reinventándose como una organización de seguridad regional, exportadora de estabilidad.

Sin embargo, ese éxito está seriamente entredicho. Desde el 2001 la Alianza ha sido sacudida cada año por una importante crisis. Podría afirmarse sin lugar a dudas que en estos últimos años vive instalada en una crisis.

La actual situación se ha explicado por causas de muy diversa naturaleza. Por un lado hay quienes ven en la política de seguridad norteamericana tras el 11-S una tentación unilateralista que tiende a marginar inexorablemente a las organizaciones colectivas, incluida la OTAN; hay, por el contrario, quien cree que las nuevas ambiciones globales de la UE tienden a primar el compromiso de los europeos con esta organización, supeditando su disponibilidad hacia la Alianza; y hay quien juzga que la clave para comprender la situación que atraviesa la OTAN estriba en el diferencial de capacidades militares entre Estados Unidos y sus aliados europeos.

También se ha apuntado como un agravante más el enfrentamiento que surgió en el seno de la Alianza sobre la intervención militar en Irak para derrotar a Saddam Hussein.

Teniendo cada una de ellas parte de razón, creemos que todas se quedan en las manifestaciones de una razón mucho más profunda y que es, en realidad, la que genera y sostiene la actual crisis de la OTAN, posiblemente la mayor y más grave de toda su historia.

La Alianza ha vivido siempre entre crisis. Prueba de ello son los innumerables estudios dedicados a dichas crisis, desde el paso de la estrategia de la represalia masiva a la respuesta flexible, la salida de Francia de la estructura militar integrada, la gestión del conflicto greco-turco, o el despliegue de los euromisiles. No obstante lo que diferencia todas esas crisis de la que se padece hoy en día es que en aquéllas se discutía sobre los medios y la mejor estrategia para hacer de la defensa colectiva la mejor defensa posible, mientras que en la actualidad lo que se pone en cuestión es la necesidad y la existencia misma de una defensa colectiva. Es el ser de la OTAN lo que está en solfa.

La Alianza se creó debido a la incapacidad de muchos de sus miembros para garantizar por sí mismos su propia seguridad frente a una amenaza existencial, que ponía en peligro su ser, su forma de vida. La Alianza surge como el compromiso de defenderse colectivamente gracias a las aportaciones que cada uno de sus miembros debería realizar al esfuerzo común. Y ese esfuerzo común, en el momento de su creación, en 1949, no era otro que disuadir a la URSS para que no agrediese a la Europa occidental, así como prepararse para una defensa militar colectiva en el caso fatídico de que la disuasión fallase y estallase un conflicto con Moscú.

“Diferencia todas esas crisis de la que se padece hoy en día es que en aquéllas se discutía sobre los medios y la mejor estrategia para hacer de la defensa colectiva la mejor defensa posible, mientras que en la actualidad lo que se pone en cuestión es la necesidad y la existencia misma de una defensa colectiva. Es el ser de la OTAN lo que está en solfa”.

Es decir, la OTAN servía para mejorar la seguridad y defensa de todos y cada uno de sus miembros. A través de las aportaciones nacionales y mecanismos colectivos, la defensa de las naciones que participaban en la Alianza era superior a las capacidades nacionales tomadas de una en una. Dicho de otro modo, las exigencias estratégicas de estar bajo la amenaza global de la URSS sólo quedaban satisfechas a través de la defensa colectiva. Participando en la OTAN sus miembros podían estar seguros de contar con el recurso de los demás, garantía para disponer de una defensa apropiada a la escala y naturaleza de la amenaza.

El problema de la OTAN, próxima a cumplir sesenta años de su nacimiento, es que, en tanto que mecanismo colectivo para satisfacer las necesidades de los aliados, se ha ido deslizando hacia otras misiones que poco o nada aportan a la seguridad existencial de sus miembros y que poco o nada tienen que ver con los riesgos estratégicos que hoy nos amenazan. Como veremos más abajo, la evolución de la Alianza en la década de los 90 hacia la exportación de la estabilidad y el apoyo a las misiones de paz la alejó, paradójicamente, de las necesidades de defensa de

sus miembros. Pero eso sólo se sabría tras los ataques del terrorismo islamista el 11 de septiembre de 2001. Centrada en ayudar a terceros, la OTAN sería incapaz de contribuir eficazmente a la defensa armada de sus miembros, especialmente los Estados Unidos, los primeros atacados.

El problema que aqueja mortalmente a la OTAN es que ha dejado de ser un instrumento en el que sus miembros sientan que su seguridad y defensa quedan satisfechas gracias al esfuerzo colectivo. Por un lado Estados Unidos sabe que la Guerra contra el Terror puede librarla de manera más eficaz si no pasa por los mecanismos de decisión colectiva y si no supedita su estrategia a las escasas capacidades militares que podrían aportarle sus aliados; por otro, en Europa se ha impuesto una concepción que no ve en el terrorismo islamista una amenaza existencial y, por lo tanto, se entiende mal la necesidad de actuar como si se viviera en medio de una guerra.

“La OTAN, se ha ido deslizando hacia otras misiones que poco o nada aportan a la seguridad existencial de sus miembros y que poco o nada tienen que ver con los riesgos estratégicos que hoy nos amenazan”.

Nosotros sí creemos que el mundo occidental está, muy a nuestro pesar, en medio de una guerra. Guerra que nos ha venido impuesta por la expresión terrorista del fundamentalismo islamista y por la creciente amenaza de la proliferación de armamento de destrucción masiva y misiles. Guerra que no hemos buscado, pero que no por ello se vuelve menos letal. La OTAN salió victoriosa de la III Guerra Mundial y, si aspira a conservar su papel relevante en el panorama

estratégico, debería ser capaz de librar y vencer también a este nuevo enemigo. Los problemas de defensa no han desaparecido para sus miembros, pero la dedicación de la OTAN a ellos en gran medida sí. En ese sentido, la Alianza debe recuperar su esencia, su planteamiento originario, y plantearse cómo dar respuesta estratégica y operativa a las amenazas que acechan al mundo occidental. Si se limita a ponerse al servicio de terceros para aliviarles sus sufrimientos, se estará condenado a la marginalidad.

“El mundo occidental está, muy a nuestro pesar, en medio de una guerra. Guerra que nos ha venido impuesta por la expresión terrorista del fundamentalismo islamista y por la creciente amenaza de la proliferación de armamento de destrucción masiva y misiles. Guerra que no hemos buscado, pero que no por ello se vuelve menos letal”.

La evolución de la OTAN en los años 90 fue algo inevitable y deseable, pero el entorno estratégico actual es muy distinto al de la década pasada. Si la Alianza quiere seguir siendo un instrumento útil y de futuro no puede contentarse con sacralizar las transformaciones realizadas sino que debe adaptarse necesariamente a los nuevos escenarios de seguridad, marcados notablemente por la amenaza del terror islamista. Proyectar o sostener muchos de los grandes cambios de los 90 puede ser, de hecho, contraproducente para poder encarar con éxito las nuevas amenazas.

En los años 90 la OTAN se abrió a un doble proceso: por un lado, a la culminación de su agenda histórica que exigía la superación de la división en el continente. En ese sentido, supo acercarse a los antiguos adversarios del difunto Pacto de Varsovia y animarles a que adoptaran muchos de sus valores, organización y procedimientos. La OTAN jugó el papel de faro para la transición de las fuerzas armadas desde un régimen comunista y totalitario a uno democrático en el que prima el poder civil elegido a través de las urnas.

La OTAN también supo percibir las nuevas demandas del cambiante entorno estratégico en el que las amenazas directas, tipo las de la URSS, eran sustituidas por los riesgos inherentes a los estados fallidos y a las guerras civiles que se estaban propagando por los Balcanes.

Ahora bien, el desarrollo a lo largo de los 90 de las nuevas misiones de apoyo a la paz –que van desde las tradicionales tareas de ayuda humanitaria hasta la imposición de la paz- fue posible gracias al clima político y estratégico con que se vivían los 90. Desaparecida la amenaza soviética, el mundo se imaginaba un lugar mucho más benigno en el que los aliados podían aspirar a una existencia libre de amenazas. Europa era una burbuja de paz y estabilidad que podía despreocuparse de sus condiciones de seguridad en sentido estricto. Nadie en los años 90 veía la existencia o detectaba la presencia de una amenaza que afectara a todos los miembros por igual, o de similar intensidad y naturaleza que la que presentaba Moscú durante las décadas anteriores. El mundo occidental no padecía amenazas directas.

En esa medida, el sentido de todo un aparato militar cuyos principios, estrategias, estructuras y desplie-

gues había sido disuadir durante décadas a la URSS ahora súbitamente desaparecida, va a encontrar su nueva razón de ser en poner esa capacidad militar a disposición de terceros, a fin de aliviarles los sufrimientos ocasionados por sus propios conflictos, justificar moralmente su existencia, e intentar contener las posibles implicaciones de toda esa violencia. Obrando así, la OTAN se olvidará de ser una organización de defensa colectiva para pasar a ser una organización de seguridad regional, bien como brazo armado a disposición de la ONU, bien como defensora de los principios de convivencia pacífica y respeto a los derechos humanos por iniciativa propia.

“La diferencia esencial entre la OTAN anterior a 1989 y la de la década de los 90 estribaba en que la primera era una necesidad vital para sus miembros. La OTAN de los 90 pasó a constituirse en marco para la generación de coaliciones *ad hoc*”.

La OTAN acometerá con notable éxito la reforma de sus estructuras de mando, adoptará un nuevo concepto estratégico en el que dar cuenta formalmente de la práctica desarrollada en estos años y apremiará a sus miembros a transformar sus capacidades de defensa a fin de contar con fuerzas armadas proyectables y desplegadas sobre el terreno de manera que puedan realizar misiones de apoyo a la paz.

La relativa rapidez con la se introdujo esta nueva orientación, así como la suavidad del proceso, fue celebrada en 1999 con motivo de la gala del 50 aniversario de la Organización, en Washington. Pero como ha puesto de manifiesto el destino, lo más importante para la OTAN en estos años no fue su

cambio de orientación estratégica, de la defensa colectiva a la exportación de la paz y la estabilidad. La diferencia esencial entre la OTAN anterior a 1989 y la de la década de los 90 estribaba en que la primera era una necesidad vital para sus miembros. Si querían sobrevivir a la amenaza soviética sin renunciar a su independencia y libertad no tenían otra alternativa que aliarse. Por el contrario la segunda se limitaba a ser el marco para una cooperación electiva. Nadie se sentía amenazado en su ser por el conflicto civil en Bosnia, por poner un ejemplo, y cuando la OTAN se decidió a intervenir en esa región, lo hizo sobre la base de la voluntariedad. Contribuía aquél que así lo quería y con los efectivos que estimaba pertinentes. Nada ni nadie, de acuerdo con los procedimientos aliados, puede obligar a un estado miembro a enviar tropas para misiones de apoyo a la paz, donde no se ha producido agresión alguna contra suelo OTAN. La OTAN de los 90 pasó a constituirse en marco para la generación de coaliciones *ad hoc*.

“La OTAN debería premiar a sus miembros más comprometidos con la defensa y la seguridad colectiva y penalizar a quienes se desentienden de las mismas, no al revés”.

Nosotros creemos que este tipo de coaliciones esporádicas y de composición variable resultan necesarias en un entorno en el que los miembros de la OTAN sienten los riesgos de manera desigual, su atención es dispar según las regiones de que se trate y su respuesta a las crisis del momento tiende a ser heterogénea. En un entorno donde la seguridad de cada nación se ve afectada de manera muy diversa, la reacción tenderá, necesariamente, a ser diversa. Sólo quienes se sientan más concernidos –por las razones

que sean- estarán dispuestos a una acción colectiva. Pero también creemos que las coaliciones *ad hoc* sólo son justificables para misiones donde la seguridad existencial de los miembros no está en juego. En un entorno donde las amenazas vuelven a ser compartidas, hacer descansar el funcionamiento de la Alianza en coaliciones de quienes estén dispuestos a actuar significa, en la práctica, estar penalizando a aquellos miembros más comprometidos con la defensa colectiva y el atlantismo. No sólo arriesgan las vidas de sus soldados, sino que deben pagar las cargas financieras de ese sacrificio. Esa situación de penalización del atlantismo sólo puede ir en la dirección de disminuir el atractivo de la Alianza. La OTAN debería premiar a sus miembros más comprometidos con la defensa y la seguridad colectiva y penalizar a quienes se desentienden de las mismas, no al revés.

En suma, el paso en los 90 de una Alianza órgano esencial para la defensa colectiva a una organización de seguridad compartida fue una evolución lógica dada las circunstancias del momento. Pero, siendo honestos, se explica muy mal cómo la mayor y mejor maquinaria militar de toda la Historia puede ser un instrumento decisivo para la seguridad de otros, como en Bosnia, Kosovo o Afganistán, pero no tiene cabida en Europa para garantizar la seguridad de sus ciudadanos frente a ataques del terrorismo islamista. Hay quien afirma que no se mata a las moscas a cañonazos y que la OTAN, en tanto que instrumento militar, no es la estructura adecuada para luchar contra el terrorismo. Y sin duda nadie defiende aquí que el terror deba ser combatido exclusivamente con medios militares. Toda guerra, como bien apuntó hace 200 años Clausewitz, es una mezcla de política y medios militares y, por lo tanto, toda victoria se compondrá de elementos políticos, psicológicos, económicos, pero también militares.

Para nosotros, la amenaza que presenta el terrorismo y la proliferación de armamento de destrucción masiva es sólo la parte bélica de una ofensiva de mayor calado contra el mundo liberal y democrático. Y puede perfectamente ser combatida con medios militares siempre y cuando su empleo se enmarque en una estrategia más amplia, que integre otros recursos del Estado y de la sociedad. Creemos que la OTAN, con los cambios adecuados, puede favorecer esa disposición general. El primer requisito para la victoria es la voluntad de ganar. Esta nueva visión de la Alianza debería quedar reflejada en un nuevo concepto estratégico pues consideramos que el actualmente en vigor, que data de 1999, ha quedado superado por las nuevas circunstancias estratégicas. Miraba demasiado a los 90 cuando ahora hay que mirar hacia otro futuro.

Por una estrategia contraterrorista eficaz: La Componente de *Homeland Security*

La Alianza se ha convertido en un factor de estabilidad indiscutible en ciertas regiones del mundo y debe seguir jugando ese papel, exportando estabilidad y afianzando la reconstrucción democrática en sociedades que salen de un conflicto. Nosotros no argumentamos en contra de dichas misiones que nos parecen muy importantes. Sin embargo, este tipo de actividad, de apoyo amplio a la paz, siendo necesario ya no es suficiente. La OTAN tiene que reconocer que las condiciones de seguridad de sus propios miembros han cambiado en los últimos años y que se encuentran amenazados. Sin olvidar sus misiones de paz, los aliados deben retomar las funciones tradicionales de la OTAN a favor y en desarrollo de su defensa colectiva.

EL concepto de defensa colectiva ha sufrido en la última década una profunda mutación. El concepto de defensa territorial tradicional -y aún vigente en la Alianza Atlántica- de defensa frente a una agresión militar a cualquiera de sus miembros tiene que transformarse en un nuevo concepto de defensa colectiva multifuncional. En primer lugar, porque no se trata ya de defenderse frente a posibles amenazas por parte de otros Estados, sino de agresiones terroristas protagonizadas en muchos casos por personas que residen en nuestros propios países. En segundo término, los terroristas han ampliado los objetivos de sus acciones desde objetivos duros altamente simbólicos y protegidos a objetivos blandos, como los sistemas de transporte, en los que puedan causar el mayor

número de víctimas posibles. En tercer lugar, porque los terroristas no descartan la utilización de medios no convencionales para perpetrar sus atentados, como artefactos nucleares, radiológicos, biológicos y químicos. Finalmente, porque no se trata sólo de proteger el espacio físico sino de garantizar también la seguridad en el cada vez más determinante espacio cibernético que caracteriza a las sociedades desarrolladas actuales.

“Apoyo amplio a la paz, siendo necesario ya no es suficiente. Los aliados deben retomar las funciones tradicionales de la OTAN a favor y en desarrollo de su defensa colectiva”.

Para poder hacer frente con eficacia a estos nuevos desafíos relacionados con la seguridad interior, la Alianza tiene que asumir cuanto antes una orientación de refuerzo de la *homeland security* de sus miembros. La Alianza, con su práctica en los 90, y en ausencia de un enemigo a sus puertas, ha renunciado, de hecho, a toda misión de defensa colectiva, ya sea en su concepción territorial o en esta nueva dimensión del *homeland security*. Sin embargo no siempre ha sido así. Las fuerzas a disposición de la OTAN durante toda la Guerra Fría tenían como misión no sólo parar una posible invasión en la frontera interalemana por parte del Pacto de Varsovia, sino también la protección de las infraestructuras críticas en

suelo de sus miembros y, muy especialmente, la defensa activa contra las unidades especiales soviéticas que hubieran podido infiltrarse en profundidad en la retaguardia a fin de cometer actos de sabotaje. Como era natural, la defensa se concebía integralmente en todos sus elementos y posibilidades. Por otro lado, a nadie le extraña que sea la propia OTAN la que controle la seguridad del espacio aéreo de sus miembros.

En cierta medida, la Operación *Active Endeavor*, que se desarrolla en aguas del Estrecho de Gibraltar, a pesar de todas sus limitaciones, responde a esa necesidad de que sea la Alianza, en su conjunto, la que de una respuesta a la creciente vulnerabilidad de las fronteras y las líneas de comunicaciones vitales de sus miembros.

En cualquier caso, la Alianza podría y tendría que hacer mucho más en este terreno. En nuestra opinión tres son las principales amenazas terroristas que se ciernen sobre los miembros de la Alianza en la actualidad: la amenaza de un ataque terroristas NBQR, la utilización de contenedores de transporte marítimo como soporte de artefactos convencionales o no y la posibilidad de ataques de ciberterrorismo. La OTAN debe tener capacidad de contrarrestar todas estas amenazas.

“Es urgente y necesario que la Alianza Atlántica reúna a su máximo nivel, así como lo hacen los ministros de asuntos exteriores y de defensa, a los ministros de interior de las naciones miembros”.

Para la prevención de atentados NBQR, la OTAN dispone de unidades especializadas en la detección de materiales radioactivos que muy bien podrían estructurarse para constituir un sistema de detección temprana a escala continental. Por otro lado, la Alianza debe desarrollar planes de contingencia para poner sus capacidades de guerra NBQR a disposición la gestión de las consecuencias de atentados de este tipo contra objetivos civiles. Finalmente, a pesar de las limitaciones de la disuasión frente a ataques terroristas, es indispensable que la OTAN mantenga una capacidad nuclear creíble para disuadir a cualquier Estado tentado de colaborar con grupos terroristas en este tipo de tecnologías.

En relación con la vulnerabilidad implícita en el tráfico de contenedores por vía marítima, la OTAN debería ampliar geográficamente la vigente operación *Active Endeavor* para robustecer el control de la seguridad del tráfico marítimo. Es necesario que la Alianza desarrolle un sistema común de vigilancia y control de este tipo de tráfico, en la línea de los que ya viene realizando de manera bilateral Estados Unidos con muchos de los otros países miembros, ante la creciente amenaza de un ataque terrorista a través del flujo de contenedores comerciales.

El acelerado desarrollo de las tecnologías de la información y las comunicaciones, que ha generado un nuevo modelo de sociedad post-industrial denominada de la información o el conocimiento, implica también la existencia de nuevas vulnerabilidades a nuestra seguridad a las que estamos obligados a dar respuesta. En este sentido, consideramos que la Alianza sería el ámbito natural en el que desarrollar un sistema común de protección de un nuevo espacio cibernético que es por definición totalmente global. Para

ello deberíamos residenciar en la OTAN la autoridad para establecer los estándares de seguridad de que deben dotarse las redes cibernéticas, especialmente aquellas que resulten críticas desde un punto de vista de la seguridad de los ciudadanos (bases de datos críticas, sistemas de gestión de la energía o las comunicaciones, gestión de sistemas de transporte colectivo, entre otras). En segundo término, la OTAN debería también desarrollar las capacidades para poder neutralizar este tipo de agresiones cibernéticas.

Todo este conjunto de medidas, de las que lo anterior son tan sólo tres ejemplos, encaminadas a dotar a la Alianza de una nueva dimensión de *homeland security*, sólo podrán llevarse a cabo en la medida en que se haga una ambiciosa apuesta política por parte de la OTAN en este terreno. No sólo debe hacerlo, sino que tiene que verse un compromiso inequívoco de la Alianza hacia la *homeland security* de sus miembros.

Hasta la fecha, lo máximo que se ha dicho e intentado es mejorar el flujo y el cruce de información entre los servicios de inteligencia de los países miembros. Creemos que en este terreno hay límites evidentes, siendo el juego de la inteligencia el que es, pero que es posible y deseable ir más allá. Para nosotros, es urgente y necesario que la Alianza Atlántica reúna a su máximo nivel, así como lo hacen los ministros de asuntos exteriores y de defensa, a los ministros de interior de las naciones miembros. Es la única opción para que políticamente la OTAN entre en el terreno de la *homeland security* de verdad.

Aunque el objetivo es que al final del proceso el Consejo del Atlántico Norte (NAC) pueda reunirse oficialmente a nivel de ministros de interior, la fórmula de llegar a ello puede, perfectamente, arrancar con

reuniones informales, al modo como los ministros de defensa se reúnen en la Unión Europea.

“La OTAN debería, siguiendo este ejemplo, crear un mando de contraterrorismo cuya misión sería preparar los conceptos, las doctrinas, las tecnologías y el personal necesario para conducir misiones de anti y contraterrorismo”.

Los beneficios de estas ministeriales de interior son muchos. En primer lugar provocaría el primer foro multilateral donde los ministros de interior europeos estarían sentados junto a sus homólogos de Norteamérica, estadounidenses y canadienses. Eso no exigiría necesariamente reducir el nivel de contactos y la cooperación que existe a nivel bilateral entre Washington y muchas capitales europeas. Simplemente estaría promoviendo un nuevo marco para la concertación multilateral. Es más, los europeos miembros de la UE ya mantienen este tipo de reuniones entre ellos, sin menoscabo de otras cooperaciones más estrechas que mantienen a un nivel más reducido. Su experiencia sería muy valiosa para aportarla a la esfera de la OTAN.

Pero además del nivel político, especialmente relevante, los ministros de interior aportarían a la Alianza todas las capacidades que algunos de entre ellos tienen en sus servicios de inteligencia y, en algunos casos sus fuerzas paramilitares, tipo gendarmería francesa, carabinieri italianos y Guardia Civil española. Imbricar a estas fuerzas en la nueva dimensión de defensa colectiva es hoy una necesidad vital. La OTAN las ha incluido tradicionalmente a la hora de

calcular el esfuerzo presupuestario de sus miembros en defensa. Ya es hora de que las incluya plenamente en sus planes operativos y no sólo como complemento a las fuerzas armadas en sus misiones de paz en el exterior.

Ahora bien, para que estas fuerzas puedan tener un papel relevante en el marco de la *homeland security* de la Alianza y, de hecho, para que esta faceta tenga sentido y eficacia en la OTAN, habría que reformar las estructuras de mando aliadas. La orgánica de los mandos aliados sigue estando determinada por la geoestrategia del pasado y refleja en gran medida un reparto de competencias geográfico. Más simple que el existente durante la Guerra Fría, pero con sus mismas raíces.

No obstante, la OTAN cuenta ya con un mando sin área geográfica definida, de naturaleza funcional, el mando aliado de transformación, con sede en Norfolk, Virginia. La OTAN debería, siguiendo este ejemplo, crear un mando de contraterrorismo cuya misión sería preparar los conceptos, las doctrinas, las tecnologías y el personal necesario para conducir misiones de anti y contraterrorismo, así como coordinar el esfuerzo de toda la organización en este terreno. Este mando debería contar, a su vez, con un centro de evaluación de la amenaza terrorista tanto dentro como fuera de las fronteras políticas de la Alianza.

Este mando contraterrorista sería el máximo responsable de los planes de defensa frente al terrorismo y debería contar entre sus instrumentos no sólo a las fuerzas armadas de los países miembros, sino también los recursos de interior que los aliados pusieran a disposición de la defensa colectiva.

La OTAN debe tener una cosa clara: la amenaza del terrorismo islámico no solo es global, capaz de atacar y golpear con éxito en Nueva York, Madrid o Londres, como hemos podido ver y sufrir; la amenaza del terrorismo no sólo no responde a criterios convencionales y se presenta como difusa y asimétrica, sino que es una amenaza que no puede ser entendida en términos geográficos, ni como una fuerza externa o interna. El terrorismo es un continuo para el que la seguridad interior y la seguridad exterior no tiene el menor sentido. Al contrario, esa distinción administrativa del mundo occidental se vuelve una ventaja para sus *modus operandi* y una clara fuente de vulnerabilidad para nuestras sociedades.

“Sólo empleando todos los medios a disposición del Estado se estará en condiciones de vencer al terrorismo islámico. Y en la medida en que se trata de una amenaza global, sólo colectivamente se le podrá derrotar definitivamente”.

Por eso, querer mantener la OTAN como una fuerza concernida exclusivamente por la seguridad exterior, de puertas a fuera del suelo de sus miembros, equivale a desperdiciar uno de los mejores recursos que las democracias occidentales tienen contra la violencia terrorista y aún peor, significa primar una orientación estratégica no sólo errónea sino que contribuye aún más al desarme moral de nuestras naciones.

La Alianza ha tenido siempre una misión de defensa del territorio y sólo en los 90, en ausencia de una amenaza de invasión del mismo y en plena obsesión por actuar en misiones de paz fuera de zona, se ha

ido olvidando de ella. Lo que proponemos no es más que recuperar una de sus funciones básicas, sólo que adaptada a las nuevas circunstancias. Ya no se trata de defenderse de los carros de combate del Ejército Rojo, sino del terrorismo islámico, un enemigo más desestructurado y ubicuo que las fuerzas armadas convencionales.

En paralelo a la integración de los instrumentos de seguridad interior, sobre todo en lo tocante a las fuerzas paramilitares, el mando contraterrorista debe servir para impulsar que las fuerzas armadas de los países miembros asuman en su organización, estructuras, procedimientos, unidades, entrenamiento y despliegues, la posibilidad de jugar un papel relevante en la guerra contra el terrorismo dentro de las fronteras de la OTAN.

De hecho, ya son utilizadas cuando el nivel de amenaza desborda las capacidades de actuación de las fuerzas policiales y de seguridad del Estado. Los AWACS de la OTAN vigilan el espacio aéreo con motivos de las cumbres de dignatarios o en ocasiones y eventos especiales, como apertura de competiciones o bodas reales; baterías antiaéreas también son desplegadas para una defensa de terminal y de puntos en los alrededores de los lugares donde se celebran dichos actos; y soldados de infantería son desplegados, a veces en cantidades elevadas, para la mejor protección de infraestructuras consideradas críticas. Sin embargo, a estas tareas de defensa pasiva, las fuerzas armadas deben sumar actuaciones de carácter preventivo. A las naciones miembros de la Alianza les toca desarrollar un nuevo marco legal donde quede claro el papel y la responsabilidad de los ejércitos y sus componentes para actuar contra el terrorismo en el interior de los países, en qué casos y bajo

qué autoridad. Es habitual que el recurso a las unidades militares se entienda como una disposición subordinada siempre a los mandos de los cuerpos de seguridad del Estado. Nosotros creemos que la naturaleza y la intensidad de la amenaza del terrorismo islamista exigen una revisión de este planteamiento y que las fuerzas armadas se entiendan como un complemento de las fuerzas de interior. Y viceversa.

El mando contraterrorista de la OTAN debería favorecer esa nueva visión en aras de una mayor y más estrecha colaboración entre fuerzas de interior y fuerzas armadas. Es más, también debería servir para transformar la concepción que los ejércitos tienen hoy sobre el fenómeno terrorista y cómo combatirlo. Al tratarse de un enemigo no convencional, ni estatal ni militar en sentido estricto, el grado de fuerza a aplicar para contrarrestar sus planes o eliminarlo, choca con la concepción tradicional militar de estar preparados para operaciones que implican un uso intensivo de la fuerza. Sólo la reciente implicación en misiones de apoyo a la paz ha llevado a planteamientos nuevos donde el grado de violencia se modula y restringe, dando lugar a las llamadas operaciones distintas a la guerra.

No sólo es posible pensar en esta misma modulación para actuaciones en el interior, sino que los ejércitos cuentan con capacidades técnicas, de vigilancia, comunicaciones, transporte, etc., que pueden resultar muy útiles para emplear al servicios de la lucha antiterrorista. En este sentido, el mando de guerra contraterrorista de la Alianza podría hacer recomendaciones sobre qué sistemas y tipos de armas y material deberían adquirir las fuerzas armadas de los países miembros para enfrentarse mejor, colectivamente, a la amenaza del terrorismo. Por ejemplo, el

desarrollo de aviones no tripulados con capacidad de vigilancia sostenida y capacidades de ataque.

Sólo empleando todos los medios a disposición del Estado se estará en condiciones de vencer al terrorismo islamista. Y en la medida en que se trata de una amenaza global, sólo colectivamente se le podrá derrotar definitivamente. Por eso es tan importante que la OTAN asuma como misión esencial la Guerra contra el Terror.

Igualmente, como el terrorismo no conoce ni respeta fronteras y sus elementos están tanto en países terceros como dentro del territorio de los países de la OTAN, resulta vital que la Alianza asuma cuanto antes su papel en la *homeland security* de sus miembros.

Por una estrategia global de contraproliferación

Desde hace décadas los estados miembros de la Alianza han expresado su preocupación por los riesgos implícitos a la proliferación de armamento de destrucción masiva, así como a la generalización de programas de misiles capaces de portar este tipo de armas. La proliferación es una fuente de inestabilidad, pues aumenta la presión sobre el resto de los estados a incrementar sus capacidades y hace más viable un enfrentamiento militar. De ahí que se realizara un gran esfuerzo en definir los mecanismos de distinto tipo que debían dar forma a un régimen de “no-proliferación”. Convenios, agencias especializadas, inspecciones y una continua actividad diplomática tenían que contener una tendencia que parecía imparable.

La Alianza Atlántica puede sentirse satisfecha por el trabajo realizado. Ha cumplido el papel que le correspondía a la hora de convencer a algunos países de que debían abandonar sus programas. También ha aportado credibilidad y apoyo al conjunto de mecanismos que conforman el régimen de no-proliferación.

“El régimen de no-proliferación se encuentra en entredicho, mientras que nuevas realidades imponen una revisión de sus fundamentos”.

La Alianza ha podido actuar con esta decisión porque los estados miembros compartían tanto la preocupa-

ción por las consecuencias de la proliferación como los fundamentos doctrinales del régimen de no-proliferación. Prueba de ello es que en plena resaca por el profundo desencuentro estratégico derivado de la Guerra de Irak, europeos y norteamericanos se han puesto a trabajar solidariamente en la resolución de la crisis iraní. La amenaza que plantea el programa nuclear animado por el gobierno islamista de Teherán es percibido de igual manera a ambos lados del Atlántico; pone de manifiesto la disparidad de intereses entre Rusia y China, de una parte, y Europa, de otra; y, por último, muestra la inconsistencia estratégica de un eje Europa-China-Rusia capaz de contener al hegemonismo norteamericano.

En la actualidad nos encontramos en un momento crítico. Hemos descubierto que los mecanismos de inspección y los servicios de inteligencia han sido incapaces de impedir el tráfico de conocimiento y medios tecnológicos que desde Pakistán y Corea del Norte se había extendido por distintos países. Corea del Norte ha violado dos tratados y engañado a la comunidad internacional para al final reconocer que dispone de dos programas nucleares y un pequeño arsenal de bombas atómicas. Irán ha violado el Tratado de No Proliferación y ocultado un programa nuclear cuya existencia para usos civiles resulta difícil de comprender.

El régimen de no-proliferación se encuentra en entredicho, mientras que nuevas realidades imponen una

revisión de sus fundamentos. Durante años la comunidad internacional ha considerado el tratamiento de la no-proliferación como una cuestión de estados, pues sólo los estados tenían la capacidad de financiar procesos de investigación tan sofisticados y utilizar posteriormente sus resultados en el campo de batalla. Esto ya no es así. Hemos aprendido que individuos aislados o con una mínima infraestructura a su servicio han podido desarrollar redes internacionales para traficar con estos elementos hasta límites que superaban los peores augurios de los servicios de inteligencia y analistas occidentales. Ya hay demasiadas pruebas de los intentos por parte de grupos terroristas para adquirir conocimientos y tecnología para elaborar y utilizar armamento de destrucción masiva y que está en su ánimo provocar con estos sistemas grandes atentados que produzcan un enorme daño material a la par que un grave impacto psicológico en la población.

El compromiso de la Alianza y de sus miembros en el régimen de no-proliferación ha llevado a muchos gobiernos al convencimiento de que el armamento de destrucción masiva resulta de muy difícil utilización. Pero los planteamientos occidentales en este terreno distan mucho de llegar a ser universalmente aceptados. Es más, hay gobiernos que encuentran una gran utilidad en las armas nucleares aunque no estén pensando en usarlas como armas para el campo de batalla. En inferioridad militar convencional, buscan en ellas el efecto disuasor que les permita seguir actuando impunemente en la propagación de idearios fanáticos y antioccidentales. Su hongo atómico les serviría de terrorífico escudo ante posibles injerencias o intervenciones. Las armas de destrucción masiva se convertirían, así, en garante de la difusión de un ideario radical e intolerante a la que sería muy arriesgado oponerse.

La utilización ofensiva por su parte quedaría reservada a situaciones extremas o, sobre todo, a organizaciones no gubernamentales que actuarían como brazo ejecutor. Los estados siguen siendo el marco idóneo para desarrollar estas tecnologías, pero algunos gobiernos parecen dispuestos a proporcionarlas, ya en su forma elaborada, a grupos terroristas para su uso. Los fines se lograrían, pero evitando responsabilidades.

Estados, grupos e individuos actúan de forma aislada o en relación con el objetivo de dotar a determinados gobiernos o grupos terroristas de este armamento, erosionando el régimen de no proliferación. Pero al incremento del número de actores se suma la ampliación del ámbito geográfico en que se produce la relación. El Dr. Kahn puso en conjunción a Corea del Norte con Pakistán y a éstas con Irán y Libia. Ejemplos que podríamos ampliar para resaltar hasta qué punto la red de intereses proliferadores es un problema global.

En ese sentido, estamos convencidos de que el régimen de no-proliferación ha sido superado por los acontecimientos. La Alianza continúa siendo un marco idóneo para que los estados miembros reflexionen sobre los nuevos retos a nuestra seguridad común planteados por los sucesivos intentos de violación de los acuerdos y el actual marco institucional de la no-proliferación. De esta revisión deben salir nuevas propuestas tendentes tanto a adaptar los mecanismos –convenios, agencias, inspecciones– como a preparar a la propia OTAN para actuar de la forma más efectiva posible durante todas las fases del fenómeno de la proliferación: desde su prevención, a la negociación, o llegado el caso, a la presión directa, sin que sea posible descartar de antemano el

recurso a la fuerza. La Alianza no debe reemplazar el marco de control de la no-proliferación, pues no es ese su cometido, pero debe dar forma a una estrategia de contraproliferación que defina con claridad, una vez asumida la incapacidad del vigente régimen de no-proliferación para dar respuesta a una situación de crisis, las medidas a adoptar y las posibles actuaciones a seguir colectivamente.

La Alianza tiene que continuar avanzando en el siempre complejo asunto de la inteligencia compartida. Los estados deben proporcionar información e inteligencia para que la Alianza pueda valorar la gravedad de la amenaza, establecer mecanismos de seguimiento y coordinar a los distintos gobiernos. El tratamiento conjunto de un problema facilita el proceso de toma de decisiones y refuerza los vínculos aliados.

La multiplicidad de actores y el vínculo establecido entre gobiernos y grupos terroristas nos obliga a adoptar nuevos enfoques y organigramas. La Organización debe considerar si la estructura actual es la más conveniente para compartir inteligencia y realizar el seguimiento necesario de las crisis abiertas. En nuestra opinión, parte de estas responsabilidades debería corresponder al Mando Contrterrorista cuya creación hemos propuesto.

El carácter global de estas redes nos obliga a dar una respuesta igualmente global. No cabe una perspectiva regional. La Alianza tiene que asumir el liderazgo y trabajar con el resto de las democracias y con aquellos otros estados dispuestos a tratar de evitar esta grave amenaza para que las agencias especializadas y los organismos internacionales adopten las reformas necesarias y actúen haciendo uso de todos los medios disponibles. Tampoco en este terreno cabe el

continuismo en el seno de la Alianza. La incorporación de nuevos miembros pertenecientes a diversos ámbitos regionales, como proponemos en este informe, puede ayudar a que la OTAN esté mejor preparada para lidiar con un fenómeno global. Igualmente, el desarrollo de capacidades contraterroristas también aportará mayor flexibilidad y opciones para una eventual actuación aliada frente a proliferadores, declarados o no.

Democracy Building: un objetivo prioritario

En la década de los 90 la Alianza Atlántica comenzó a realizar misiones de estabilización, apoyo e imposición de la paz, motivada por las políticas genocidas de Milosevic y sus secuaces en Bosnia y Kosovo. La decisión de obrar para detener el horror en países terceros no fue fácil ni rápida de tomar. En cualquier caso, el impulso para actuar militarmente por primera vez en su historia y fuera del área de actuación definida por el Tratado de Washington, puede explicarse por dos razones complementarias: por un lado, la presión social para hacer algo y detener la tragedia que se estaba viviendo tan cerca de nuestras casas; por otro, la propia presión de la OTAN de encontrar una misión que diera sentido a su existencia tras la superación de la Guerra Fría.

En cualquier caso, la intervención armada de la OTAN dio como resultado una mejora evidente de la situación, estabilizando la zona en conflicto. No obstante hay que admitir que si la OTAN hubiera mostrado su determinación para intervenir con anterioridad, podría haberse ahorrado gran parte de la destrucción, la violencia y el horror sufrido en los Balcanes.

Durante estos años las palabras de moda eran “los estados fallidos” y “nation building”. Allí donde estados se descomponían y los gobiernos eran incapaces de garantizar el control físico, político o militar de grandes partes del país, el estado se convertía en un “estado fallido”, absolutamente incapaz de garantizar la seguridad de su población. La violencia interna, en

muchos casos, se mutaba en inestabilidad para sus vecinos, amenazando, a veces, con convertirse en un problema para la estabilidad internacional.

Bien para protegerse de un posible contagio violento, bien movidos por razones morales y humanitarias, las naciones occidentales, y muy especialmente los miembros de la OTAN, se esforzaron en una doble estrategia: detener la violencia, exportando estabilidad; y, después, reconstruyendo el aparato institucional del estado puesto en cuestión. Eso era lo que se llamaba “nation building”.

La clave del esfuerzo del “nation building” era conseguir un estado estable, germen de una más amplia estabilidad social y política. Ahora bien, como se vio tanto en Bosnia como en Kosovo, primar los aspectos de estabilidad llevó a admitir prácticas incompatibles con un régimen plenamente democrático.

Nosotros estamos convencidos de que estas misiones sólo pueden triunfar políticamente si, en lugar de tener como objetivo la reconstrucción del estado en entredicho, la OTAN se pone como meta no sólo dicha reconstrucción, el nation building, sino la democracy building. Esto es, si cualifica el tipo y la naturaleza del régimen político que se aspira a instaurar.

Esto es mucho más que un puro debate nominalista. Es una parte esencial de la estrategia contra el terror.

Allí donde las bases de la democracia existen, puede que el énfasis se pueda poner en el buen funcionamiento y en la estabilidad institucional, sin más. Pero en zonas donde la democracia es un bien extraño, escaso o inexistente, no es la estabilidad el primer objetivo para las democracias liberales, sino el cambio de régimen.

“En zonas donde la democracia es un bien extraño, escaso o inexistente, no es la estabilidad el primer objetivo para las democracias liberales, sino el cambio de régimen. La expansión de la democracia es la vía política, complementaria a la militar, para luchar contra el terrorismo”.

La expansión de la democracia es la vía política, complementaria a la militar, para luchar contra el terrorismo. Mientras que el recuso a la fuerza debe ir destinado a perseguir a los terroristas y desbaratar sus planes, transformar los regímenes dictatoriales en sistemas en libertad es el mejor método para poner freno a la generación de odio, a la inculcación de la violencia y a la intolerancia. Es la forma de enfrentarse a eso que se llaman las “root causes” del terror.

Ahora bien, para que la Alianza pueda desarrollar de forma eficaz la tarea de regenerar democráticamente naciones convulsionadas por guerras civiles, o alienate el cambio político allí donde sea necesario, debe asumir algunos cambios importantes.

Por un lado, en el terreno de las estructuras de mando, es altamente probable que se requiera el

establecimiento de un nuevo mando funcional encargado de la conducción de las operaciones de apoyo amplio a la paz y de la democracy building. Este mando sería el encargado de coordinar todas las actividades, civiles y militares, en las fases post-bélicas, tendentes a la democratización efectiva -y no sólo al funcionamiento- de las instituciones.

Igualmente la OTAN tendría que modificar los procedimientos con los que ha estado encarando hasta la fecha el desarrollo de las tareas de apoyo a la paz. Estas misiones, aunque son producto de una decisión colectiva, en la práctica dependen vitalmente de la voluntariedad de los estados miembros para contribuir a ella, con qué medios y en qué grado de compromiso. De hecho, el desarrollo de estas misiones de paz suponen una desigualdad insoportable: quienes van a ellas asumen un mayor riesgo político que quienes no contribuyen con tropas y, además, suponen un importante gravamen para sus presupuestos de defensa, ya que la financiación se basa en el concepto de quien va paga su propia factura. Esto no sólo resulta un agravio que impone una carga pesada a quienes más riesgos corren en comparación con quien apoya políticamente pero no operativamente, sino que, además, limita enormemente las posibilidades de actuación de la Alianza, en la medida en que muchos países dispuestos a ir a estas misiones no disponen de los recursos financieros suficientes para hacer frente a los costes derivados de una posible participación en las mismas.

Nosotros pensamos que la fórmula impulsada por el actual secretario general de la OTAN, de instituir un fondo común para estas operaciones, es indispensable si la Alianza quiere seguir haciendo frente a sus compromisos e impulsando estas tareas. El principio de “quien hace además paga” tiene que ser sustituido cuanto antes por “todos pagan a quienes hacen”.

El principio de “quien hace además paga” tiene que ser sustituido cuanto antes por “todos pagan a quienes hacen”.

En cualquier caso, la reconstrucción democrática en sociedades que salen de un conflicto, es decir, la post-conflict democracy building, no es lo único que la OTAN puede hacer para favorecer la expansión de la democracia. La Alianza, como se ha visto durante toda la década pasada, goza de un gran capital y atractivo político y debe estar dispuesta a invertirlo para dar los frutos deseados.

Nosotros creemos que la Alianza debería crear, siguiendo en cierta medida el ejemplo de la Asociación para la Paz (PfP), una Asociación para la Libertad, esencialmente orientada a atraer a los países del Norte de África y del Oriente Medio e impulsar colectivamente las medidas adecuadas para su liberalización económica, el respeto a la libertad de culto, y la apertura y democratización de su sistema político.

Para empezar, esta Asociación para la Libertad debería llegar a ser un paso más respecto al diálogo mediterráneo que los miembros de la OTAN mantienen con los ribereños del Sur. El objetivo tiene que ser, claramente, la promoción de la democracia y la libertad en la región, ampliamente entendida, desde Mauritania a Afganistán, pero la coherencia de este ejercicio debe suponer que para formar parte de él la voluntariedad y la pertenencia geográfica a esta zona no son condiciones suficientes. Tiene que darse entre sus miembros una clara voluntad de reforma democrática. Si no se da prueba de potenciar la transición hacia un régimen de libertades, no se podrá

formar parte de esta Asociación. La OTAN no puede caer en un ejercicio de cinismo multilateral más.

Sólo afianzando y expandiendo el campo democrático de verdad, la Alianza estará sembrando las bases para un mundo más seguro.

Transformar el proceso de ampliación

La primera expansión de la OTAN, en los años 50, estuvo motivada por consideraciones políticas y operacionales, pero fueron éstas últimas las que primaron en cualquier caso. Los aliados necesitaban de una mayor profundidad de campo, en tiempo y espacio, para poder defenderse y para eso era imprescindible contar con la geografía de la República Federal de Alemania.

“Hasta ahora, la ampliación era un fenómeno que pretendía servir de cauce y consolidación de los cambios democráticos de los antiguos países comunistas. Ahora ha llegado el momento de hacer lo contrario, ampliar hacia aquellas naciones democráticas, comprometidas en la lucha contra nuestro enemigo común y dispuestas a contribuir al esfuerzo colectivo para librarnos del él”.

La segunda ola de ampliación, de finales de los 90, vino impuesta por el cambio político en Europa tras la caída del muro de Berlín. Dando entrada a los antiguos miembros del Pacto de Varsovia se estaba reconociendo una realidad y contribuyendo a superar la división de Europa causada artificialmente en su día por la estrategia de la URSS. En ese sentido, más

que a la relevancia de las capacidades militares añadidas, la ampliación hacia el Este respondía a criterios histórico-políticos. Era dejar atrás la experiencia de la confrontación Este-Oeste.

Nosotros creemos que superar la agenda de la Guerra Fría era un requisito moral y estratégico inevitable y que cuanto ha hecho la OTAN para ampliarse y expandirse hacia centroeuropa ha sido lo correcto. Si acaso cabría lamentarse por la relativa lentitud del proceso de apertura hacia sus antiguos adversarios.

También creemos que ese proceso de ampliación hacia el Este no debe finalizar con los miembros que acaban de ingresar y que hay que reconocer que hay más candidatos llamando a las puertas de la OTAN que deben ser admitidos igualmente, desde Ucrania a algunas repúblicas caucásicas.

Apostamos por una revisión en profundidad de los criterios que han regido los distintos procesos de ampliación de la OTAN, para poder hacer frente a los retos propios del entorno estratégico en el que tenemos que vivir. Hasta ahora, la ampliación era un fenómeno que pretendía servir de cauce y consolidación de los cambios democráticos de los antiguos países comunistas. Ahora ha llegado el momento de hacer lo contrario, ampliar hacia aquellas naciones democráticas, comprometidas en la lucha contra nuestro enemigo común y dispuestas a contribuir al esfuerzo colectivo para librarnos del él.

Creemos que la OTAN debe invitar a adherirse a países como Israel, Japón y Australia, naciones que comparten no sólo nuestros valores y sistemas de vida, que son democracias arraigadas y efectivas, y que padecen, como nosotros, el azote del terrorismo y los riesgos inherentes a la proliferación de armas de destrucción masiva. En muchos casos, además, estos mismos países han aportado contingentes a misiones de paz junto a miembros de la Alianza y son parte de coaliciones internacionales en diversas partes del globo.

Este paso, es verdad, representaría un gran salto para la OTAN. Por un lado, se olvidaría definitivamente de sus orígenes regionales, pues su nueva composición la habría convertido en una organización de defensa y seguridad a escala mundial. Pero sólo una organización con capacidad de actuación global puede enfrentarse con garantías de éxito a la amenaza del terrorismo y la proliferación de armas de destrucción masiva.

Pero, aún más importante, la Alianza asumiría plena y abiertamente lo que es y debe ser: una asociación libre de países democráticos, comprometidos con un sistema de vida abierto y liberal, con la economía de mercado, con la tolerancia religiosa, y con el respeto de los derechos humanos. Si bien el realismo imperante durante la Guerra Fría, así como sus requerimientos prácticos, llevaron a que el principio democrático no siempre primara en la organización, aceptando excepciones entre sus miembros, hoy ya no hay necesidad alguna de hacer lo mismo. Todo lo contrario. Las nuevas amenazas nos exigen tomar conciencia de lo que en realidad somos y queremos ser, así como que nuestros enemigos también lo sepan de manera rotunda.

Por eso, en la medida en que la OTAN debe convertirse en el bastión armado de la democracia frente a los

totalitarismos que quieren imponernos, debe hacerse ver como tal. Y pensamos que la mejor de las formas es abrirse a países en lucha contra el terror, perfectamente identificados como tales. De ahí que incorporar a Israel nos parezca extremadamente importante. Israel representa la última defensa del mundo occidental en Oriente Medio, precisamente la zona que sirve de caldo de cultivo del terrorismo islámico e islamista.

Somos conscientes de que la entrada de Israel en la OTAN crea mayores problemas políticos que, por ejemplo, la de Australia. Con todo, creemos que el beneficio de esta ampliación supera con mucho sus posibles inconvenientes. Es más, la OTAN e Israel no partirían de cero. De hecho, desde la Cumbre de Estambul de 2004, las autoridades de la Alianza y los responsables israelíes han estado fijando un marco para una más estrecha cooperación entre ambas partes dentro del Diálogo Mediterráneo de la OTAN. Desgraciadamente, la Alianza no ha sabido ir más allá y no le ha otorgado a esta importante relación la visibilidad pública que se merece ni ha planteado iniciativa alguna para traspasar el estrecho marco del Diálogo Mediterráneo. Es hora de cambiar esta actitud.

Aunque el objetivo es la plena adhesión e incorporación de estos países, el proceso podría comenzar por crear el estatuto de estado asociado, como fase de necesaria armonización operativa y limitada temporalmente. La ventaja de obrar así es que en el futuro, otros candidatos podrían ir incorporándose a la OTAN a través de un mecanismo que les ayudaría a sumarse a la Organización. Pensamos en determinados países latinoamericanos, como Colombia, por ejemplo y en India. La Alianza debería dar pasos inequívocos para atraerse a estas dos naciones desarrollando un marco de cooperación con cada una de ellas.



OTAN Guerra Fría

Canadá, EEUU, Inglaterra, Portugal, España, Turquía, Grecia, Italia, Francia, Dinamarca, Holanda, Belgica, Luxemburgo, Alemania, Islandia, y Noruega

OTAN Post - Guerra Fría

Canadá, EEUU, Inglaterra, Portugal, España, Turquía, Grecia, Italia, Francia, Dinamarca, Holanda, Belgica, Luxemburgo, Alemania, Islandia, Noruega, Polonia, Hungría, Rep. Checa, Estonia, Bulgaria, Letonia, Lituania, Rumanía, Eslovaquia, Eslovenia.

OTAN Guerra contra el Terror

Canadá, EEUU, Inglaterra, Portugal, España, Turquía, Grecia, Italia, Francia, Dinamarca, Holanda, Belgica, Luxemburgo, Alemania, Islandia, Noruega, Polonia, Hungría, Rep. Checa, Estonia, Bulgaria, Letonia, Lituania, Rumanía, Eslovaquia, Eslovenia, Japón, Israel y Australia. *Colombia e India.*

Una Alianza por la libertad

La agenda de seguridad no ha visto reducir su centralidad en estos años, contrariamente a lo que se pensó a comienzos de los 90. Sin embargo, la OTAN, piedra angular del entramado estratégico durante la Guerra Fría, sí se ha visto progresivamente desplazada a los márgenes de la misma. La inercia del pasado y la más que lenta adaptación de la Organización, ha estado en la base de esta pérdida de relevancia.

“La quiebra de la Alianza no viene dada por la disparidad militar entre los Estados Unidos y los europeos. La quiebra se deriva de la falta de principios comunes sobre los que actuar”.

Durante toda la década de los 90, el fantasma de la quiebra interna de la Alianza se achacó casi obsesivamente a la disparidad en capacidades bélicas entre una y otra orilla del Atlántico. Con el doble de soldados en filas y un presupuesto de defensa acumulado de dos tercios del americano, los europeos apenas podían aportar nada significativo, ni en número ni en calidad, a la hora de participar en operaciones de combate. No es de extrañar que la mayor preocupación del anterior secretario general de la OTAN, lord Robertson, fuera el impulso de las capacidades aliadas, sobre todo por parte de los europeos.

Hay que reconocer que la OTAN, en estos últimos años, ha identificado certeramente sus carencias y

ha situado en la dirección correcta a sus miembros a la hora de definir la orientación y las adquisiciones para sus fuerzas armadas. Así y todo, la parsimonia con que se aborda el tema de la transformación militar y las mejoras de las capacidades ha llevado a que la brecha transatlántica siga creciendo. Aunque eso no quita que los aliados europeos hoy estén en condiciones de aportar más elementos a una acción colectiva si así lo decidieran. Nadie puede negar que en términos de capacidades, los aliados hoy están bastante mejor que hace cinco años, por ejemplo, por mucho que les falte aún para estar preparados para las operaciones que se imaginan para un futuro cercano.

Sin embargo, la quiebra de la Alianza no viene dada por la disparidad militar entre los Estados Unidos y los europeos. Ese es un falso dilema. La quiebra se deriva de la falta de principios comunes sobre los que actuar. O mejor, del olvido de los principios rectores que llevaron a fundar y sostener la Alianza en primer lugar.

La OTAN no se formó para contener el expansionismo soviético. Ciertamente, fue un instrumento para garantizar militarmente la disuasión y que la posible amenaza del este no llegara a materializarse. Pero ese objetivo estratégico no era sino un medio para el fin verdadero, mantener los regímenes democráticos y liberales en Europa occidental. La Alianza se estableció a favor de, más que en contra de. Como queda

recogido en el Preámbulo del Tratado de Washington, los signatarios se declaraban “Determinados a salvaguardar la libertad de sus pueblos, su herencia común y su civilización, basadas en los principios de democracia, libertades individuales e imperio del derecho” Una declaración coherente con el espíritu de aquellos días, tras dos guerra mundiales y en los albores de la que parecía inevitable III Guerra Mundial. Europeos y americanos expresaban su voluntad de trabajar juntos a favor de una paz que pasaba inexorablemente por la libertad. Querían ser ellos mismos, querían vivir en democracia y para lograrlo se disponían a “unir sus esfuerzos en la defensa colectiva y en la conservación de la paz y de la seguridad”

Preámbulo del Tratado de Washington

“Determinados a salvaguardar la libertad de sus pueblos, su herencia común y su civilización, basadas en los principios de democracia, libertades individuales e imperio del derecho” Una declaración coherente con el espíritu de aquellos días, tras dos guerra mundiales y en los albores de la que parecía inevitable III Guerra Mundial. Europeos y americanos juntos expresaban su voluntad de trabajar juntos a favor de una paz que pasaba inexorablemente por la libertad. Querían ser ellos mismos, querían vivir en democracia y para lograrlo se disponían a “unir sus esfuerzos en la defensa colectiva y en la conservación de la paz y de la seguridad”

También es verdad que no siempre de una manera coherente. Excepciones como las de Portugal de Salazar o Turquía eran aceptadas por un realismo pragmático que entendía que, para contrapesar, la abrumadora amenaza de Moscú, tenía que convivir con el menor de los males en determinadas situaciones. Pero tan ciertos son los casos citados como el de España, que quedó conscientemente excluida hasta que se produjo la transición hacia la democracia. Ernst Bevin, entonces secretario para el Foreign Office, estableció la posición que acabaría imponiéndose: a pesar del indiscutible valor estratégico que tenía el territorio y la importancia del contingente militar español, de entrar el gobierno franquista la Alianza se convertiría en no más que una organización anti-comunista, un precio demasiado alto.

En los 90, la defensa de la libertad quedó desdibujada al justificar la Alianza todas sus acciones de apoyo a la paz en aras de la estabilidad. Los aliados optaron por congelar situaciones más que resolverlas y, aunque como en los Balcanes, la realidad acabó imponiéndose y la caída de Milosevic fue un hecho alimentado por la intervención en Kosovo, la OTAN no puede vanagloriarse de haber querido cambiar el régimen brutal de Belgrado en esos días.

“Lo que necesitamos es una Alianza que actúe sobre sus principios y en defensa de los mismos”.

Nosotros estamos convencidos de que esos días deben dejarse definitivamente atrás y que lo que necesitamos es una Alianza que actúe sobre sus principios y en defensa de los mismos. Al contrario de aquellos europeos que aspiran a convertir la OTAN en un foro de consultas político-estratégicas entre Estados Unidos y Europa, nosotros creemos que no

necesitamos ningún foro más de discusión. La Alianza cuenta con órganos más que suficientes para garantizar ese diálogo. Lo que necesitamos urgentemente es una organización dispuesta a actuar, pues las guerras no se ganan con comunicados de prensa, sino con soldados, aguante social y coraje político. Y nosotros sí pensamos que la expresión “war on terror” encierra más que un mero artificio retórico.

“Una organización dispuesta a actuar, pues las guerras no se ganan con comunicados de prensa, sino con soldados, aguante social y coraje político”. Una organización dispuesta a actuar, pues las guerras no se ganan con comunicados de prensa, sino con soldados, aguante social y coraje político”.

La Alianza salió victoriosa de la III Guerra Mundial con la implosión de la URSS; la OTAN debe luchar y ganar esta IV Guerra Mundial que otros nos han declarado. No tiene más remedio porque la otra opción es la derrota, nuestra derrota.

“La OTAN debe convertirse, de hecho, en una Alianza para la Libertad”.

La guerra contra el terror es un imperativo impuesto a las sociedades occidentales. Creemos que la OTAN es un instrumento excelente, con los cambios que proponemos, desde luego, para defendernos del terror y llegar a vencerlo en nuestros términos. Para ello debe dotarse de nuevas capacidades, sin duda. Pero es aún más importante que recupere sus principios para que su actuación sea siempre en defensa de sus valores.

El presidente norteamericano George W. Bush estuvo más que acertado cuando, con motivo de la inauguración de su segundo mandato, dijo que “the survival of liberty in our land increasingly depends on the success of liberty in other lands. The best hope for peace in our world is the expansion of freedom in all the world”. Coincidimos con él porque pensamos que para vencer al terrorismo no basta con perseguir y acabar con los terroristas, sino que también hay que poner fin a las condiciones que sirven de caldo de cultivo para que los grupos terroristas se nutran de nuevos adeptos. Y esas condiciones a cambiar no son otras que la opresión política, la intolerancia religiosa, la asfixia económica, la enseñanza sistemática del odio hacia lo occidental y moderno, la corrupción administrativa y, en general, la sensación de que en el futuro no aguarda nada bueno.

“La OTAN es, a pesar de quien persigue ocultarlo, una fuerza moral de alcance universal”.

Por eso defendemos que la Alianza debe hacer valer sus principios y valores. Debe reforzar la expresión de los mismos entre sus miembros y debe promoverlos activamente allí donde sea más necesario. La OTAN debe convertirse, de hecho, en una Alianza para la Libertad. Y no como una mera argucia táctica. La libertad nos hace ser como somos y la defensa de nuestra libertad amenazada nos puede volver a proporcionar la cohesión política necesaria para lograr la victoria sobre el terror.

Para poder enarbolar de manera efectiva la bandera de la libertad ya hemos dicho más arriba lo que debería hacer la OTAN. Todas propuestas factibles. Por un lado, defenderla empezando por nuestro propio territorio. La OTAN debe pasar a convertirse en la mejor protección de nuestra *homeland security*. En segun-

do lugar, la OTAN debe actuar para eliminar las amenazas allí donde se generen y con la anticipación que sea necesaria. No actuar o actuar tarde en la era del terrorismo de masas equivale a condenar a muerte a muchos compatriotas. Y por último, pero no menos importante, la OTAN debe expresar claramente su naturaleza liberal y democrática. De dos maneras: por un lado, abriendo sus puertas a aquellos países que comparten nuestros valores esenciales y que están activamente comprometidos con la defensa de los mismos. Hemos defendido la necesidad de que se invite a Israel, Japón y Australia a formar parte de la OTAN, pero también podría hacerse extensiva la invitación a naciones como Colombia. La OTAN es, a pesar de quien persigue ocultarlo, una fuerza moral de alcance universal.

Y precisamente por su fuerza moral, que excede con mucho la militar, la Alianza también debe impulsar la apertura política en el mundo árabe y musulmán, modificando sustancialmente su diálogo mediterráneo, tanto en sus formas como en sus objetivos.

En fin, nosotros no vemos más opción, si la Alianza quiere servir a los intereses estratégicos de sus miembros, que se convierta en la Alianza para la Libertad. Cualquier otra cosa ni la librá de sus problemas, ni la colocará en un lugar más relevante, ni, mucho peor, contribuirá a librarnos de los riesgos y peligros del mundo.

El coste de la no-OTAN

La OTAN se mueve estos días entre el desinterés norteamericano y la desidia de una mayoría de los europeos. Desinterés motivado por una impotencia real para actuar conjuntamente con las tropas norteamericanas así como por las continuas diatribas sobre lo que debe y no debe hacer la OTAN, producto de concepciones estratégicas diferentes. Desidia a su vez, por la incapacidad crónica de los responsables políticos europeos de convencer a sus electorados de la necesidad de un mayor esfuerzo en defensa. Y también por la callada confianza de que si algo grave ocurriera, los aliados americanos siempre vendrían a socorrernos.

“La OTAN se mueve entre el desinterés norteamericano y la desidia de una mayoría de los europeos”.

El problema es que la Alianza ha podido funcionar –y podría seguir haciéndolo- con las fuerzas armadas americanas dispuestas a actuar junto a unas europeas reticentes o incapaces de hacerlo. Es decir, la OTAN puede sobrevivir a la impotencia operativa de los aliados europeos.

Por el contrario, lo que sería un golpe mortal para la OTAN es el desenganche norteamericano respecto a la organización. Sin el liderazgo estratégico estadounidense, sin sus capacidades militares y sin sus tropas, la OTAN no sería más que una ficción.

Los americanos han dado prueba de mucha paciencia y, si son sinceros en sus manifestaciones, siguen considerando a la OTAN una pieza esencial dentro de su política de seguridad. De hecho, los americanos se esfuerzan en sacar de la Alianza todo lo posible. Y, desde luego, prefieren la OTAN actual a no tener ninguna OTAN en el panorama.

Pero, sin embargo, el desinterés –que en el peor de los casos simplemente lleva a ignorar a la Alianza- puede trocarse de manera muy rápida en aversión.

“La OTAN puede sobrevivir a la impotencia operativa de los aliados europeos. Lo que sería un golpe mortal para la OTAN es el desenganche norteamericano”.

Desde la crisis de Irak, la OTAN ha desarrollado los peores rasgos que pudiera imaginarse. Una cosa es hablar de disparidades en las capacidades y otra tener que lidiar con visiones estratégicas antagónicas. Pero, así y todo, si sólo se trata de formas enfrentadas de concebir la Alianza, el diálogo de seguro acabaría por generar un cierto consenso. Así ha sido durante toda su vida. El verdadero problema es que la Alianza se ha convertido en un lugar más donde llevar adelante la agenda antiamericana favorecida por todos aquellos que no admiten el papel predominante de Estados Unidos en el mundo de hoy y que sólo buscan cercenarlo allí donde pueden.

La OTAN ha sido pervertida por unos pocos miembros y ha degenerado en campo de batalla político, ni siquiera estratégico. Y precisamente esto es lo menos comprendido y aceptado en los Estados Unidos.

En Europa aquellos que no creen en el vínculo trasatlántico piensan que ha llegado el momento de poner fin a su existencia. Para unos fue útil en el pasado, para otros no, pero todos ellos coinciden en que superada la Guerra Fría Europa y Estados Unidos deben seguir sus propios derroteros, pues sus intereses no son coincidentes. Están convencidos de que el principal problema de nuestros días no es el islamismo, la proliferación de armas de destrucción masiva o los estados delincuentes, sino la hegemonía norteamericana. Para combatirla tratan de establecer mecanismos de contrapoder y aprovechan los organismos internacionales como trincheras para frenar o debilitar las iniciativas norteamericanas. Conscientes de las simpatías con las que todavía cuenta la Alianza, evitan ataques directos a la Organización, pero bloquean su adaptación al nuevo entorno estratégico. Buscan su irrelevancia para crear un vacío de seguridad que facilitará el desarrollo de la política de seguridad y defensa de la Unión Europea.

El mantenimiento del *statu quo*, expresado en el rechazo a afrontar abiertamente un debate estratégico en profundidad, aboca a la Alianza hacia una situación irrelevante. En la Organización ya no se discute de temas importantes, ha devenido en ser un mecanismo burocrático más, que se justifica por su propia existencia y por los servicios que aporta a sus socios. Por lo tanto, sólo beneficia a aquellos que por una u otra razón buscan su transformación en algo diferente a un sistema de defensa colectivo. Beneficia, en fin, a los que siempre han estado, por nacionalismo o por antiliberalismo, en contra del vínculo trasatlántico. Si la Alianza no es capaz de resolver el problema de seguridad regional, se crearán las condiciones para que los estados

miembros sientan la necesidad de desarrollar este ámbito competencial en la Unión Europea. Es evidente que la Unión Europea no podrá en las próximas décadas aportar el nivel de seguridad que proporcionaba la OTAN, pero tampoco importa. Los detractores de la Alianza no sienten la necesidad de disponer de grandes fuerzas armadas ni, en muchos casos, están dispuestos a hacer uso de la fuerza.

“Dejar que la OTAN muera como mecanismo de defensa colectiva tiene implicaciones mucho más dañinas para los europeos, que para los norteamericanos”.

Dejar que en Estados Unidos del desdén se pase a la ignorancia y de ésta a la aversión significa dejar que la OTAN muera en tanto que organización colectiva que une a ambas orillas del Atlántico. Y dejar que la OTAN muera como mecanismo de defensa colectiva tiene implicaciones mucho más dañinas para los europeos, no nos equivoquemos, que para los norteamericanos.

Europa no es capaz de defenderse por sí sola. Y mucho menos, de hacerlo más allá de sus fronteras. Y las solemnes declaraciones a favor de una política de seguridad y defensa, repetidas machaconamente, no han producido más que sesudos estudios sobre las carencias militares pero muy pocas capacidades reales. Los europeos, debemos admitirlo de una vez por todas, no estamos dispuestos a pagar por nuestra propia seguridad.

Paradójicamente, la Unión Europea, que debiera ser, como mínimo, igual a la suma de sus miembros, es muy inferior militarmente que sus partes tomadas de una en una. Sólo así se explica que, por ejemplo, el Reino Unido fuera capaz

de desplegar 45 mil hombres para el combate en el sur de Irak y que la PESD no pueda movilizar ni la mitad. Y a la OTAN comienza a ocurrirle un tanto de lo mismo. Dos tercios de sus miembros están contribuyendo, en mayor o menor grado, a la seguridad en Irak, pero la Organización se contenta con un compromiso de mínimos para el entrenamiento de las fuerzas de seguridad iraquíes.

Se está hablando, un tanto ampulosamente, de transformar la OTAN. De hecho, el secretario general se está esforzando todo lo que puede para que los miembros se pongan de acuerdo en la OTAN de dentro de 15 años, en sus posibles misiones, en su nivel de ambición, en la superación de los *caveats* nacionales y en cómo poder pagar la factura de lo que la OTAN hace. Todo medidas más que apropiadas pues, de resolverse, acabaríamos contando con una OTAN más eficaz que la que hoy tenemos.

Pero esta reforma está condenada al fracaso. Mientras la OTAN sea un instrumento para tratar de bloquear y no para crear, siempre nos encontraremos con el veto de alguno de sus miembros. Es más, aunque la reforma del secretario general llegara a buen puerto, resultaría insuficiente para hacer de la OTAN la organización central de nuestra seguridad. Sólo se plantea mejorar la eficacia de su hacer, no hacer cosas distintas, que es lo necesario.

Ahora bien, si una reforma mínima es prácticamente imposible que salga adelante, ¿podría llegar a ponerse en práctica la transformación de verdad que nosotros proponemos? Mucho nos tememos que en esta OTAN, con sus miembros actuales y con los procedimientos al uso, no.

Para superar el bloqueo que produce que las decisiones del Consejo Atlántico tengan que ser tomadas por consenso, podría adoptarse un procedimiento que sin tener que recurrir al voto directo, al menos impidiera que una mino-

ría de miembros paralizara la voluntad de la mayoría. La figura de la abstención constructiva podría tomarse prestada de la UE en este caso ¿Aliviaría este nuevo mecanismo la toma de decisiones? Puede que sí y merece la pena ser explorado.

Pero, con todo, no nos parece que sea una solución ideal, sino más bien burocrática. Un país miembro puede abstenerse frente a una misión de paz que considera impropia o alejada de sus intereses estratégicos nacionales. Pero ya no estamos hablando de que nos encontremos en un escenario tan benigno que la OTAN pueda elegir los conflictos en los que participa, como en los 90. Estamos en Guerra contra el Terror y eso nos afecta a todos y a todos se les debe exigir solidaridad para con los esfuerzos encaminados a eliminarlo. Y a todos se les debe exigir su contribución para robustecer la defensa colectiva frente al mismo. Aquí no caben ni vacilaciones ni abstenciones. Sólo compromiso activo.

Lo peor que podría hacer la OTAN, después de no hacer nada, es seguir permitiendo que sus miembros no vean en la organización más que un marco para compromisos dispares e intermitentes. O sea, una OTAN a la carta. Y lo mismo vale para la concepción que sólo ve en la Alianza una caja de herramientas de la que tomar prestadas las que se necesitan en el momento. Esto es querer sostener una situación que ya no se mantiene en pie.

Nosotros estamos convencidos de que si la OTAN quiere ser un instrumento que mejore la seguridad colectiva en esta era de la vulnerabilidad y el terror, tiene que dar un salto cualitativo y mutarse en esa Alianza para la Libertad que pueda llegar a vencer al terrorismo y contener los riesgos implícitos en la proliferación de armas de destrucción masiva y misiles. Si eso exige una nueva estructura o, incluso, una nueva geometría, bienvenidas sean. Lo otro

Conclusiones

En este informe se aboga por colocar la guerra contra el terrorismo islamista en un lugar central dentro de la estrategia aliada. Y en la medida en que la proliferación de sistemas de destrucción de masas agrava la amenaza terrorista, también se aboga por reforzar la estrategia aliada de contraproliferación. Nada puede haber más letal en el horizonte que nos movemos que un terrorista dotado de armamento radiológico, bacteriológico, químico o nuclear.

“La guerra contra el terror es el nuevo Frente Central de la OTAN”.

Guste o no, la Guerra contra el Terror es el nuevo Frente Central de la OTAN. Puede aceptarlo ya o rechazar esta idea y dedicarse a todo tipo de actividades mientras pueda, pero la amenaza del terrorismo islamista, tarde o temprano, acabará imponiendo su realidad, sólo que seguramente a un coste mucho mayor. Si algo deberían haber aprendido los aliados de la historia reciente es que enfrentarse pronto a los enemigos es la mejor forma para eliminar su potencial destructor.

Por eso creemos que la Alianza debe transformarse más allá de los planes de cambio que se manejan en su cuartel general y en las capitales de sus miembros. La OTAN debe convertirse en una auténtica Alianza por la Libertad, cuyo objetivo prioritario es vencer la Guerra contra el Terror, la IV Guerra Mundial

en la que nos encontramos inmersos. Y a tal fin, este informe ha avanzado sugerencias y medidas prácticas. Desde el foco estratégico en el terrorismo islamista, a la ampliación a países como Australia, Japón e Israel. Igualmente, la modificación de las estructuras aliadas con la creación de mandos funcionales.

Este informe ha centrado sus ideas y desarrollo en la Guerra contra el Terror porque, como acabamos de afirmar, nos parece que es vital, en su sentido literal, que la OTAN se defienda de esta amenaza. Pero aunque todo su énfasis está puesto al servicio de esta idea, también reconocemos que la Alianza debe estar abierta a otras tareas.

La OTAN tiene una agenda heredada de la Guerra Fría y la post-guerra Fría que debe seguir desarrollando. Desde la ampliación al Este y las antiguas repúblicas soviéticas, a la estabilización de los Balcanes. La Alianza no puede olvidarse de sus compromisos en estos terrenos.

Ahora bien, esta agenda heredada de su pasado no puede poner en peligro, por falta de atención o de recursos, la agenda estratégica actual, esto es, vencer al terror. De nada valdría querer apoyar la paz en la antigua Yugoslavia, si el terror islamista nos vence en el mundo musulmán fuera y dentro de nuestro propio suelo, si acaba por poner en peligro nuestra forma de vida y nuestra existencia.

Con todo, los autores somos conscientes de que al igual que la OTAN no puede desentenderse del pasado, tampoco puede concentrarse exclusivamente en su presente de manera que pierda de vista el futuro. Las medidas que se proponen en este informe son para hoy aunque se hunde en el mañana de la organización, pues la guerra contra el terrorismo no puede, desgraciadamente, ganarse ni con una sola batalla ni en veintidós días. El terror islamista es nuestra amenaza existencial actual, pero no será la última. El mundo está pasando por una profunda mutación estratégica en la que los centros de poder se desplazan cuales placas tectónicas. Que no se produzcan fricciones y choques producto de estos cambios no se puede descartar de antemano.

La OTAN, tal y como se argumenta en estas páginas, está mal preparada para ganar la IV Guerra Mundial porque sigue anclada en la guerra del pasado. La Guerra contra el Terror no debe llevarla tampoco a ser prisionera de nuevas rigideces que la dejen inadaptada para los retos estratégicos del mañana. Garantizar la estabilidad en los Balcanes o conformarse como un contrapoder de la emergente potencia de China son tareas legítimas y apropiadas, pero que exigen numerosos recursos. La OTAN, desde nuestro punto de vista, sin descartar nada, debe saber concentrar su atención y medios y eso pasa hoy, inexorablemente, por luchar contra el terrorismo islamista y por vencerlo. Sin esta victoria sobre el terror, ni la Alianza ni sus miembros disfrutarán del lujo de poder plantearse otras cuestiones y retos.

Anexo I

The inner-German Discussion on the Future of NATO: The Positions of the Political Parties

The year 2005 has been and will continue to be of particular importance when considering Germany's role as a key member of the North Atlantic Alliance. Germany is celebrating its 50th anniversary of full membership in NATO this year. Moreover, recent domestic developments will likely result in early elections in September with a significant chance for a change both in government and in the basics of German security policy to occur. Thus, it is worthwhile to analyze the position of today's governing Parties (SPD and the Greens), and particularly those of the opposition (CDU/CSU and FDP). Since the expected result of the elections will be a CDU-led government, a particular emphasis will be placed on conservative conceptions of the transatlantic security relationship.

Social Democratic Party (SPD)

Social Democratic NATO policy since the change of the government in 1998 can be characterized as a "double surprise". When the Red-Green coalition assumed office, a certain degree of skepticism was prevalent abroad. How would a government so inexperienced in foreign policy operate in light of the difficult international situation? Above all: How would the green coalition partner, which had its roots in the peace movement and the anti-NATO-tradition, cope with the ongoing military crisis in Kosovo? What would happen if the escalation in the Balkans would require a military engagement by Alliance forces?

To general surprise, the German government overcame this challenge with little difficulty. Under SPD-Green leadership the Bundeswehr took part in NATO's war in Kosovo (which was an outright attack without the United Nations' stamp of approval) without generating too much friction in either party or in the German public. The pro-American and pro-NATO course of the SPD lasted nearly until the end of the government's first four-year term. After the September 11th attacks Germany stood at the side of the United States without any ifs, ands, or buts, sending approximately 3,900 soldiers to take part in the international anti-terror operation "Enduring Freedom."

Since 2002, surprise has once again become widespread. The Chancellor, then experienced in foreign policy matters, has regularly made serious failures of judgment with respect to the interests of Germany's neighbors and allies – his ill-suited Iraq-policy being first and foremost. It is worth noting, however, that the key mistake of the Chancellor was not so much to reject German participation in a war against Iraq; instead, it was the awkward and autistic way of presenting the German position among friends and allies with which Schroeder painted himself into a corner. The almost inevitable consequence of Schroeder's course was a German policy which embittered most of Germany's allies and which gave NATO a "near death experience" (U.S. NATO ambassador Nick Burns). Even German NATO officials in Brussels were well aware of the destructive line of their own government, which paralyzed NATO in early 2003 over the question of whether to start contingency planning in case of the Iraq crisis spreading over the border to the NATO ally Turkey. When the German NATO-Ambassador –following

orders from Berlin – repeatedly enacted the German veto in the NATO-Council, he did it with the words “don’t shoot the messenger”.

Since then, following the general trend of transatlantic reconciliation, the German government’s NATO policy has assuaged significantly. Chancellor Schroeder has even tried to spearhead the widespread request for NATO reform. In his speech at the Security Conference in Munich in February 2005 he declared that NATO has lost its key role as a forum for transatlantic debate. Notwithstanding the fact that this was not an incorrect assessment, he earned widespread criticism. This reaction displayed the actual malaise of Social Democratic NATO policy: its reputation had suffered to such a degree that even a reasonable statement was intentionally interpreted not as a *diagnosis* of the current situation but as a German *intention* to further weaken NATO in the future.

Moreover, the Chancellor’s suggestions on how to fix the perceived maldevelopments seemed to lack the underpinning, sober strategy needed to get the message across in NATO. In Munich, Schroeder had suggested a “Wise Men Group” be created to develop proposals on how to overcome NATO’s crisis and to reestablish NATO as the center of a transatlantic exchange on a wide range of security policy issues. Alas, this proposal was not bolstered by consistent concepts and planning – neither in the chancellor’s office nor in the foreign and the defense ministry. The lack of conceptual framework became evident when the Bush administration decided to take the German side at its word and proposed broadening the debates in the NATO Council on an issue like the EU weapons embargo vis-a-vis China. Confronted with such a controversial question, where the SPD faced bitter disputes even with its own coalition partner, the Greens, the German government dropped the idea of a broader debate on transatlantic security.

Schroeder’s proposition of a “Wise Men Group” also appeared crude. NATO does not lack revolutionary new suggestions and ideas for its transformation; instead, a whole set of evolutionary steps have long been agreed upon (Combined Joint Task Forces, Berlin-Plus, NATO Response Force, Istanbul Cooperation Initiative). Deficiency lies in the readiness on the part of its members to finally execute these decisions and to provide sufficient funds for their implementation. This is something that cannot be triggered by an external group of experts, but rather can only be undertaken by the respective NATO governments.

The Greens

Becoming part of the government in 1998, the Greens underwent a metamorphosis which appeared almost incredible. Their first (and for a long time their last) anti-NATO initiative was an approach by the newly appointed foreign minister Joschka Fischer in 1998 to have NATO abandon its nuclear first-use strategy. This was dismissed outright in Brussels. Since then, Green security policy has turned upside-down. Having their roots in bullheaded anti-militarism and being founded by anti-NATO protesters, the Greens supported NATO’s military strikes against Serbian troops in the Balkans. In the following years, foreign minister Fischer turned out to be more pro-American than the Chancellor himself – one indication was his close friendship with the then U.S. secretary of

state, Madeleine Albright. This development became palpable in the transatlantic crisis on Iraq. Fischer objected to the military operation against Saddam Hussein as well, but he was particularly critical of the way Chancellor Schroeder handled the issue. It is worth noting, that Fischer never used the Chancellor's expression a "German Way" and was critical of the popular slogan "Franco-German-Russian axis". It looks as if the relationship between Fischer and Schroeder has cooled down in the interim.

Since then, the Green position on NATO and on the reform of the transatlantic security relationship has oscillated between constructive criticism and general support. In May 2005, 50 years after Germany joined NATO, the Green parliamentary group admitted that they had long underestimated NATO's role for Germany's security and integration in the "West". With its demand for a more political role for NATO, for improved contacts between EU, NATO and United Nations and for creating new foundations for the transatlantic partnership, the former "protest party" has floated with the current debate on the future of the Atlantic Alliance. Some critical suggestions – like the demand for the denuclearization of NATO – seem to be more a concession to Green traditions than serious suggestions for the future of NATO.

Free Democratic Party (FDP)

In the past the German Liberals did not offer a particularly engaged voice in the debate on the future of the Atlantic Alliance. This might be a startling fact, since in the Kohl government the FDP filled the position of the foreign minister and vice chancellor for 16 years. One explanation might be that Hans Dietrich Genscher, German foreign minister from 1982 to 1992, was not regarded as a staunch Atlanticist and thus seemed relatively unimaginative regarding NATO questions. His successor, Klaus Kinkel (1992 - 1998) was not a very strong member in the Kohl cabinet, as during these six years, foreign policy became increasingly dominated by the chancellor's office. Moreover, the then German defense minister, Volker Ruehe, focused primarily on NATO questions and was widely regarded as the architect of NATO's enlargement policy. Since returning to the opposition in 1998, the Liberals have been strained by internal differences and political scandals; thus, the political profile – not only in the security policy realm – has remained blurred.

Consequently, it was all the more astounding when in April 2005 the FDP suddenly launched a NATO related security policy initiative. On the occasion of the NPT conference in New York, the FDP parliamentary group submitted a request to withdraw U.S. nuclear weapons deployed in Europe. Their suggestion would not only affect the American nuclear force posture, but would also end NATO's principle of nuclear consultation. Furthermore, an important element of NATO, the Nuclear Planning Group (NPG) would become as irrelevant as the Programs of Cooperation (POCs), which codified the so called "dual key arrangements" on nuclear weapons.

It was surprising that such a sensitive issue was brought up by a small opposition party at a time when the strained transatlantic relationship was just beginning to recover. The reason for the initiative, however, was not anti-American or anti-NATO sentiment in the FDP; rather, it was the short-term FDP goal of teasing the govern-

ment with a suggestion it could not actually reject. Besides this episode though, no explicit views on the reform of NATO have been made by the FDP.

Christian Democratic Union, Christian Social Union (CDU/CSU)

Given their role as the opposition parties in the Bundestag, neither the CDU nor its Bavarian “twin” CSU has needed to develop cohesive concepts on the further evolution of the North Atlantic Alliance. That being said, various conservative defense experts have expressed ideas and suggestions on how to adapt NATO to the requirements of the 21st century.

The starting point of the CDU/CSU analysis is that two problems above all endanger the sustainability of the alliance. First is the lack of engagement on the part of the European NATO partners. Notwithstanding all rhetorical commitments, at present, many “old” member states are hardly living up to their pledges. Agreement on greater engagement by NATO in Afghanistan is indeed unanimous; however, the required means are insufficiently supplied. As a result, top NATO officials are forced again and again to formally go begging member state governments in order to get a few helicopters, transport planes or military units. This is only partly due to the fact that many European armies are still predominately equipped for the challenges of the bygone East-West conflict. The truth is that most Europeans fail to put their money where their mouths are. And what is worse: hardly anyone in NATO cares that they don't care - a classic circle of silence.

The second problem is that NATO has largely lost its main function as a forum for forging a political consensus on important security questions; instead, a curious contradiction has arisen. On the one hand, NATO endeavors to improve its military capabilities and is slowly but surely developing flexible and deployable armed forces. On the other hand, there are fewer and fewer agreements on when and how these armed forces should be employed. On common goals, like fighting terrorism, peacekeeping or containment of weapons of mass destruction, unity can be found in Brussels, but what does that mean in concrete terms? How does NATO define “terrorism” and how should possible military measures be imbedded in a political grand strategy? Where does NATO stand on the issue of regional order in the Balkans? Should the war on drugs also be carried out in Afghanistan, and if yes, how? What should a stabilized Middle East look like and what can NATO afford to contribute to the cause?

Not only is there no consensus on these questions in the alliance, but they will not even be duly discussed. The fear is too great that extensive debates would display the differences in opinion and could incite the image of a “divided NATO.” That is exactly the problem: an organization which avoids debating principles because of a misunderstood symbolism of unity is by definition not a forum for consultation, but in the best case, a more or less successful executive body.

Both developments impede transatlantic reconciliation and erode NATO in general. Short-term activism helps little in this instance; rather a fundamental rethinking is required. What NATO needs is an internal dialogue about its

basic strategic principles. Indeed, the alliance has at its disposal an accepted document, the so-called "Strategic Concept." This statute, however, was drafted in 1999, i.e. before NATO's victory in Kosovo, before the September 11 catastrophe, before NATO's engagement in Afghanistan, before the war in Iraq and before the admission of seven additional member states. Concurrently, even the European Union has agreed upon a modern security strategy, yet the alliance still clings to its out-dated strategic principles. However, without a modernized strategy as a collectively agreed upon guidepost, NATO can hardly realize its role as the heart of transatlantic security. Revising NATO's Strategic Concept is therefore urgently required. A CDU/CSU in government will most likely try to find Alliance support for this idea of forging a new strategy.

Not to be misunderstood - the CDU does not regard a strategic dialogue as a panacea for all perceived NATO problems; however, a true transatlantic security debate would have at least two crucial effects. First, it would require all NATO partners to clarify their own positions and to make them transparent to others. Such a process would almost inevitably increase the pressure on member states to bring the level of individual engagement in line with commonly defined goals and projects - free riding would be made more difficult. Second, NATO would become - by definition - the center of the transatlantic security debate again and would strengthen its political role. Furthermore, popular misperceptions of the United States sitting in the driver's seat and of NATO-Europe just obeying orders from Washington could be remedied.

Following the CDU chancellor candidate Angela Merkel's slogan of "new honesty", the German position in a transatlantic strategy debate would be determined by a number of standards and assumptions differing from those of the present government.

- The dominance of the United States (politically, economically and militarily) is not going to change for the years to come. Such an American preponderance is not "good" or "bad" per se, but it is a sheer fact which needs to be taken into account. As a consequence, NATO's future course will be heavily influenced by US national priorities. Moreover, the peptalk about a "multipolar world" is insentient, in spite of its popularity in Paris or Beijing. "Multipolarity" in its true sense of balancing US "hyperpuissance" by other centers of gravity (EU, Russia, India, China...) is not going to happen any time soon.

- A European security and defense identity is indispensable, but only as a means of Euro-Atlantic *synergy* and not as a method for European *emancipation* from the US. What is more, creating European defense capabilities will take longer than the ambitious plans of the EU indicate. Severe budgetary constraints in almost all EU member states are a fact which is not going to disappear in the near future. As a result, European security policy will for yet a long remain time crucially dependent on the transatlantic link and on the military capabilities of the United States. Trying to establish the EU as a counterweight to the United States is politically absurd and militarily impossible.

- New threats and a changed security landscape require a fundamental reassessment of the concept of “defense”. The spread of weapons of mass destruction, the increasing available means of delivery and technological progress in weapons’ range and accuracy provide more and more states and non-state actors with the option of long range power projection. Geographic distance is becoming less of a factor in threat analysis. At the same time, the reaction time for the defenders is becoming increasingly shorter. To wait for an attack to happen might no longer be an act of prudence, give the possible apocalyptic consequences. Instead, extreme situations might require preemptive military action. Alas, there are no simple answers to the delicate questions of legality and legitimacy. Still, the topic cannot be papered over by referring to the provisions of the international law. Instead, a broad debate on the role of “offense” and “defense” in future security policy is inescapable.

These basics do not fully add up to a coherent blueprint for the future of NATO, but they do provide at least some guidance for adapting the North Atlantic Alliance to the challenges ahead.

Anexo II

NATO reform seen through the lenses of enlargement.

Until very recently, the political debate in Italy has focused mostly on NATO enlargement – more so than on NATO's internal reform efforts.

The second round of post-1989 NATO enlargement has been conspicuous for its lack of controversy, especially recalling the rather serious and lengthy discussions generated by the first round, which culminated in the Washington summit of April 1999

It is now widely recognized that the first round was essentially the product of a policy convergence between sectors of the US establishment under the Clinton administration and a strong German drive to include the three Central European countries to its East and Southeast. This is why many observers initially doubted that enough momentum could be generated to support a second round, but in fact the political and strategic costs of enlarging NATO had already been paid upfront between 1995 and 1999 (in terms of alliance cohesion and particularly the reliability of art. 5, operational problems, and relations with Russia); the second batch implied decreasing marginal costs. This was particularly true from the Italian viewpoint, since Rome's official position had been to support membership for 5 countries, including Slovenia and Romania.

To put it in the most simplistic terms, there was no specific or compelling reason why Italy should oppose further enlargement, given that its key interests have always been (and remain to this day), first, to safeguard the Euro-American link as a partial "equalizer" of power relationships within Europe and second, to receive from NATO a degree of protection and insurance from persistent instability in the long southeastern "arc of crisis". In fact, on both counts the second round was even more consistent with Italy's priorities than the first: the thorny issues of NATO-EU relations still unresolved since the 1999 Washington summit (indeed since the St. Malo process was launched by the two main European military powers) stand to demonstrate that anchoring the US to Europe is more prudent than ever in today's fluid strategic environment; and Prague's broad geographical scope (from the Baltics to the Black Sea) partly addresses Italy's concern with the Southeastern dimension.

In addition, the Berlusconi government was proud of its pro-American credentials, which made it easier and natural to support the accession of countries that most observers would place in the pro-American and pro-Atlanticist camp.

Beyond enlargement and toward transformation.

Inevitably, the post-911 priorities strongly affected the view of NATO's role – and its further enlargement. In particular, in view of the "unilateralist" tendencies of the Bush administration on important security issues (both regional or country-specific and of principles), NATO's value as a forum to ensure at least regular multilateral consultations with Washington has gained renewed prominence. At the same time, the visible convergence between US and Russian interests – at least in the short and medium term – generated by the terrorist emer-

gency has paved the way for a more relaxed attitude toward the implications of NATO's "big bang" option, both in Moscow and in the West.

The official statement by the Italian Prime Minister at the NAC session of November 21, in Prague, mentioned in a single sentence the new round of enlargement and the link with Russia:

"This decision is a further step towards the reunification of Europe and of the West as a whole, following the important one taken in Rome with the creation of the Council at 20 to include the Russian Federation".

However, the central (and longest) section of the three-paragraph statement was devoted entirely to the relationship with the US:

"I would like to take this opportunity to express the special regard in which the Italians hold the American people and its President. For over 50 years, after paying a heavy toll with their own lives to restore our freedom, they have shouldered most of the economic burden, over two thirds of the Alliance's military expenditure. NATO has enabled us to maintain peace in a Europe previously always divided by recurring wars, but also to preserve stability and foster development and prosperity."

These official positions clearly reflect the post-911 mood, which ultimately strengthened the government's natural inclination to emphasize its Transatlantic allegiance while making frequent appeals for a relatively rapid integration of Russia in the Euro-American "system".

NATO is seen in Italy – as elsewhere – as a very versatile tool, its functions ranging from the Partnership for Peace and the broad "socialization" process for new and prospective members, to a vital link with the American armed forces. It has been regarded in the course of the 1990s as a kind of dynamical stabilizer of greater Europe, projecting stability in tandem with the EU – each on the basis of its unique comparative advantages.

The center-right executive led by Prime Minister Berlusconi is the most openly pro-American ever in post WWII Italy; thus, to the extent that NATO remains the main vehicle for US-European cooperation in security affairs, it was quite natural for the executive to strongly support an expansion of the Alliance's geographical outreach.

The peculiar brand of Atlanticism pursued by the Berlusconi government – we may call it "Neo-Atlanticism" – is certainly compatible with a reformed Alliance serving as the cornerstone of the system of peace and security in Europe, based on continuing American engagement in the continent – and potentially *with Europe* on missions taking place outside the continent. In any case, the value of NATO as benign stabilizer of greater Europe is an unquestioned deep conviction.

Clearly, any military commitment beyond Europe is potentially controversial on domestic grounds, particularly in the absence of an explicit UN mandate for the use of force. The current Italian government has consistently supported US priorities especially since 9-11, and never openly opposed the notion of coalitions of the willing, but

it has insisted that the most effective configuration is a coalition based on NATO itself – as an instrument to deal with “new threats” such as terrorist organizations, WMD proliferators, and failing states which could harbor or support both. In the complicated security scenarios of the early XXI century, strange and partial forms of international legitimacy tend to coexist, overlap, and sometimes even clash. In any case, NATO performs a crucial function as the most tested organization on which Italy has consistently rested for its external security.

There are practical limits to what Italy can do as a de facto member of the temporary alignment that Mr Rumsfeld dubbed “New Europe”: in terms of military capabilities it has little more than a few “niche capabilities”; in political terms, support for a pro-active ad hoc participation in US-led coalition has proved to be very shaky by looking at public opinion – in fact, in the Iraqi case only a minority of the public supported the government’s position. This explains why Italy’s official stance eventually became that of a “non belligerent” country, to the embarrassment of the most ardent pro-US figures but almost certainly to the relief of the government. In other words, “old Atlanticism” – cautious, EU-friendly, and strongly multilateral in nature – seems to re-surface when times get tough. This pillar of post-WWII Italian foreign policy has rested on the notion that the European/Communitarian and the Atlantic/NATO “circles” of the country’s international projection must – and can be – constantly reconciled to become mutually reinforcing. To be true, there has always been a bilateral Italian-US strand in the Atlanticist camp, particularly with regard to defense matters, but the overall approach has been almost invariably based on the “two circles”.

External pressures and internal tensions.

As the Alliance has become a much more active organization – even a shaper of international norms, one might say, for good or bad – the US link has correspondingly become more demanding by forcing Italian policymakers to make harsh practical choices. Metaphorically, the unsinkable aircraft carrier – “base Italy” – has become a place busier than ever with planes on active duty, while the suspension bridge over the Central and Eastern Mediterranean – “bridge Italy” – offers two-way passage to all sorts of commuters: quiet citizens, rich investors, peacemakers, but also poor migrants and asylum-seekers, well-organized criminals and terrorists.

The “mission” that Italy is required to perform today is far more complex than just providing its territory to US soldiers who would protect its frontiers from an unlikely onslaught from the East. Although such simple description of the Cold War deal was probably a caricature all along, there is no denying that things have become much more complicated and will continue to do so. The relatively predictable, static Alliance of the Cold War has given way in the 1990s to an evolving organization which provides the main locus for rethinking the traditional relationship with the US. While this reappraisal goes on, however, US leadership has not remained static, either: it has rather taken the form of an American predominance over multilateral operations in which even all the European allies combined are vastly inferior in capabilities.

In this context, Italy has sometimes fallen into the (bad) habit of practically equating NATO with the US: this is often a simple tactical move to defuse recurring domestic tensions – usually over the use of force and other controversial security issues – but it also reflects a deep-seated conviction. Indeed, the distinctive function of NATO today is indeed to keep the US engaged in Europe within a multilateral format. According to most Italian policy-makers, the other functions performed by the Alliance are equally important but, at least in theory, can gradually and safely be transferred to the EU – a process which Italy has been consistently encouraging.

Given the long-standing Italian desire (shared by coalition governments of all political stripes) to be included in European and Transatlantic “core groups”, there are strong incentives for the country to make serious efforts to participate in NATO’s “transformation” – to the maximum extent possible. The defense budget is not growing (in fact, it is under downward pressure), which imposes significant constraints on what Italy can practically contribute.

A significant difference between center-right and center-left parties is that the former tend to generally favour the integration of Italian forces with US-led “force packages” (often meaning “plugging into” American systems), while the latter are more wary of excessive dependence on Washington’s political choices (and usually more interested in developing autonomous EU capabilities).

This particular difference reflects a more general readiness on the part of center-right parties (and voters) to envisage offensive combat operations (such as special forces missions) with Italian participation in coalition contexts, including under the NATO hat. Center-left parties (and even more so voters, leaning toward pacifist positions) are much more sceptical of NATO’s right to engage in such operations and much more comfortable with designing Italy’s armed forces to carry out peacekeeping operations in a UN and/or EU framework.

Closely linked to the above mentioned issue is of course the debate on the legitimacy of the use of force. The center-left systematically argues for an explicit UNSC mandate for the use of force, even by wide coalitions (although it was a center-left government, led at the time by Massimo D’Alema, who authorized Italian participation in the air bombing over Kosovo and Serbia-Montenegro in 1999, lacking such specific authorization).

Support for the ongoing ISAF mission in Afghanistan has been largely bipartisan (with the center-left insisting only that funding for that mission should have been separated from parliamentary decisions regarding the Iraqi mission, instead of merged into a single vote as the government decided).

Anexo III

NATO TRANSFORMATION. A NorthAmerican vision

Overview

Recent strains between the United States and some European allies have raised concerns that the North Atlantic Treaty Organization (NATO) is becoming irrelevant or even headed toward extinction. A breakup of the Atlantic Alliance would severely damage the United States and Europe as well as prospects for global peace. As an urgent priority, NATO must restore its unity and strengthen its capacity for common action in the Greater Middle East. But how can this goal be achieved in today's climate?

The solution is a new dual-track NATO strategy of military and political transformation that could be launched at the Istanbul Summit next spring. The military track should further strengthen efforts to field a NATO Response Force and otherwise prepare European forces for expeditionary missions. The political track should aim to create a common transatlantic vision for the Middle East, while enhancing capacity to act flexibly and constructively there in peace, crisis, and war.

Such a strategic realignment is not mission impossible. The Alliance has survived previous trans-Atlantic stresses by adopting dual-track strategies that harmonized American and European interests. For example, almost forty years ago the Harmel Report reconciled detente with deterrence and defense. A new Harmel Report is needed to forge a similar reconciliation of U.S. and European policies toward the NATO role in the Middle East. In addition, the Istanbul Summit can take other practical steps: a NATO resource commitment to increase defense investments as force structure is reduced, a NATO defense transformation roadmap to guide force improvements, and a new "Partnership for Cooperation" that would pursue ties with friendly Middle Eastern militaries. A bold summit agenda of this sort offers NATO an opportunity to replace recent debates with a common approach for making the alliance more secure and effective in a troubled world.

Most U.S. and European leaders want to heal the rift over Iraq by restoring NATO unity and effectiveness. But how can this worthy goal be accomplished? This urgent question requires a credible answer. Some observers argue that because the United States and Europe cannot agree on security policies outside Europe, they should limit their cooperation to such soft-power issues as economic trade, foreign aid, and combating HIV/AIDS. While common action on soft-power issues is useful, this strategy would leave NATO—the transatlantic community's premier military alliance—with no serious role to play in the ongoing struggle against terrorism, tyrants, weapons of mass destruction (WMD), and radicalism in the Islamic world. Something better is needed: a constructive security strategy for NATO that also employs hard power in sensible ways, and that both Americans and Europeans will agree upon.

Need for a New Dual-Track Strategy

We believe that such a strategy can be crafted if the United States and Europe recall how they solved similar serious problems during the Cold War. On earlier occasions, the Alliance successfully coped with an assertive American military agenda that troubled many European countries for political reasons by creating dual-track strategies that combined military modernization with new political endeavors. The first case arose in the mid-1960s, when the Alliance used the Harmel Report to mate deterrence and defense with détente. The second case occurred in the early 1980s, when NATO agreed to deploy Pershing II and Ground Launched Cruise Missiles (GLCM) on European soil while also pursuing nuclear arms control negotiations with the Soviet Union. After the Cold War ended, NATO successfully pursued a third dual-track strategy by engaging Russia diplomatically while enlarging into Eastern Europe.

A new type of dual-track strategy should be pursued today. NATO already has crafted the first half of this strategy: a visionary defense transformation agenda for enhancing military preparedness. Adopted at the Prague Summit of 2002, this agenda aims at fielding a new NATO Response Force (NRF) and other measures to prepare for new missions outside Europe. This forward looking defense agenda must now be pursued vigorously by promptly fielding the NRF, creating a transformation roadmap, and designing a new U.S. military presence in Europe. As an urgent priority, NATO now needs to craft the second part of this dual-track strategy: an accompanying political transformation agenda for strategic realignment. The goal of this political agenda should be to achieve consensus behind fresh, well-constructed policies and decision processes for applying power in the Middle East and other regions to deal with emerging threats and strengthen relationships with friendly countries. Such an agenda of political transformation should include four measures that, along with military transformation, would produce a major strategic realignment of NATO:

Writing a new Harmel Report that would help lay out a common strategic vision of threats, goals, priorities, and standards for using military force and other instruments in the Middle East.

Reforming the decisionmaking process to create greater flexibility and responsiveness in performing missions outside Europe in peace, crisis, and war.

Finding ways for NATO and the Europeans to play larger roles in post-war situations where stabilization and reconstruction operations must be launched.

Creating a new "Partnership for Cooperation" (PFC) to help foster cooperative military ties with friendly Middle Eastern militaries.

This new dual-track strategy of defense transformation for military preparedness and political transformation for strategic realignment can be adopted at the NATO summit in Istanbul in spring, 2004. Prompt and vigorous implementation is vital, so collaboration among leading NATO powers is essential. The United States and Britain must

work constructively with Germany and France, and vice-versa. The times are too dangerous to permit internal quarrels that leave the Alliance divided and adrift. If the Alliance is to be salvaged, the United States and Europe must want to do so. Nothing in this dual-track strategy implies that the United States and its close friends should cede the option to act outside NATO when the situation merits. Yet, both the United States and Europe will benefit if the Alliance can be consistently employed as a preferred instrument of choice. The new dual-track strategy is meant to make this practice possible.

Why Save NATO?

To experienced hands, the proposal that NATO pursue transformation will sound familiar. NATO has been undergoing transformation for at least a decade; Europeans began using this term long before it became popular in the U.S. military. But the transformation of the early 1990s was different from that of today. Then, NATO was trying to shift from being a Cold War defense alliance toward one helping to create a Europe that was stable, whole, and free. NATO was filled with optimism and hopeful visions of a bright future for itself.

Today, transformation involves a quite different type of strategic realignment: preparing to project power and purpose not on the European continent, but into the Middle East and other distant areas. The environment also is different. NATO is filled with misgivings about its future as it tries to recover from a badly damaging debate over Iraq that shook its foundations.

In today's troubled setting, the idea of crafting a bold political-military transformation for strategic realignment runs counter to the instincts of those who are content to see NATO lose relevance or disintegrate. Those Americans who have given up on NATO judge that the United States should act unilaterally, with only Britain and a few "cherry-picked" European allies by its side. Similarly, some Europeans see NATO as an impediment to casting off American domination and becoming independent on the world stage.

Critics on both sides of the Atlantic are right about one thing: letting NATO wither would be easier than keeping it alive and healthy. Why, then, should the Alliance be saved? The perfunctory answer is that an effective NATO will enable both the United States and Europe to preserve security within and beyond Europe. This truism, however, has been cited so often by NATO advocates that it has become worn and unpersuasive. A more effective way to set out what is at stake is to ask the question, "What would the world be like without NATO?"

Some observers claim that the choice is not between transforming NATO and losing it. They argue that the Alliance can cling to the status quo while doing little of consequence outside Europe, apart from providing a launch-pad for U.S. forces and preparing a few allies to participate in ad-hoc coalitions led by the United States. This mistaken judgment, however, is a prescription for NATO to slip into irrelevance. The United States and Europe would lose interest and would not be able to prevent its demise. A big organization without purpose eventually loses its legitimacy and will to live. After that, a slow death is inevitable.

The collapse of the Atlantic Alliance might not bother those in the media and the general public who see little value in NATO. It might please those Europeans who view the United States as an arrogant superpower. It might also please those Americans who dismiss Europe as a decadent civilization. But when the dust settles and realization grows that the world's oldest, most successful democratic alliance has been lost, a different reaction might settle in. The widespread response might not be applause, but instead anger at the short-sighted governments on both sides of the Atlantic that allowed this travesty to occur. Such governments might not stay in office for long. Even if they endured, their reputations for wise stewardship would suffer a grievous blow. Nobody would emerge a winner in the court of public opinion or the verdict of history.

Loss of NATO would damage not only the reputations of ruling governments, but also the enduring interests of the United States and Europe. A first casualty would be the war on terrorism. Although the main event has been the invasion of Afghanistan, this war is mostly being fought in the twilight, behind the scenes, and with many instruments other than military force. Tracking down small, dispersed terrorist cells across the globe requires extensive multilateral collaboration in many areas—diplomacy, intelligence sharing, law enforcement and extraditions, disruption of terrorist finances, homeland security, training and aid to foreign governments, and strikes by special forces. Moreover, the conquest of Afghanistan is now requiring peacekeeping, stabilization, and reconstruction efforts aimed at preventing the Taliban from regaining power. Today NATO is providing this multilateral collaboration or creating a framework for it to occur. If NATO vanishes, much of this cooperation would be lost, and terrorists would be given a new lease on life.

The damaging effects of the collapse would extend far beyond the war on terrorism into the strategic realm of traditional security affairs. For the United States, loss of NATO would be a more serious setback than advocates of unilateralism realize. At a minimum, the United States would lose influence over Europe's evolution and would face even greater anti-Americanism. In other regions, the United States might not have its wings clipped to the degree envisioned by some Europeans—a global superpower has many other friends—but it would suffer from the loss of political legitimacy that European and NATO support often gives to its endeavors in the Middle East and elsewhere. Although France, Germany, and a few others criticized the U.S. and British invasion of Iraq, fully 75 percent of current and prospective members gave vocal political support to it. Such strong support would be less likely in a world without NATO. Militarily, the United States would lose valuable infrastructure in Europe that is helpful in projecting power to distant regions. The United States also would be damaged in crises and wars that require allied force contributions. In theory, the United States could still draw upon friendly European countries to create ad hoc coalitions of the willing. But if the Alliance were to end, fewer countries might be willing to join U.S.-led coalitions. Also important, their military forces might be less able to work closely with U.S. forces because NATO no longer would provide them the necessary interoperability.

The biggest loser would be not the United States but Europe. NATO collapse would result in a major U.S. political and military withdrawal from the continent. The United States might retain a foothold through bilateral ties with Britain and other countries, but it no longer would play a multilateral leadership role. Along with this withdrawal

would come removal of the many valuable strategic roles that the United States plays behind the scene. The United States continues to provide extended nuclear deterrence coverage over virtually all of Europe, a still-vital protection in this era of nuclear powers and proliferation. As shown in the Kosovo war, U.S. conventional forces provide about three-quarters of NATO military power-projection assets for crises and wars on Europe's periphery. These nuclear and conventional contributions, moreover, enable Europe to defend itself with annual defense budgets that are \$100-150 billion smaller than otherwise would be the case. In effect, the United States is helping fund the European Union, because these savings equal the EU budget.

Perhaps the Europeans could fund a big defense buildup to compensate for loss of American military guarantees, but the price could be quite high, because a European buildup absent NATO would be costlier than a buildup under its auspices; NATO offers many economies of scale and opportunities to avoid redundancy through integrated planning. In addition, a European military buildup would be controversial. How would Europe erect an umbrella of nuclear deterrence? How would it prepare for crisis operations on its periphery? What would be the European reaction if Germany were compelled to build nuclear forces and a large mobile military?

A European military buildup, however, seems unlikely. Is there any reason to believe that European parliaments would surmount their current anti-military attitudes to fund bigger defense budgets? Their reaction might be to slash budgets further on the premise that the collapse of NATO made defense strength less necessary and that Europe could avoid war through diplomacy. As a result, Europe might withdraw into a disengaged foreign policy. Even if bigger budgets were forthcoming, European militaries no longer would enjoy U.S. help in developing new-era doctrines, structures, and technologies. In the military transformation arena, they would be left on the outside looking in. Without U.S. contributions, they could be hard-pressed to muster the wherewithal to deploy missile defenses to shield Europe from WMD attacks. Developing serious forces for power-projection outside Europe also would be difficult, without American help in such critical areas as C4ISR, strategic lift, and logistic support. Overall, the collapse of NATO could leave Europe more vulnerable to threats across the spectrum from terrorism to WMD proliferation and less able to exert influence in the regions that produce these threats.

In addition to these adverse military consequences, American political contributions to European unity, peace, and prosperity would decline precipitously. For the past fifty years, America's constant presence has assured small European countries that they will not be dominated by powerful neighbors. It also has helped guarantee that the continent will not slide back into the competitive geopolitical dynamics that produced two world wars in the 20th Century. The U.S. presence helped Germany find a welcome role in an integrating Europe and permitted leadership by the so-called "Quad" (the United States, Britain, Germany, and France) in a manner that gained the support of other NATO members. Recently, the United States has been a leading advocate of NATO enlargement and European unification. In the absence of NATO, the European Union itself might be weakened, especially if the United States decided to selectively seek allies among EU members. Nor would EU influence on world affairs be likely to increase. Indeed, the opposite could be the case.

A NATO that can project power and purpose outside Europe will greatly enhance the odds of preserving world peace while advancing democratic values. The simple reality is that the United States cannot handle the global problems of the contemporary era alone, and neither can Europe. Together, however, they can succeed. This is a main reason for keeping NATO alive and healthy, and for transforming it in the ways needed to perform new missions. The challenge facing the Atlantic Alliance is to pursue these goals in an effective manner that both the United States and Europe will support.

Track One: The Prague Agenda

Pursuit of these goals is the main reason for adopting a new dual-track strategy aimed at defense transformation and strategic realignment. Fortunately, a strong foundation for the military component of this strategy already exists. The Prague defense agenda consisted mainly of three measures: 1) A new NATO Response Force (NRF) to be fielded by 2006; 2) A Prague Capability Commitment (PCC) to replace the stalled Defense Capability Initiative (DCI); and 3) A streamlined integrated military command plus a new Allied Transformation Command (ATC) to guide European military transformation. While the NRF was showcased at Prague, all three initiatives are important. As experience shows, agreeing to these measures is only the first step in a long process. What comes now is the tedious, time-consuming process of pursuing them to completion while making appropriate adjustments. In today's climate, success cannot be taken for granted. The situation calls for NATO political and military leaders to pay sustained attention to these measures to ensure that they unfold as planned. The Prague Summit agenda now needs to be modified in ways that will sharpen its focus and take into account new issues. A revised NATO defense transformation agenda should include the following three elements:

Vigorous efforts to field the NRF promptly and in ways that overcome hurdles along the way.

Preparation of a NATO Transformation Roadmap that, along with the PCC, will help provide focus and direction and encourage speedy progress toward transformation.

Design of a new American military presence in Europe that supports NATO defense transformation and can work closely with the NRF in preparing for expeditionary warfare.

Strategic Motivations for Defense Transformation

The Prague agenda was the product of four developments: 1) the frustrations of the 1990s, when European forces made little progress toward remedying core deficiencies in power-projection; 2) growing perceptions of a widening transatlantic gap in new-era military capabilities; 3) the disappointments of the war in Afghanistan, when the United States declined offers of European help because most allied forces lacked the necessary capabilities; and 4) the acceleration of U.S. defense transformation in ways that open the door for European forces to acquire capabilities for expeditionary warfare.

The 1990s began with NATO sitting on the sidelines during the Persian Gulf War, but with Britain, France, and other countries contributing to the U.S.-led coalition. The victorious Desert Storm campaign ended with widespread recognition that European and NATO forces needed to improve in many areas to contribute more effectively to future conflicts. Declining defense budgets and withering public support, however, sent European improvement efforts into a prolonged stall. When the Kosovo war was waged in 1999, the United States contributed 75 percent of NATO forces. In that airpower-dominated campaign, shortfalls in European forces were exposed in such areas as C4NSR, smart munitions, defense suppression, and all-weather/day-night assets.

In response, the Washington Summit of 1999 produced a new NATO strategic concept and a Defense Capability Initiative (DCI) aimed at strengthening European capabilities in multiple areas. Several countries, including Britain and France, announced long-range plans to upgrade their forces, but little progress was made. During 1999-2001, knowledgeable observers fretted about a growing transatlantic gap in military capabilities for new-era warfare. While the United States had long been better than Europe at rapidly deploying forces, it was now pulling ahead in capabilities for waging war once forces arrive at the scene. Indeed, the U.S. military was creating a new form of network-centric warfare anchored in precision fires, fast maneuver, and close integration of air-ground fires. The aim was to replace the old emphasis on massed forces and separate operations by components with integrated joint operations conducted by dispersed, high-tech forces. Most European militaries were not embracing this new form of warfare. Indeed, they were moving toward a growing emphasis on peacekeeping, thus creating a widening gap not only in capabilities and budgets, but in strategic missions and burden-sharing as well.

The invasion of Afghanistan starkly confirmed the need for NATO military transformation. After NATO invoked Article 5 to wage the new war against terrorism, many European governments wanted to participate in Afghanistan. But except for Britain, the U.S. military turned aside these offers with the explanation that European militaries lacked the precision-strike assets for this new form of warfare. Only European SOF forces proved useful in the battles. After the major fighting ended, European forces performed peacekeeping. Later, NATO acquired a formal role in this mission, but this development only reinforced the growing impression that, while NATO might be helpful in cleaning up the mess afterward, it is not an instrument for serious war-fighting.

The U.S. defense transformation effort, accelerated shortly after the Bush Administration took power, opened the door to NATO defense revival for unintended reasons. The original purpose was to prepare U.S. forces for the Information Age by equipping them with advanced information networks, new weapons platforms, ever-smarter munitions, and exotic, futuristic technologies. To fund this effort at enhancing force quality, a big increase in the American defense budget was authorized. Initially it seemed that accelerating American military transformation would leave Europeans in the dust and thereby further magnify an already-big gap in transatlantic capabilities. But closer inspection showed that the Europeans did not need to mimic U.S. forces in new technologies and structures. Instead, they merely needed to develop the capacity to “plug and play” into the “system of systems” (integrated information grids) being created by U.S. forces. Moreover, many core operational concepts of trans-

formation could be applied to European forces: e.g., the emphasis on joint expeditionary warfare, networked forces, littoral missions, close integration of air and ground fires, high-speed maneuvers, and simultaneous operations with dispersed forces.

Thus, although the Europeans were unlikely to match high-tech U.S. forces soon, they could embark upon their own form of transformation aimed at facilitating interoperable, complementary operations with U.S. forces on modern battlefields. Moreover, they did not need new, expensive weapon platforms (e.g., tanks and fighter aircraft) to become better at swift power projection and lethal strike operations. Instead, they needed improvements in such areas as joint planning, C4ISR, smart munitions, combat support units, mobility, and long-distance logistics for missions in austere areas. Acquiring these assets did not promise to be cheap, but if only a modest number were needed, they were affordable for European budgets. This promised to be the case if NATO and the Europeans focused on transforming only a small portion of their forces rather than their entire posture, which exceeded the size of U.S. forces by more than 50 percent.

Bringing the Response Force to Life

The idea of fielding the NATO Response Force responded to this imperative. This idea was suggested by Secretary of Defense Donald Rumsfeld in reflection of a proposal from the National Defense University, and it quickly took hold in NATO and European military circles. At the Prague Summit, it was adopted with widespread acclaim as the centerpiece of the new NATO plan for defense transformation. By spring, 2003, it had been equipped with a strategic concept and implementation plan by the NATO Military Committee. SACEUR General James Jones promised quick progress—fielding of initial units by fall, 2003, instead of 2004 as originally envisioned.

Why the response force for an alliance that already has many formations for many purposes? In the eyes of its American creators, the NRF reflects an effort to plug a serious hole in the Allied military posture for new missions. Before the NRF, NATO mainly relied upon the ACE Mobile Force (AMF) and the ACE Rapid Reaction Corps (ARRC) for such missions. Both of these formations suffered from flaws. Originally conceived for limited emergencies, the AMF was too small and lightly equipped for intense combat operations too focused on continental contingencies. Moreover, NATO had already reached a decision to disestablish the AMF because it seemed unsuited to most contemporary missions. By contrast, the ARRC is a huge force of 4 heavy divisions backed by 300 combat aircraft and 100 ships that is too big and ponderous for swift deployment outside Europe. What NATO needs is an expeditionary force big enough to make a difference in high-tech strike operations alongside U.S. forces, but small and agile enough to be deployed swiftly. The modest-size but potent and deployable NRF is designed to fill this need while also enabling NATO and the Europeans to focus intently on a top-priority force rather than dissipating scarce resources in other directions.

The defense concept behind the response force is simple but breaks new conceptual ground for NATO. Prior to the NRF, SACEUR defense planning was mainly anchored in large ground formations, with air and naval forces

playing supporting roles. While this concept made sense for old-style continental warfare, it makes considerably less sense for new-era expeditionary warfare, which requires heavy doses of air and naval power and relatively fewer ground forces. Accordingly, the response force concept calls for a truly joint posture of about 21,000 military personnel. It is to be composed of a single well-armed ground brigade task force, one or two tactical fighter wings, and a naval flotilla of 8-10 combatants with aircraft, cruise missiles, and other strike assets. These forces will be designed to operate jointly in carrying out new-era operational concepts and to be highly interoperable with U.S. forces owing to plug-and-play C4ISR systems as well as similar doctrines, weapons, and smart munitions. Equally important, the NRF is to benefit from advanced training in new-era operational concepts that will not only elevate its own combat capabilities, but also help introduce such skills into other European forces, thereby helping them pursue transformation as well.

The NRF posture is to be capable of being used in multiple different ways, e.g., as a stand-alone force for limited contingencies, as the spearhead of a later-arriving deployment by larger NATO forces, or as a NATO contribution to an ad hoc coalition led by U.S. forces. It would have been ideally suited for the invasions of Afghanistan and Iraq, two very different military operations. It thus promises to greatly enhance Allied capability, flexibility, and adaptability in an era that requires such characteristics for operations across the entire spectrum of conflict. Meanwhile, it promises to be a cutting-edge leader of European force transformation by exposing response force units to U.S. initiatives and by helping develop new NATO doctrines through training, exercises, and experiments. As the NRF learns the lessons of transformation it can transmit them to other European forces. Over time, successive cohorts of European units will pass through the response force experience, thereby steadily enlarging the pool of forces that have directly experienced transformation for new missions. While Northern European forces will benefit, the forces of new-member East European countries and the southern region will benefit also. For example, Polish forces will learn how to operate with their European and American allies, and will thereby become better providers of security, not just consumers.

The NRF should not be merely a NATO force configured to pursue the U.S. military way of war. Instead, it should embody a synergistic blend of American and European approaches; both sides have something to offer in creating this force and its operational doctrines. Above all, the force should be capable of performing a wide spectrum of operations, not merely high-tech strikes with missiles and smart munitions. If such a flexible, multifaceted force is to be fielded, the Europeans will need to take it seriously. The same applies to the United States, which likely will need to loosen export control restrictions on some technologies.

By design, this force will not interfere with the EU European Rapid Reaction Force (ERRF). The missions of the NRF and ERRF are different. Whereas the NRF is intended for high-intensity combat and expeditionary strike missions, the ERRF currently is slotted primarily for peacekeeping and other Petersberg tasks. The NRF is also to be smaller than the ERRF and differently structured. Whereas the NRF will have only 21,000 personnel, the slowly evolving ERRF will have 60,000 ground troops and enough air and naval assets to bring the total to 100,000 per-

sonnel. The biggest difference is that, whereas the NRF always will be assigned to NATO integrated command, the ERRF will not be committed to fulfilling NATO missions. As a result, NATO will still need the NRF even if the ERRF eventually comes to life with better capabilities than now envisioned. Because the response force will be a small posture, its budget costs will be low, totaling \$3-4 billion per year for investments. Extra spending on manpower and operations will not be needed, because the forces to be assigned to the NRF already exist and therefore do not have to be freshly created. While the Europeans will have to set priorities, they possess the manpower and budgets to support both the NRF and the ERRF, and therefore do not have to choose between them. Care will have to be taken, however, to ensure that "dual-hatting" of forces does not result in conflicting assignments for crisis response. As a general rule, European units assigned to NRF duty or preparing to assume this duty should not have additional assignments elsewhere, including to the ERRF. When these forces come off response force duty, standard practices for dual-hatting can be followed.

The NRF is to be a ready force that can deploy within a week to a month and have 30 days of sustainment in intense combat. It is to be anchored in a rotational readiness scheme. During any six-month period, a full-sized response force of 21,000 troops is to be on duty, ready to deploy on short notice. Meanwhile, another force will be going through advanced training and exercises to prepare for its upcoming tour of duty. Concurrently, a third force that has recently completed its tour will be standing down. Thus, at any moment, three different response forces will be operating to one degree or another, but for different purposes. Each NRF is to be composed of multinational NATO forces, with the exact mix to be determined by national contributions and operational requirements. For example, one force might be manned largely by British and Dutch forces, and another by French and Italian forces. The NRF is a volunteer posture. It is meant to provide opportunities for participation to all NATO members who are willing and able to meet its operational requirements. The composition of each force might vary from one duty cycle to the next, thus enabling many European militaries to participate over the course of a few years.

The NRF will draw its combat and support assets mainly from NATO High Readiness Forces, the pool of forces that includes the ARRC, the Eurocorps, the German-Dutch Corps, and other top-tier ground, air, and naval formations. Thus, it will employ only forces that already are strongly committed to NATO integrated command and will not interfere with other European military priorities. While the NRF is to be mostly an all-European force, the United States will need to commit assets in such important enabling categories as C4ISR, strategic mobility, defense suppression, and logistics until the Europeans become self-sufficient in these areas. The NRF will be assigned to the new Allied Command Operations (ACO), with operational command rotating among its two new Joint Force Commands (JFC's) and one maritime Joint Force Headquarters. The effect will be to make all three commands skilled at employing the response force and engaging in expeditionary strike operations.

The NRF is off to a good start. An initial, small version of it will be fielded in 2003 with an emphasis on SOF assets. Many European countries, including France, have committed to joining the force as it is fielded. Whether

the response force will meet its 2006 goal of full operational capability, however, is uncertain. The requisite air and naval forces seem likely to be fielded, but ground forces may be a different matter because of changes that must be made in many areas. The NRF needs to be a properly transformed force with the requisite technologies, networks, and digitization required to perform its missions alongside U.S. forces. As the force comes to life, care must be taken to ensure that operational readiness is its first priority. Otherwise, it might fall victim to a dynamic aimed at including too many forces from too many nations under its mantle, thereby weakening its combat power. Likewise, the NRF should take part in transformation, but not at the expense of participating in so many experimental changes that it loses its focus on being ready to fight wars on short notice.

NRF command arrangements also bear watching. Each JFC must have a deployable Joint Task Force Headquarters that can command the NRF on distant battlefields. Another issue is the U.S. role. While the United States initially should provide support in critical enabling areas, the Europeans should be encouraged to acquire self-sufficiency as soon as possible. In the long run, the NRF should become a mainly European force with the United States contributing on a normal rotating basis. If the force becomes dominated by the United States and Britain, its purpose will have been defeated. Likewise, if the NRF is populated by forces from countries that might refuse to participate in its missions at the moment of need, its credibility will be compromised. Whether the response force needs an opt-out clause can be debated, but opting-in by making firm commitments must be the dominating imperative. For these reasons, NRF success cannot be taken for granted. It will need careful management attention from senior NATO political and military leaders for the foreseeable future.

Preparing a Transformation Roadmap

The Prague decision to create an Allied Command Transformation (ACT) in dual-hat status with the U.S. Joint Forces Command (JFCOM) is a major innovation. It offers the promise of bringing U.S. expertise to bear in focusing and accelerating European transformation for expeditionary warfare. If ACT is to succeed, it must be given a major role not only in exploring new ideas, but also in ensuring that, as European forces train and exercise with U.S. forces, they learn new operational concepts. The more fundamental challenge, however, is to ensure that NATO defense transformation is guided by a sound intellectual vision and a powerful program of coordinated measures to ensure that it succeeds on schedule. The PCC can help in this regard, but it needs to be supplemented by a NATO Defense Transformation Roadmap. It also needs to be supplemented by an Istanbul Summit "Transformation Reinvestment Commitment" to apply savings from European force reductions to enhanced investments in readiness and modernization for the forces that remain.

Although fielding the NRF will be the top NATO priority, the PCC's progress deserves support. The original impetus behind the PCC was to slim down and prioritize the DCI, which allegedly was bulging with its five major categories and 54 specific measures. When the PCC emerged, however, it was even bigger than the DCI, with eight major categories and 450 accompanying measures. The eight categories include such measures as C4ISR, WMD defense, interoperability, information superiority, combat effectiveness, mobility, sustainment, and logis-

tics. Their main effect is to provide NATO leaders with a useful top-down view of force improvements. Meanwhile, the many accompanying measures provide a bottom-up perspective that NATO members can use to develop specific programs. NATO has created a special committee of two Assistant Secretaries General to monitor the PCC with a view toward focusing it on the NRF. Progress on this goal is being briefed every three weeks to the North Atlantic Council (NAC).

Only a few months after its adoption, the PCC already seems in trouble because, for predictable reasons, it is making slow progress. Critics are dismayed, but the truth is that the PCC is a sensible creation, provided that its limited role is kept in mind and a sense of realism guides expectations. The PCC is another in a long line of NATO efforts that focus on functional categories of military activity rather than forces and missions. It was preceded by the Long-Term Defense Plan (LTDP) of the 1970s, the Conventional Defense Initiative (CDI) of the 1980s, and the DCI of the 1990s, all of which used functional categories to generate a detailed look at European forces in key areas. By spelling out a host of worthy NATO-wide improvement measures covering all members, the PCC provides a valuable instrument for helping guide NATO force goals, resource guidance, and country plans. Nor is it too large and encompassing as a tool for broad-scale program and budget management. Comparable Pentagon tools, such as the FYDP and Service POMs, are bigger and include even more measures. But because it is so big and wide-ranging, the PCC is not a good tool for focusing on key forces and top strategic priorities and for propelling NATO transformation forward.

What is to be done? The answer is not to junk the PCC or ratchet it downward. Nor is the answer to try to bolster NATO Ministerial Guidance, which is too vague and general to guide the specifics of force development. Nor are better NATO Force Goals the answer because they result in a dissipated appraisal of NATO individual members in ways that often see only parts of the whole, not the whole itself. All of these long-standing instruments of NATO military planning help provide a comprehensive overview of many endeavors by a huge alliance, but they do not provide an intense focus on new force-building efforts or transformation. Indeed, their main effect is to encourage a business-as-usual emphasis on incremental change, not bold leaps into the future.

To solve this problem, NATO should follow the Pentagon example by writing its own Defense Transformation Roadmap supplemented by a Transformation Reinvestment Commitment. Confronted by ponderous FYDPs and POMs, senior Pentagon leaders instructed each Service to write a focused roadmap spelling out how they propose to pursue transformation and to set their priorities accordingly. The resulting roadmaps helped focus attention on the meaning, essence, and prospects for U.S. military transformation. In particular, they helped highlight not only where the Services are succeeding, but also where they can do more to pursue transformation jointly and where troubles are likely to be encountered. As a result, U.S. military transformation now has a better sense of direction and purpose, and senior leaders are better-equipped to guide it.

A NATO transformation roadmap can help perform the same function for the Alliance. As the U.S. experience shows, the process of preparing such a roadmap will encourage NATO and the Europeans to review, revise, and

integrate their defense plans and programs. Such a roadmap should provide meaningful guidance, not vague abstractions. It should identify key strategy goals and operational concepts for guiding transformation. It should focus on outputs: the forces and capabilities of old and new members that will be needed to perform each major strategic mission. It should show how NATO members can act individually and collectively to field the necessary forces and capabilities. It should portray budget requirements and force development priorities. It should identify the types of transformation initiatives that are needed, including new weapons and technologies, new doctrines, and new structures. It should encourage innovation and experimentation. Without pretending to design a fixed blueprint, it should establish an evolving transformation strategy for the near-term, mid-term, and long-term. A mid-term focus is particularly important because it provides a connecting bridge between the tangible near-term and the foggy long-term.

Above all, a transformation roadmap should establish clear strategic goals and priorities for NATO. The urgent task is not border defense and peacekeeping in absence of anything else, but instead, as MC 317/1 says, becoming better-prepared to conduct joint expeditionary warfare. An expeditionary war involves a deployment for a specific purpose to a distant place outside Europe. It requires Allied forces that can deploy swiftly, operate jointly, and strike lethally. Because NATO lacks such assets, its transformation roadmap should focus on fielding the NRF as quickly as possible. The transformation roadmap should specify the assets that must be acquired, a program for acquiring them, the coordinated roles to be played by country plans, and tasks for common investments and the integrated command.

Once such an NRF program is established, a NATO transformation roadmap can address how to improve and transform other high-priority forces. Because NATO HRF forces will provide NRF assets and otherwise be important for power projection, they should be treated not as static legacy assets, but as candidates for transformation in the mid-term. Gradually modernizing the HRF forces with new weapons and doctrines is necessary, but new organizational structures also should be examined. This especially is the case for ground forces. In the Information Age, ponderous divisions and corps with massive logistic support tails need to give way to smaller, agile, and modular formations with lighter support. The U.S. military needs to change in this area, and so do European forces. Simply stated, expeditionary wars will not need the big sustainment assets needed for the Cold War. Recognition of this new-era reality can help pave the way toward high-leverage innovations at affordable cost.

Likewise, the campaigns in Afghanistan and Iraq show that U.S. and European militaries will need improved assets for post-war occupation, stabilization, and reconstruction. European forces are a natural for these important missions, but not to the exclusion of remaining well-prepared for combat. Some observers mistakenly judge that continental European forces should focus on peacekeeping missions while relying upon high-tech U.S. and British forces to do the war fighting. This prescription is wrong because it underestimates what European forces can achieve and would perpetuate an unhealthy division of labor. During the Cold War, many European militaries

were highly proficient at combat operations. They can be made fully capable of modern-era combat if they merely acquire new assets and doctrines in achievable ways. Similar to the U.S. military, European militaries can be capable of both winning wars and winning the peace afterward. While pursuing sensible role specialization, a transformation roadmap should point European forces in this twin-hat direction.

A NATO transformation roadmap should pay attention to other military forces and capabilities for old and new members, including counterterrorism, missile defense, and establishing a network of bases, facilities, and schools for helping the new ATC perform its job. But once this goal is accomplished, a transformation roadmap should set stiff priorities by showing how NATO members can economize to extract greater strategic mileage from their defense budgets. Accordingly, it should call for major reductions in European border defense forces that no longer have critical roles in NATO defense strategy or other important national missions. Today, only 10-20 percent of European ground forces can deploy outside their borders. A transformation roadmap could endorse reductions of 30-40 percent in existing European force structures, while shifting toward deployable capabilities. This step would reduce Europe's forces to about 1.6 million military personnel, 35 divisions, 2100 tactical combat aircraft, and 200 naval combatants. Ample forces would remain for performing NATO missions and national missions.

The advantage of such a steep reduction is that it could free large funds—\$20 billion or more annually—for investments. As a result, European spending on research, development, and procurement could increase by 50 percent, thereby propelling transformation forward at a significantly faster pace. The Europeans would have more funds for spending not only on the NRF and other combat forces, but also on homeland security and missile defense, both of which are important priorities. Such an intensified transformation will be possible, however, only if the funds freed from force reductions are retained in national defense budgets. A NATO transformation roadmap should endorse this budgetary strategy as the sine qua non for Alliance health. Its goal should be to convince European governments and parliaments to embrace the prospect of bolstering NATO military preparedness without driving defense budgets through the ceiling, rather than trying to capitalize on a new peace dividend that would not bring peace at all. At the Istanbul summit, NATO leaders could issue a pledge to reinvest for transformation. “Transformation Reinvestment Commitment” would be a logical partner to the “Prague Capability Commitment” provided both are focused on transformation, the NRF, and other top force priorities.

Designing a New U.S. Military Presence

With the United States now poised to begin altering its military presence in Europe as part of a global reshuffle, the act of ensuring that a sensible presence results is a final priority for the NATO defense transformation agenda. For the United States, the goal should not be to punish long-standing allies for their opposition to the Iraq war, but instead to craft a new European presence that supports both U.S. defense strategy and NATO strategic priorities. This goal can be accomplished, but only if care is taken along the way. The United States needs to act wisely after consulting with Allies, and European countries will need to have a proper understanding of the rea-

sons why they should support forthcoming changes. The core reason for change is that while the status quo is a recipe for stagnation, a newly designed U.S. presence can be a vehicle for leading NATO toward an era of relevance and performance.

The officially declared U.S. military presence in Europe is about 110,000 troops. This number, however, is not always what it seems. It does not include troops on peacekeeping duty in the Balkans or the 10,000-20,000 sailors and marines aboard the CVBGs and ARGs that regularly patrol the Mediterranean. Today's typical presence thus is about 130,000 troops, somewhat higher than the roughly 100,000 troops deployed in Asia. In addition, the U.S. military commitment to NATO and Europe is measured not only by peacetime presence, but also by other forces that would deploy to Europe in a war. In the Kosovo War, for example, large U.S. air and naval forces converged on the scene. Counting forces in both categories—peacetime presence and wartime reinforcement—the total U.S. military commitment to NATO and Europe is about 350,000 troops. This total commitment seems unlikely to change appreciably so long as a legitimate NATO requirement exists for it. What is mutating today is not this total commitment, but merely the portion permanently stationed in Europe.

Designing an effective future U.S. presence in Europe begins with remembering why the current presence was chosen a decade ago. When the Clinton Administration took power in early 1993, it inherited a presence of 150,000 troops—well down from the Cold War posture of 330,000 troops. The Administration decided to reduce this presence to 100,000 troops. Of this number, fully two-thirds were stationed in Germany at old Cold War bases, and the remaining troops were mainly based in Britain and Italy. The reason for retaining 100,000 troops in Europe was not because this figure had special meaning, but because this number was needed to field the forces deemed necessary for political and military reasons.

A posture of this size enabled the United States to deploy a balanced, multi-mission force of sizable headquarters staffs, four heavy Army brigades stationed in Germany, two or three Air Force fighter wings, and naval bases in the Mediterranean supporting 6th Fleet operations. These forces enabled the U.S. military to maintain its influence in NATO, to preserve a hedge against reappearance of threats to alliance borders, to prepare for new mobile missions as mandated by NATO then-existing strategic concepts, and to conduct training and exercises with allied forces. Since then, the U.S. force presence has been altered in minor ways, such as deployment of a light Army brigade and more prepositioned equipment in Italy. But for the most part, the U.S. presence has stayed remarkably constant, even though NATO, Europe, and the entire world have changed a great deal. Recognizing the need for fresh thinking, the Quadrennial Defense Review of 2001 called for a new approach to global overseas presence in Europe and elsewhere. But apart from suggesting redeployment of some ships to the Persian Gulf and elsewhere, it left the details of the future European presence to further studies. Such studies are now underway.

Today, new strategic priorities are altering the calculations taking place in Washington. Because threats to European borders no longer exist and the U.S. military has become better at power projection from the United

States, there is no longer a need to station large ground combat forces in Germany, which is now one of Europe's safest regions. Many of these forces could be put to better use elsewhere in ways that will benefit not only the United States and Europe, but Germany as well. New strategic requirements for American forces and missions elsewhere in Europe, however, are emerging. A vital new mission will be to ensure that the U.S. military in Europe can work closely with the NRF in peace, crisis, and war. Likewise, U.S. forces in Europe must remain capable not only of fulfilling their other defense commitments to NATO, but also of deploying off the continent swiftly to carry out operations of their own. The same applies to American bases and facilities in Europe, which should provide hubs for power projection. Another mission will be to signal continued U.S. engagement and leadership of NATO to old and new members in Central and Eastern Europe, as well as in the northern and southern regions. Guarding the Mediterranean and its sea lanes against new threats will remain critical. Yet another mission will be to maintain interoperability between American and European militaries. A final mission will be to help keep U.S. and NATO defense transformation on parallel tracks.

All of these missions should be taken into account in designing the future U.S. military presence in Europe. American missions for NATO suggest that while this presence can be smaller than now, the United States should take care not to reduce too far. The future presence should be neither tiny nor purely symbolic. It will depend in part on the size of U.S. force deployments in the Gulf region. The American forces that remain should disperse outward from current bases in Germany to positions in Eastern Europe and along the southern region, locations where new-era requirements are growing to perform both multinational integration and power projection missions. The United States will no longer require four Army brigades in Germany, but it likely will need two clusters of ground forces in Europe. One cluster should be composed of heavy forces in Northern Europe for promoting NATO interoperability and transformation. The other cluster should be composed of light forces in Italy and elsewhere in southern Europe for swift power projection to the Middle East and other regions. The same calculus applies to designing U.S. air forces in Europe: current bases in Germany (e.g., at Ramstein), Britain, Italy, and elsewhere will remain valuable. As for U.S. naval forces, existing bases and facilities will still be needed to support the 6th Fleet, but its Mediterranean deployments may be smaller than during the past and likely will vary as a function of changing conditions.

What do these imperatives mean when they are added up? Future U.S. manpower levels will need to be determined on the basis of analysis, but the more important consideration is the type of forces deployed, their locations, and their missions. Manpower levels should stem from these considerations, not the other way around. Indeed, the manpower level may be a variable, not a constant. The future U.S. presence will rely more heavily than now on forward operating locations and prepositioned equipment rather than fixed bases occupied by stationed forces. During times of training and exercises, U.S.-based forces will temporarily deploy to Europe, thereby elevating manpower well-above normal levels. After they leave, troop strength will recede until the next deployment cycle. Regardless of their manpower levels, the forces that remain in Europe, or are newly deployed there, should be designed to support U.S. interests and to help enhance NATO strategic effectiveness. Provided this is

the case, the new U.S. presence may be smaller and significantly altered, but it can be a powerful instrument for pursuing a bright future for the Alliance.

Track Two: Strategic Realignment

For all its importance, a vigorous NATO defense transformation agenda will lack a compelling strategic purpose and will not be fully effective unless it is accompanied by the second part of a dual-track strategy: political transformation for strategic realignment. Whereas the Afghanistan war demonstrated the need for defense transformation, the war in Iraq highlighted the Alliance need for strategic realignment by exposing fault-lines that can cripple ability to act in politically unified ways outside Europe. Defense transformation is unlikely to succeed unless political transformation also occurs, and vice-versa. These two enterprises thus go hand in hand.

What does “strategic realignment” mean? Basically, it means a process of change by which the Alliance enhances its political-military capacity to project power and purpose southward into the Middle East and adjoining areas. As stated earlier, strategic realignment can best be pursued through the following four-fold agenda that, along with defense transformation, will produce a more unified and effective Atlantic Alliance:

Creating a common vision of threat perceptions, goals, strategy, and standards for using military force

Reforming decisionmaking to create greater flexibility and responsiveness for handling security issues outside Europe

Organizing military forces for stabilization and reconstruction operations

Creating a new Partnership for Cooperation in the Greater Middle East.

These four measures should be considered not only on their individual merits, but also in terms of their combined impact. The first two measures aim at strengthening NATO political capacity to forge united and effective policies for the Middle East and other regions. In the aftermath of the Iraq debate, opportunities have opened for the United States and Britain to work closely with Spain, Italy, Poland, and other new members. Whether the “Quad” can be recreated is to be seen, but NATO clearly cannot function effectively if the United States and Britain are always at loggerheads with Germany and France in ways leaving other members torn between them. The first measure of creating a common vision aims at bringing these four leaders closer together so that NATO will be better able to act as a unified alliance. Conversely, the second measure of reforming decisionmaking aims to provide the Atlantic Alliance with the flexibility to act when lack of unanimous consensus threatens the capacity of mission-responsible countries to defend common interests.

Whereas the first two measures address internal politics, the last two measures seek to enhance NATO perform-

ance in situations other than war-fighting. Obviously the Alliance needs the ability to fight wars at long distances. The defense transformation measures discussed earlier will provide the requisite capabilities and are a part of strategic realignment. Yet NATO will be a limited alliance if it can only fight wars but do little else. It also needs a better capacity to address post-war situations and to become active in the Middle East in peacetime. The third measure aims to provide the Alliance with a stronger role in post-war situations, such as the stabilization and reconstruction of Iraq. The fourth measure creates a peacetime outreach program, similar to the Partnership for Peace (PFP) in Eastern Europe, that would pursue improved ties to friendly Middle East militaries. Together, these four measures are intended to strengthen NATO cohesion and performance in mutually reinforcing ways. If they are all adopted, along with a robust set of military measures, they will produce a new Atlantic Alliance that is strategically realigned in the best sense of that term.

Creating a Common Strategic Vision

The damaging confrontation over Iraq makes the importance of this measure crystal clear. The Atlantic Alliance badly needs to forge a common strategic vision that will narrow the cavernous gap between the United States and key European countries—especially Germany and France—on the issues surrounding the use of strategic power outside Europe. Otherwise, similar confrontations may erupt in the future, and the next one could destroy NATO, not merely damage it. The term “common strategic vision” does not mean that the United States and Europe must agree on everything. But it does mean that they must agree on the strategic basics, possess a shared framework for cooperative action, and respect each other in areas where disagreements still exist.

Some observers judge that now is not the time to debate these issues. Their understandable reason is fear that a high-profile debate will do more harm than good by widening the gap in visions rather than narrowing it. They argue that, since an eerie calm has settled over NATO in the aftermath of Iraq, the prudent choice is to let wounds heal. Today’s calm in Brussels, however, is illusory. The bitter divide on strategic policy is not caused by differences at NATO Headquarters, where most people think alike and want to keep NATO alive. Instead, the divide is caused by sharply differing views in national capitals, the media, and public opinion. Ignoring the divide will not close it. It will reappear with the next crisis. The only way to lessen it is to grapple with the core issues in ways that produce a better transatlantic understanding.

The bitter flare-up over Iraq occurred because a gap-closing dialogue had not taken place earlier. Such a dialogue was attempted in 1999 when the new NATO strategic concept was adopted at the Washington Summit, but this compromise document largely papered over unresolved differences that lay hidden for the next three years and surfaced at the United Nations. The terrorism of September 11, 2001, exacerbated the problem by deeply alarming the United States while leaving Europe less worried. Because the current interlude between crises may be temporary, it may be a last opportunity to resolve these issues before they can no longer be addressed in a civil manner. The gap between Americans and Europeans is not so great that it cannot be closed or at least appreciably narrowed. The United States grasps that the use of military force in the Middle East and elsewhere must be

tempered by mature political judgment and respect for international law. The Bush Administration has made clear that it anticipates no additional wars in the Middle East, that it will use diplomacy to address remaining problems, and that military force will be a last resort. Most European governments grasp that sometimes military power must be used against dangerous threats arising from these regions. The EU interim report by Javier Solana, "A Secure Europe for a Better World," provides a good basis for a sensible dialogue. Many European foreign ministers acknowledge that on occasions of imminent threat, preventive war sometimes is necessary. The grounds for a meeting of minds exist by forging a sensible blend of these positions.

Confidence in success also comes from history. This is not the first time NATO has been divided. Indeed, stiff debates arose during the Cold War. An especially bitter debate erupted in the early 1960s when the United States wanted to shift NATO defense strategy from massive retaliation to flexible response, and the Europeans resisted out of fear this step would weaken deterrence. The debate resulted in Germany threatening to develop nuclear weapons and France leaving the integrated command. But it was finally resolved when Americans and Europeans rolled up their sleeves, began talking calmly, and showed the patience to analyze the complex issues carefully. They eventually agreed upon a new strategy of flexible response that bolstered conventional forces but preserved the option to climb the ladder of nuclear escalation if the initial defense failed. The common strategy adopted then proved to be highly successful. It laid the foundation for growing NATO defense strength that helped win the Cold War. A successful outcome of this sort is possible again, if the Alliance merely recalls its own history and its mechanisms for consensus-formation.

Exactly what is to be done? How can the Alliance transform the bruised feelings and deep suspicions over Iraq into a constructive dialogue that results in a meeting of minds? The answer is not for NATO to engage in an official study, for this step could result in many governments digging deeper into entrenched positions. A better idea is to use the model of the 1967 new Harmel Report.

The Harmel Report was named after Belgian Foreign Minister Pierre Harmel, who proposed the idea. It sought to blend detente with deterrence and defense in ways that maintained NATO solidarity. It was commissioned in early 1967 and written over a period of six months. Although it was conducted under the auspices of NATO Secretary General, its four sub-groups were led by senior rapporteurs from outside NATO, who spoke for themselves and did not take official instructions from their governments. When their final report was issued, it was reviewed by NATO headquarters and national capitals. Many of its arguments were adopted by NATO ministers in December 1967, and the entire document was issued as an annex to their communiqué. As the logic of the Harmel Report became established throughout NATO in the following months, the effect was to help provide the Alliance with stronger footing for handling a troubled future.

Today, a new Harmel Report could be drafted using a similar procedure. Such a report would be written by a team of independent European and American thinkers. They would have the freedom to examine the issues out-

side the glare of publicity and pressures from their governments. When their judgments and recommendations were finalized, NATO would be free to accept, reject, or modify them. The good features of their analysis could be adopted as official policy to help harmonize American and European perspectives. The goal of the group should not be a bland compromise that submerges differences, but an intelligent blend of American and European views that resolves these differences and produces coherent strategic concepts acceptable to both sides of the Atlantic. The Solana report takes future threats seriously and calls upon the EU to play an assertive role in global security affairs in partnership with the United States. Although the Solana report does not put forth an agenda for NATO, it could become a launch pad for a group of European and American wise-men to replicate the utility of the Harmel Report.

What issues should the new report address? First, it should focus on establishing a common definition of future threats. Whereas today the United States is deeply worried about threats posed by terrorists, tyrants, and WMD proliferation, Europe has less fear of them. If a shared understanding of threats can be forged, the United States and Europe will have a stronger basis for acting jointly and be better able to elicit support from parliaments and publics. However, it must offer more than an intelligence estimate. It must also provide a coherent sense of common goals, strategies, and actions not only for combating these threats but also for eradicating the conditions that generate them. Thus, it must address how the United States and Europe should work together to promote democracy and markets across the Middle East and elsewhere.

Likewise, the report should forge a common understanding of the strategic roles that the United States and Europe are to play in carrying burdens and accepting responsibility in the coming years. It should aim for a relationship in which both sides work together in exercising soft and hard power, rather than rely upon a dysfunctional division of labor in which Europe provides the soft power and the United States the hard power. Finally, it must help forge a shared understanding of standards for employing military force against threats. Many Europeans cling to the Westphalian concept that military power should be employed only after aggression has occurred. By contrast, the United States has adopted a new doctrine of preventive war when threats are "grave, gathering, and imminent." NATO cannot survive in the face of a militant America and a pacifist Europe. A similar mindset on this critical issue is vital if NATO is to remain united in the coming years. If this difficult issue is discussed sensibly, an alliance-wide standard for going to war can be found.

A new Harmel Report need not result in a NATO strategy that either hamstring the United States or compels Europeans to blindly support decisions from Washington. Instead, it can help ensure that both sides of the Atlantic work closely more often to strike a wise synthesis of restraint and the muscular use of power. Before and after a new Harmel Report is written, both sides of the Atlantic can take other steps to encourage a respectful dialogue. The United States can do a better job of consulting with European governments. It also can mount a public relations campaign to explain its foreign policy to Europeans, including its many still-important contributions in Europe. Meanwhile, Germany and France can rediscover the importance of acting as counterparts of

America and Britain, not counterweights. Other European governments can do a better job of explaining the benefits of cooperating with the United States to their publics in ways that counter the simplistic, erroneous messages often conveyed in their media. Such steps would help cool the temperature of what has become a fevered relationship, thereby allowing calm heads to prevail.

Reforming NATO Decisionmaking

Even with a common strategic vision, making decisions to project NATO power into distant areas does not promise to be easy. During the Cold War, NATO achieved consensus behind defense plans for responding quickly to aggression against its borders. In the current era, swift responses may also be needed against threats that emerge outside NATO borders, and even normal peacetime activities often will not permit extended delays. Difficulties will especially arise when gray-area situations create legitimate debates over how best to respond. Such situations typically arise under Article 4, when the use of NATO power is discretionary, rather than under Article 5, when alliance borders are threatened and using military power is virtually mandatory. In such situations, NATO must be able to perform two key functions: to debate options thoroughly and then to act decisively. NATO today is good at the former, but not the latter.

Most democracies value both debate and action. This is why they make most policy decisions by majority rule, not unanimous votes, which are a prescription for paralysis. NATO, however, is not a normal democracy in this regard. Today's problem is that France and Germany oppose key features of how the United States and Britain are acting in Iraq. But a big underlying problem will remain, even if these four countries patch up their current differences. The problem is that NATO is a big alliance with a proclivity to act only when its members unanimously agree on the action. Because NATO already has 19 members and will soon have 26, unanimity could become a scarce commodity in the years ahead.

True, a single, stubborn country will normally be hard-pressed to use its veto power to block NATO action. But as the debate over defending Turkey in the weeks before the invasion of Iraq showed, a small group of dissenting countries can cause serious problems. While that problem ultimately was solved, in the future such a group could prevail in damaging ways by stubbornly standing its ground. The risk is that NATO will be plunged into paralysis when assertive activity and regular gear-shifting are needed. When unanimity does not exist, NATO could be prevented from responding in crises and wars. Equally bad, mission-responsible countries—those willing to accept responsibility for performing demanding missions outside Europe—will lack the peacetime authority to work with the integrated command to prepare the forces and plans that must be invoked in crises. If advance preparations are not made, quick and decisive NATO action at the moment of truth may be impossible, even if members unanimously agree to act. This risk is not hypothetical and futuristic: it already exists in spades because the integrated command cannot prepare full-scale plans and programs unless the NAC unanimously authorizes it to do so in each case.

NATO has finessing mechanisms that can help circumvent the unanimity rule on occasion, but all of them are thin reeds to rely upon in today's world. One such mechanism is the "silence procedure," whereby a member

who disagrees with a widespread consensus chooses to abstain from voting, thereby allowing the consensus to carry the day. Another mechanism is to shift decisionmaking from the NAC to the Defense Planning Committee (DPC). This allows NATO to make decisions without France, which belongs to the NAC but not the DPC. A third mechanism is for the Secretary General to claim to speak for a unanimous consensus without taking a formal vote. This mechanism was employed in the Kosovo war and helped enable NATO to conduct military operations even though some members had misgivings. A fourth mechanism is that SACEUR and other commanders can prepare informal defense plans.

The problem with these finessing mechanisms is that they only work sometimes and can easily be overturned by a small number of members intent on having their way. Such members can refuse to stay silent, can insist the NAC be used, can deny the Secretary General the authority to speak for NATO, and can block military commanders from planning informally.

Today's situation requires decision processes that are more flexible and responsive. NATO can gauge how to create them by recalling its history. The use of unanimous voting is a recent practice. It began in the early 1990s, when France was objecting to emerging NATO policies in the Balkans, and the Alliance wanted France and others on board for this new out-of-area operation. During the Cold War, NATO employed unanimity when making major decisions about core strategic concepts or such controversial nuclear matters as deployment of Pershing II and GLCM missiles. But in conventional defense planning, the Alliance acted differently. It wisely delegated considerable authority to those countries that were mainly responsible for key missions in different areas. For example, it permitted the nine countries responsible for defending FRG borders to carry out their important business without interference from other members. The same practice applied in the north Atlantic, northern Europe, and southern Europe, where defense plans and forces were built by even smaller coalitions of responsible contributors. The bottom line is that NATO has shown flexibility in the past, and there is nothing in the Washington Treaty that mandates unanimous voting practices.

What can be done to create more flexibility in ways that avoid paralysis yet preserve healthy debate and widespread consensus-formation? The guiding principle should be to craft new decision procedures whereby members who regularly accept responsibility for new-era missions are granted reasonable discretionary authority to act in proper ways yet are still subjected to scrutiny by the rest of the alliance to ensure that they are acting wisely. An initial step toward this model can be taken by allowing the Secretary General to authorize the integrated command in peacetime to prepare contingency plans for potential contingencies. The Secretary General could take this step in response to requests from a threatened member, from SACEUR, or from members that could be called upon to perform NATO missions outside Europe. These planning activities would be supervised by the Secretary General and the Military Committee. Provided they are consistent with NATO strategic concepts and Ministerial Guidance, they could not be vetoed by the NAC and DPC. Likewise, NATO military leaders would be authorized to prepare the necessary forces under the Secretary General's guidance by using the standard force-

building process in consultation with participating members. These steps would have the advantage of enabling NATO to prepare for future responses, thereby helping ensure that the Alliance has the necessary wherewithal when the need arises.

Along with this practice, a bigger step would be to depart from the unanimity principle at the NAC for making decisions in crises. While alternatives need to be studied, NATO might consider a variation on decisionmaking by the U.N. Security Council. Only the five permanent members of the Security Council have veto power. When these five agree, it takes only majority support from the Security Council as a whole, which has ten non-permanent members, for the UN to act. The UN does not have a reputation for impulsive conduct, but unlike NATO, it can act despite limited internal dissent, and it has done so in the past. If NATO adopts such a model, it should not create “permanent members” who always have veto power. Instead, it should grant veto power only to those members who regularly commit substantial resources and efforts to each key mission. When these countries agree to act in their area of responsibility—for example, by using the NRF—voting by the rest of the NAC would be conducted by simple majority rule or a two-thirds rule. Normally, this practice would mean that a solid NAC majority of 15-20 members must vote in favor of an action. Such a practice would ensure review by the NAC, yet allow for action even if a few countries disagree.

Perhaps this U.N.-like model could be applied to the NRF. If it proved its worth, it could be expanded to other NATO forces and bigger operations. This model does not imply creation of a single coalition of members for carrying out all actions. Most likely, it would result in multiple coalitions or “committees of contributors”, each of which would handle a different mission or region.¹ These coalitions would vary in composition, size, and orientation. A coalition handling North Africa might differ from one handling the Persian Gulf. Often, the United States and Britain would lead these coalitions, but not always. Regardless, all NATO members would be welcome to join coalitions of their choice. But to join as a full-fledged member, a country would be required to commit significant resources and to prove its mettle as a worthy, reliable partner. Its influence within the coalition would be a function of its resource commitments and its willingness to accept responsibility for missions.

This model is not a prescription for liberating the United States and Britain from the shackles of Germany and France, who still could recruit supporters when they dissent. Moreover, if these or other countries want veto authority, they merely must establish demonstrated track records of accepting responsibility in the mission-areas of their choice. Germany, France, and other countries thus would be free to participate in missions of importance to them and would wield substantial influence over how these missions are handled. Indeed, they may find themselves leading some NATO missions and thereby value their enhanced discretionary authority.

Would the United States lose its veto power? The answer is that if it wants veto power, it merely needs to be a leading contributor to missions of its choice. In most cases of NATO power projection, the United States will be such a contributor. What about the matter of identifying who should possess veto power within each coalition?

To prevent countries from making small contributions to gain veto power with disruptive purposes in mind, a standard should be established whereby veto power is granted only to those members who make significant contributions and establish consistent track records for responsible conduct. Such standards were applied in the Cold War. When France withdrew from the integrated command, it lost its right to major influence over NATO forward defense plans, even though it still made forces conditionally available for rear-area roles. By contrast, the FRG and other members maintained their influence at high levels because they never flagged in their forward defense duties.

This new style of NATO decisionmaking would be more complex than the current practice of unanimity across the board. (See accompanying chart.) NATO still would require unanimity for such encompassing decisions as its strategic concept, core goals, strategy inside and outside Europe, decisions to admit new members, and generic standards for using military force. But it would have greater flexibility to prepare contingency plans and engage in necessary pre-crisis force preparations. When crises erupt, it would make decisions in a manner similar to the U.N. Security Council, and thus would have greater flexibility in handling them. It no longer would face the type of paralysis that threatens its relevance and effectiveness.

Stabilization and Reconstruction

Creating a common strategic vision and adopting flexible decisionmaking processes will strengthen the Atlantic Alliance for the years ahead. But concrete steps are also needed to broaden NATO activities in the Greater Middle East and elsewhere for the near-term. What can be done? Decisions in this arena should be guided by the principle that NATO must become an alliance that has a full spectrum of capabilities.

When the time is right, NATO clearly should become involved in the post-war task of stabilizing and reconstructing Iraq. Performing this task seemingly will require a sizable military presence for a considerable time. Today, the United States is contributing most of the forces for this duty, yet it will face strong pressures to trim its presence in the months ahead. Britain, Poland, and other NATO countries are already present in significant numbers, but larger European forces will be needed. If the NATO integrated command is called upon to help, it could provide the leadership architecture needed to guide multinational forces.

In addition, NATO should broaden its thinking beyond Iraq. Crises and wars that mandate NATO participation may occur elsewhere. As a result, NATO should develop a better organized standing capacity for stabilization and reconstruction (S&R) missions. These missions involve such activities as securing still-troubled zones, establishing police forces and the rule of law, restoring public services in electrical power, water and sewage, repairing damaged bridges and roads, cleaning up war destruction, and building democratic governments. These diverse functions require specialized military and civilian assets, such as military police, construction engineers,

medical personnel, and civil administrators. European governments have such assets. New NATO members could make major contributions. But these assets need to be organized so that they are ready when needed. NATO can work with members to prepare for such missions by either the integrated command or ad-hoc coalitions.

Some Americans blanch at the idea of NATO becoming regularly involved in S&R missions. They fear a loss of U.S. influence and bungled operations. In this arena, however, NATO already has proven its mettle in the Balkans and is now taking over the International Security Assistance Force mission in Afghanistan. In Iraq, much will depend upon whether participating NATO members agree upon the strategic goals for reconstruction. In other cases, a common vision will be equally necessary. Provided consensus exists on strategic goals, NATO can be an effective instrument for this important mission.

Cooperating in the Greater Middle East

NATO could helpfully involve itself in peacetime affairs of the Greater Middle East by creating a Partnership for Cooperation (PFC) that would seek to establish constructive relations between NATO and friendly militaries there. NATO already has a "Mediterranean Dialogue" with some North African countries, but it is mostly confined to diplomatic exchanges and does not cover the entire Middle East and Persian Gulf. A PFC might be part of the existing PFP in Eastern Europe and surrounding areas. Alternatively, it might be an entirely separate creation, with a mission and administrative staff of its own. The tradeoffs between these two models need to be examined. Expanding upon the PFP would be the simplest, easiest, and least-costly alternative. Yet dealing with the Middle East will be quite different from dealing with Eastern Europe and the former Soviet Union. This argues for a separate effort.

Regardless of the option chosen, a PFC would not be intended to prepare Middle Eastern countries for admission into NATO. Instead, it would aspire to build ties with Middle Eastern militaries in peace-building efforts that strengthen their roles in the war on terrorism, encourage their democratization, familiarize them with the United States and Europe, and enhance their utility for self-defense missions. A PFC might provide collaboration in such areas as law enforcement, disrupting terrorist cells, budgeting and programming, peacekeeping, search and rescue, disaster relief, and border control. Such a PFC must be focused on enhancing regional stability, not fostering military competition. The PFC must not endanger the security of any country, including Israel. It could begin small, with such already-friendly countries as Egypt, Jordan, and the Gulf Cooperative Council States. Afterward, it could gradually expand to include other countries.

A PFC would be intended to initiate a process of growing dialogue and cooperation between NATO and Middle Eastern Countries. This PFC would not be a one-size-fits-all creation. Instead, each participating country would be able to craft a PFC program suited to its tastes, in consultation with NATO members willing to work closely with it. Thus, PFC programs might differ appreciably. The NATO PFP in Eastern Europe pursued flexible arrange-

ments from the onset, which helps account for its considerable success over the past decade. East European countries were able to approach NATO at a scope and pace of their own choosing. The same philosophy would apply to a PFC for the Middle East.

A PFC would be a historic departure for the Alliance. It would be a valuable new mission and would involve NATO in the visionary task of bringing peace, security, and democracy to a big region that, even after the victory in Iraq, promises to be troubled for years to come. It could begin by taking stock of comparable efforts already being pursued by NATO members that act unilaterally in various Middle Eastern countries. It could ascertain how efforts by additional countries could be added to forge a multinational NATO program with each PFC member. Each PFC member thus would benefit from help provided by a team of NATO countries.

How effective can a PFC be? Especially in its initial stages, it likely will be considerably less effective than was the PFP in Eastern Europe. At the time PFP appeared, East European countries had recently been liberated from communism and the Soviet Union. They were struggling to adopt democracy and market economies. They wanted to join NATO to gain security and the EU to become prosperous. Their militaries wanted collaboration with NATO militaries to adopt new doctrines, weapons, and practices that clearly were better than those of the Warsaw Pact. For all these reasons, their governments wanted to belong to the Western Club, and their publics mostly agreed with them. As a result, many rushed to embrace PFP because it was a vehicle for pursuing these larger goals, not because of specific measures.

Middle Eastern conditions today are vastly different. The Israel-Palestinian conflict could inhibit many Arab governments. Most Arab states are ruled by monarchies or traditional regimes that are chary of democratic reforms, even though they recognize the advantages of market economies. Still animated by nationalism, many governments also are suspicious of western countries, fearing American domination or renewed European imperialism. Islamic societies vary in their fundamentalism, but few hold much love for western culture, which is seen as too secular and materialist. Their militaries likely will see significant technical attractions in a PFC that allows them to strengthen their capabilities in useful areas. But they will not want NATO to control their defense strategies and forces, or even to acquire full knowledge of them. These attitudes are impediments to quick success of a PFC.

Whether initial success by a PFC would produce a wholesale shift toward pro-western Arab foreign policies is another matter. NATO members might find themselves laboring in PFC vineyards for a long period while questioning the merits of the enterprise. Yet, gains might be made in such important areas as counter-terrorism and in softening the sharp edges of Islamic fundamentalism. Likewise, PFC might help nudge the Middle East toward greater stability and help plant seeds of democratization. If such gains are achieved, they could make PFC a sound investment even if they do not transform the Middle East in the ways that Eastern Europe has been transformed. As a result, NATO needs to be realistic in its expectations, yet assertive in pursuing an idea that makes sense.

Conclusion

Is this dual-track strategy of political and military transformation for strategic realignment needed by an Atlantic Alliance in deep trouble? Yes. Will it be adopted and will it succeed? That remains to be seen. One thing can be said. Ten years ago, a common refrain was that NATO must “Go out-of-area or go out of business.” The Alliance responded by moving eastward but not southward. For the good of the United States and Europe, it now needs to move southward. The larger meaning of the war on terrorists and tyrants is that the United States is now coming ashore in the Greater Middle East in a historic attempt to bring peace, democracy, and freer markets to that troubled region. NATO also needs to do so because the United States cannot handle this ultra-demanding task alone. If NATO fails to respond, this time it truly will go out of business.

Notes

¹The “Committee of Contributors” model is developed in Leo G. Michel, NATO Decisionmaking: Au Revoir to the Consensus Rule?, Strategic Forum 202, (Washington, DC: National Defense University Press, August 2003).

Anexo IV

La reforma de la OTAN

Fechas clave marcan los puntos de inflexión en la evolución de la Alianza Atlántica durante los últimos cincuenta años.

La Alianza que nace (1949)

El **4 de abril de 1949** doce países - Estados Unidos, Canadá, Reino Unido, Francia, Italia, Noruega, Dinamarca, Islandia, Bélgica, Países Bajos, Luxemburgo y Portugal – firman el Acta Fundacional de la Alianza Atlántica o Tratado del Atlántico Norte, dentro del marco del Artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas, que reafirma el derecho inherente de los estados a la defensa individual y colectiva. Su propósito inmediato: defender a sus miembros de la amenaza potencial proveniente de la antigua Unión Soviética, y de promover las relaciones pacíficas y amistosas en el área del Atlántico Norte. Nació como un acuerdo político hasta convertirse a lo largo de los años en una institución político-militar. La única institución establecida por el Tratado fue el Consejo del Atlántico Norte (CAN).

La formulación inicial de la estrategia de la OTAN se denominó “Concepto Estratégico para la defensa del área del Atlántico Norte”. Fue desarrollada entre octubre de 1949 y abril de 1950 y establece una estrategia de operaciones a gran escala para la defensa del territorio.

Primera crisis y nueva estructura

La Guerra de Corea (junio de 1950) tensa las relaciones Este-Oeste y hace crecer la posibilidad de un ataque soviético en Europa Central. Se empieza a configurar su nueva doctrina militar y ese mismo año en Nueva York el Consejo Atlántico aprueba un concepto estratégico basado en la *forward defence* (defensa avanzada), que implicaba situar el teatro de operaciones en caso de guerra en una línea, lo más al oriente posible dentro del territorio de sus miembros. Esta doctrina exige un enorme esfuerzo militar y se cuestiona la necesidad de crear en su interior un órgano militar permanente para la defensa de occidente: la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).-

En el Consejo de Lisboa de 1952 se aprueban los objetivos de fuerzas permanentes y se amplía la estructura militar con dos nuevos mandos. Se reorganizan los órganos civiles, y el CAN se convierte en un organismo permanente con sede en París.

Obstáculos: La estrategia adelantada plantea la participación política y militar de la República Federal de Alemania. Ferviente oposición de Francia.

Nuevo Cambio

En el Consejo de Lisboa se fijan los objetivos militares para contener un hipotético ataque soviético. Pero esos objetivos se vieron modificados por dos circunstancias: la primera, la disminución de la beligerancia por parte de la URSS y de la mejora de la coexistencia entre Este-Oeste. La segunda, la escalada de la llegada del rearme nuclear en EEUU y la aparición de armas nucleares tácticas, con lo que se podían sustituir hombres por armas – hasta el momento uno de los mayores temores en Europa Occidental era la superioridad numérica de los ejércitos soviéticos – y se pasó de una defensa convencional basada en acrecentar los ejércitos y más material, a otra más agresiva consistente en el armamento nuclear, y perseguir la paz mediante la disuasión.

Mientras EEUU disponía del monopolio nuclear, a mediados de los 50 se desarrolla la estrategia de la represalia masiva que se desencadenarían sobre la URSS si ésta rompía el *status quo*. Ponía el énfasis en la disuasión: la amenaza de la represalia nuclear sería la mejor garantía de la paz.

Obstáculos en la OTAN: crisis en 1954 con respecto a la Comunidad Europea de Defensa.

Alemania: En otoño de 1950 los estadounidenses proponen el rearme de Alemania. Mientras que los militares estadounidenses –y sus colegas alemanes– preferían una Alemania integrada en la OTAN, tanto el Primer Ministro del Reino Unido, Winston Churchill, en un discurso en Estrasburgo, como el Primer Ministro francés, René Pleven, reclamaron la creación de un ejército europeo. Se pretendía seguir el modelo de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero y crear una Comunidad Europea de Defensa (EDC) y un ejército europeo bajo su autoridad. Pero se encontraron de forma inmediata con la esperable oposición francesa. De la misma Francia, sin embargo, surgió una fórmula destinada a la superación de este problema. El ministro de Defensa, René Pleven, propuso, siguiendo el modelo de la CECA, crear un Ejército común por la integración de las unidades militares de los seis países que formaban parte de la citada organización económica. Las dificultades existentes, provocadas por una importante tendencia pacifista en la opinión pública alemana pero también por las reticencias francesas, hicieron que no se llegara a la firma de un tratado creando la Comunidad Europea de Defensa -CED- sino en mayo de 1952. Éste, sin embargo, acabó no siendo ratificado, como consecuencia de la oposición de una parte considerable de la clase dirigente francesa. En agosto de 1954, los diputados franceses votaron contra esta fórmula, como si la alternativa consistiera en rearmar a Alemania o no hacerlo sin tener en cuenta que la medida se dirigía al futuro.

Crisis y cambio: Informe de los Tres Sabios

Obstáculos: EEUU no apoya los colonialismos de Francia y Gran Bretaña. En 1956, se puso en evidencia la imposibilidad de británicos y franceses de mantener por más tiempo la antigua imagen de potencia de primera clase, al ser derrotados en Egipto y no poder abordar el problema en el seno de la Alianza, por impedirlo el propio

Tratado y sobre todo por la actitud contraria de Gran Bretaña.

Tras la crisis de Suez, en diciembre de 1956 el Consejo adopta el Informe sobre la Cooperación No Militar, conocido como el Informe de los Tres Sabios. Los soviéticos extendían su influencia y la amenaza soviética se desplazaba al plano político. Los ministros de asuntos exteriores de la OTAN, reunidos en París el 4 y 5 de mayo de 1956, decidieron establecer un Comité de tres ministros: Averell Harriman, por los EE.UU.; Jean Monnet, por Francia; y Edwin Plowden por Gran Bretaña. Para informar sobre que medidas se debían tomar para mejorar la cooperación entre los países de la OTAN en asuntos no militares y mejorar, además, la unidad en el seno de la Alianza. El Comité de los "tres sabios", realizó un informe que fue aprobado en diciembre de 1956, en el que destaca el capítulo relativo a la cooperación política, por el cual se expresa que se trata de discutir colectivamente las decisiones futuras que se piensan llevar a cabo, al fin de evitar las decisiones individuales que puedan perjudicar a otros países miembros de la Alianza. Y entre otras recomendaciones encaminadas a establecer una mayor cordialidad en las relaciones, se concluía con establecer un mayor reforzamiento de la figura del Secretario General.

En base al informe de los "Tres Sabios" de 1956 se pasa de una defensa militar agresiva -dисуasión nuclear- a una mayor defensa en el campo político.

Nueva amenaza

La capacidad soviética de lanzar satélites al espacio (Sputnik, 1957), alteró, de nuevo los planes de la OTAN, pues ello significaba la capacidad de lanzar proyectiles balísticos intercontinentales (ICBM) por parte de la URSS, lo cual ya no sólo amenazaba a Europa, sino también a los EE.UU. Este hecho dio pie a que EE.UU. planteara, en la Conferencia de la OTAN de 1957, la instalación en Europa Occidental de bases conjuntas de proyectiles balísticos de alcance intermedio (IRBM), a lo que sólo accedió Gran Bretaña.

Obstáculos: Los EE.UU. proponían un acercamiento europeo a las armas nucleares; pero la oposición popular de los países de la OTAN originó que las fórmulas políticas y militares sobre las que se había creado la Alianza Atlántica entre 1949 y 1952 fueran sometidas a un análisis crítico. Aunque más adelante las tesis norteamericanas acabarían imponiéndose y los IRBM se instalarían en territorio europeo.

EEUU plantea cambio de estrategia

En 1961, Estados Unidos plantea por primera vez el cambio de la estrategia de ataque nuclear masivo a la de respuesta flexible. Los Aliados discutieron durante más de siete años antes de aprobar definitivamente este cambio, e incluso entonces, la nueva estrategia quedó abierta a las diferencias de interpretación transatlánticas. A partir de ahí aparece la nueva estrategia de la respuesta flexible basada en una combinación de armas conven-

cionales y nucleares. Según esta concepción, en caso de un ataque del enemigo potencial realizado con armas convencionales se respondería primeramente con armas del mismo tipo y sólo si con ellas fuera imposible detenerlo se utilizarían las armas nucleares.

Obstáculos: Esta estrategia no se impone sin discusión, pues, en opinión de muchos, carece de verosimilitud, ya que aparte de ser escasamente convincente para los europeos, cuyo suelo sería el campo de batalla obligado, exigiría de ellos un enorme esfuerzo para lograr el equilibrio en armas convencionales (Raymond Aron *Les dernières années du siècle*, Cap. III «La dissuasion»).

1964 – Henry Kissinger, *The Troubled Partnership: The Atlantic Alliance* (NY: McGraw-Hill Book Co., 1964). Kissinger acuña por primera vez el término de “asociación problemática”.

En 1966 los franceses se retiran de la estructura militar integrada. El fundamento del retiro fueron sus diferencias con respecto a la doctrina de respuesta flexible. Francia planteaba que esta nueva estrategia carecía de credibilidad, ante lo cual París aceleró los trabajos para contar con un arsenal nuclear propio, formando su “force de frappé”, a pesar de la grave oposición interna y de la negativa de Washington a ayudarlo. Lo anterior, junto con el deseo de este país de jugar un papel más independiente en la política de la guerra fría. La retirada francesa de la estructura militar integrada provoca un replanteamiento general, obligando al traslado del cuartel general de París a Bruselas.

Informe Harmel y la Respuesta flexible

El Comité de Planes de Defensa adopta, en 1967, la doctrina Consejo del Informe Harmel sobre las Futuras Tareas de la Alianza, que recibió el nombre de su principal redactor, que fuera presidente del gobierno belga, Pierre Harmell. La nueva doctrina militar denominada Respuesta Flexible, frente a la doctrina de la Destrucción Mutua de la etapa anterior. Tenía como objetivo dar una mayor credibilidad a la defensa occidental, al basarla en una combinación de armamento convencional y nuclear, táctico y estratégico, alcanzando finalmente la capacidad de combatir y predominar en las diferentes fases de un conflicto. Dota a la Alianza de un papel fundamental como institución que fomenta la distensión y salvaguarda de la defensa militar.

La doble decisión vinculaba estrechamente la firmeza en el potencial defensivo de la OTAN con la apertura de conversaciones con el Pacto de Varsovia para la reducción de fuerzas.

Una doble consecuencia de estos procesos fue la retirada, un año antes, de Francia de la Estructura Militar Integrada, por discrepar en algunos aspectos de la estrategia de respuesta flexible, y el despliegue en Europa de los misiles de crucero con cabeza nuclear *Pershing II*, que suscitaron, especialmente en la República Federal Alemana, una enorme oposición popular. Fueron éstas dos crisis que conmovieron profundamente a la Alianza.

La doble decisión, sin embargo, inició un proceso de profunda transformación y modernización de la OTAN, tanto en sus posiciones políticas como en su proyección externa.

Etapa de distensión

Ya desde mediados de la década de los cincuenta, el Este y el Oeste inician la práctica de la negociación, uno de cuyos primeros frutos es la Conferencia de Ginebra de junio de 1955, en cuyo comunicado final se postula una *política de distensión*. Se inicia así un período en el que, como escribe Fierre Harmel, «no hubo renuncia a las ambiciones hegemónicas, pero sí se reanuda el diálogo». Las «cumbres entre las dos grandes potencias, más o menos espaciadas entre sí y, en el ámbito estrictamente europeo, la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa, iniciada en 1973, son la expresión de esta nueva realidad. Los «acuerdos de Helsinki», firmados en 1975, confirman esta situación de distensión entre los bloques y, al mismo tiempo, suponen un triunfo para los soviéticos y sus aliados, que ven confirmadas las fronteras establecidas tras la Segunda Guerra Mundial. El *status quo* en Europa queda consolidado y garantizado. Un elemento básico de esta política de distensión son los acuerdos sobre *control de armamentos*, cuyo punto de partida puede verse en el tratado firmado en Moscú el 5 de agosto de 1963 por el que se prohíben todas las experiencias nucleares no subterráneas, incluso las realizadas con fines pacíficos.

En noviembre de 1969 se inician las SALT (*Strategic Arms Limitation Talks*), - los acuerdos entre Moscú y Washington sobre la limitación y prohibición de sistemas de defensa antimisil - que abocan en mayo 1972 en la firma de un primer acuerdo (SALT I) que limita los ABM (misiles antibalísticos) considerados, además de excesivamente costosos, contrarios a ese «equilibrio del terror» que supone la «destrucción mutua asegurada».

En 1973 se inauguró la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE) y las conversaciones sobre Reducciones Mutuas y Equilibradas de Fuerzas, en Viena.

Nixon, que se había trasladado a Moscú para firmar este acuerdo recibe un año después (junio 1973) en Washington a Breznev, con el que firma el tratado sobre prevención de la guerra nuclear. La distensión alcanza su apogeo.

A partir de 1973 se desarrollan en Viena la MBFR (*Mutual Balancea Forces Reductiori*), que se convierten en el marco de las conversaciones Este-Oeste para la reducción de armamentos. También en Viena, en 1979, los Estados Unidos —firman el SALT II, que limita los misiles nucleares de los signatarios y el número de ojivas por misil. Pero este tratado no fue nunca ratificado por el Senado norteamericano.

La Alianza inicia un debate que anuncia el advenimiento de un pilar europeo de la defensa, teniendo como algunas de sus principales causas el que determinados sectores de EEUU cuestionan fuertemente la racionalidad

que el contribuyente estadounidense financie gastos propios de la seguridad europea; asimismo, sectores europeos comienzan a reclamar un mayor peso en la toma de decisiones de la OTAN, derivado de la casi total hegemonía que EEUU mantenía en este ámbito. Estos síntomas, sin duda indicaban un claro interés por lograr un proceso de unión en el viejo Continente.

Esta evolución coincidió en su fase final con el *Acta Final* de Helsinki (1975), en la que culminó el llamado proceso CSCE (por la Conferencia para la Seguridad y Cooperación en Europa). El documento generó un gran impulso hacia la distensión y auspició movimientos de defensa de los derechos humanos en los países del Este.

Nuevas Tensiones

Los últimos años de la década de los setenta se caracterizan por un aumento de la tensión internacional que se manifiesta por los acontecimientos en Irán y un recrudecimiento del expansionismo soviético (invasión de Afganistán, diciembre de 1979).

Al mismo tiempo la tensión vuelve a Europa. Los soviéticos emprenden un importante proceso de modernización de sus fuerzas nucleares de alcance medio. La instalación por parte de los soviéticos—a partir de 1977 y, por lo tanto en plena etapa de distensión— de los SS-20, misiles de alcance intermedio dirigidos contra Europa occidental, fue respondida por la OTAN, en 1979, con la doctrina de doble decisión: que contenía una aprobación al despliegue de nuevos sistemas de alcance medio -instalación de los Pershing II y de los misiles de crucero (desplegados a partir de finales de 1983)- para contrarrestar la nueva amenaza y al mismo tiempo que se prosiguen las negociaciones encaminadas a la limitación o supresión del armamento nuclear.

El proceso de “doble decisión” fue el preámbulo de un amplio esfuerzo de modernización del dispositivo militar de la OTAN, orientándose a lograr, con el armamento convencional, una doctrina conocida como, “Ataque a las fuerzas del Segundo Escalón, a fin de equiparar las fuerzas con las del Pacto de Varsovia. La administración Reagan emprendió un importante proceso de modernización de su armamento nuclear lanzando el programa de Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI), que fue conocido como la “Guerra de las Galaxias”.

1984 - Henry Kissinger: A Plan to Reshape NATO. Dos retos: El Comando Supremo Aliado debería ser europeo y no americano; Europa debería tener una voz decisiva en algunas conversaciones sobre el control nuclear y mayor responsabilidad para sus defensas de tierra. En caso de que Europa no acepte esa responsabilidad, EEUU debería retirar la mitad de sus fuerzas de Europa: La OTAN debería ser reestructurada para que los países europeos asuman mayor responsabilidad en la defensa de su continente.

La estrategia de respuesta flexible persiste como principio básico de la Alianza Atlántica, como muestra que en el comunicado final publicado después del Consejo Atlántico (Reunión de Jefes de Estado y Gobierno de la

Alianza), celebrado en marzo de 1988 en Bruselas, se alude a «una estrategia de disuasión fundada sobre la combinación apropiada de fuerzas nucleares y convencionales adecuadas y eficaces

Etapas de distensión

Los europeos parecen haber perdido la conciencia de la necesidad de una disuasión creíble para mantener la propia identidad y han olvidado que la larga paz de la posguerra fue fruto de la decidida voluntad de defensa que simbolizó la OTAN. La amenaza soviética ha dejado de ser percibida aunque hasta ahora no han dado un solo paso para reducir su gigantesca potencia militar convencional, concebible sólo como fuerza ofensiva y de ocupación.

El informe Discriminate Deterrence publicado en enero de 1988, sería la expresión de esa nueva actitud caracterizada por la consideración de «una más amplia posibilidad de contingencias» que la de un masivo ataque del Pacto de Varsovia. Europa, de hecho, queda en el informe en un segundo plano, mientras se prevé un comienzo de siglo XXI con 'nuevos protagonistas como Japón y China y nuevos teatros de interés internacional.

Desde 1988, las relaciones transatlánticas encuentran un nuevo cauce de diálogo entre las Comunidades Europeas y EEUU ya que hasta entonces el único foro de diálogo político era la OTAN y en él repercutían las tensiones comerciales. En noviembre de 1990, se suscribió en Roma una Declaración sobre las Relaciones entre las Comunidades y EEUU, que recogía la necesidad de cooperar en nuevos retos transnacionales como el terrorismo, el narcotráfico, el crimen organizado o los riesgos medioambientales.

La inquietud de cambios hizo que la Cumbre de Bruselas evaluara la apertura de la Alianza a nuevas misiones entre ellas las misiones de gestión de crisis, que se plasmará más adelante en el Nuevo Concepto Estratégico.

La caída del muro de Berlín

Nueva etapa que se inicia con el cambio estratégico más importante desde el término de la II Guerra Mundial, cual fue la caída del Muro de Berlín, ocurrida en octubre de 1989, dando paso a una rápida reunificación de Alemania.

Al año siguiente, el Pacto de Varsovia se disuelve, siendo sustituido por una serie de nuevos regímenes, deseosos de vincularse con Occidente. Esta situación obligó a la Alianza a enfrentar este nuevo escenario político, surgiendo el imperativo de consolidarse en un emergente balance estratégico posguerra fría. Posterior a la firma del acuerdo sobre Fuerzas Armadas Convencionales en Europa (FACE), en 1990, entre la OTAN y los antiguos adversarios del Pacto de Varsovia y al acuerdo START I, entre Washington y Moscú, la Alianza sufrió sus primeros cambios significativos: EE.UU. redujo en más de dos tercios sus tropas en el continente.

Como consecuencia de la unificación alemana, la Alianza se vio obligada a extenderse hacia el territorio de la antigua RFA. Es en este marco que la OTAN busca allanar ante Moscú, el impacto de las trascendentes repercusiones de los nuevos hechos acaecidos, garantizándole que no se desplegarán fuerzas ni armamento nuclear en esta zona. Esta resolución de ampliación pactada, inspiraría, posteriormente, el proceso de integración de los países centroeuropeos.

La OTAN debió enfrentarse al planteamiento que si había nacido para oponerse a la URSS, qué sentido tenía su mantenimiento una vez desaparecido su adversario. La respuesta a esta interrogante fue la necesidad de ocupar el vacío estratégico dejado por la desaparición de la URSS, que originó una importante inestabilidad, siendo una de sus repercusiones más graves el conflicto en la antigua Yugoslavia. En estas circunstancias cambia su rol como organismo de defensa occidental, para convertirse en un instrumento de seguridad para el conjunto del continente, modificando radicalmente su doctrina militar.

Declaración de Londres

Julio de 1990. Declaración de Londres. Tuvo su origen en el final de la guerra fría y de un planteamiento defensivo y reactivo se pasa a uno más proactivo centrado en incrementar la seguridad y la estabilidad. Continúa el compromiso de seguridad colectiva consagrada en el Tratado de Washington. La OTAN ayuda a construir las estructuras de un continente unido y respaldar la seguridad, la estabilidad, los valores democráticos y la resolución pacífica de conflictos.

En la cumbre de Londres, de 1990, se sustituye el principio de “defensa adelantada” por el concepto de “presencia adelantada”. Esta nueva doctrina se termina de perfilar el año 1991, en Roma, momento en que se abrió a nuevas misiones, especialmente las misiones de paz y el control de crisis, como las operaciones más factibles de desarrollar en el futuro.

1991: Debates aliados sobre las reformas estratégicas y orgánicas de la Alianza y la Conferencia Intergubernamental para la UE.

La declaración de Londres adelanta el concepto de *New Partnership* con todas las naciones de Europa, que posteriormente constituiría la base de la propuesta formal extendida por la OTAN a todos los países del este, en enero de 1994. Durante el año siguiente, la Alianza creó en su seno el Consejo de Cooperación del Atlántico Norte (CCAN), para dar cabida a los ex miembros del Pacto de Varsovia y estrechó sus vínculos con el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa. Su objetivo era definir una amplia gama de medidas desde el control centralizado de la fuerza militar, hasta la formación de sus cuadros, fracasando en alguna medida por el trato igualitario dado a Estados de características muy heterogéneas. Otro factor de perturbación de este acuerdo fue el deseo expresado por algunos países ex miembros del

Pacto de Varsovia, de ingresar a la OTAN como miembros de pleno derecho. De este modo, la OTAN llevó a cabo un proceso de cambio que la transformó de una alianza defensiva, según el propósito que inspira su origen en el Tratado de 1949, en una alianza de seguridad.

En el Nuevo Concepto Estratégico de 1991 destaca el refuerzo que para la Alianza aporta un “pilar” europeo más vertebrado.

La Alianza, durante la Cumbre de Bruselas de 1994, acordó el lanzamiento del programa Asociación por la Paz (APP), que consistió en un ambicioso programa para establecer acuerdos bilaterales entre la OTAN y cada uno de sus futuros socios, con el importante incentivo de ser adecuadamente adaptados a los respectivos intereses particulares de los firmantes.

En la Cumbre de Bruselas en enero de 1994 se confirma el carácter indispensable de la Alianza y otorga su pleno apoyo a la IESD que reforzará el pilar europeo de la Alianza. Se menciona por primera vez la concurrencia de una capacidades de defensa, es decir se abre la puerta a un posible uso de capacidades de la Alianza para actuar “en europeo” pero sin quebrar el control de estos recursos por parte de la Alianza.

Los dos siguientes años se discute la manera de plasmar esa IESD. Se llega a plantear la creación de una estructura militar integrada paralela a la de la Alianza para las actuaciones exclusivamente europeas.

Ampliación: En Estados Unidos, que lideraron el proceso de ampliación entre 1994 y 1997. La ampliación se vio apoyada, por distintos motivos. Los “wilsonianos”, como el Presidente Clinton y el Consejero de Seguridad Nacional Anthony Lake, esperaban que la ampliación de la Alianza favorecería la adopción del libre mercado y el respeto a los derechos humanos en Europa Central y Oriental, mientras que los “proteccionistas”, como el Presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado Jesús Helms y ex altos cargos como Henry Kissinger y Zbigniew Brzezinski, ponían el énfasis en el crecimiento de la Alianza como protección contra un posible resurgimiento ruso en la región.

Los objetivos estratégicos de la ampliación fueron superar la división europea de la Guerra Fría, consolidar la democracia en Europa Central y Oriental y convertir a la Alianza en la piedra angular de una nueva estructura de seguridad paneuropea.

Discrepancias: En febrero de 1995, durante la Conferencia de Seguridad de Munich (Wehrkunde Conference), los ministros de Exteriores y de Defensa de Gran Bretaña, Francia y Alemania proponen, por separado, un nuevo pacto entre Europeos y Americanos. (Creación de una Comunidad de Cooperación Transatlántica).

Diciembre de 1995 en Madrid: Nueva Agenda Transatlántica y Plan de Acción, señalan los objetivos básicos del ideario atlántico y se apunta la idea del coliderazgo transatlántico, es decir, la coordinación de la UE y EEUU

En el Consejo celebrado en Berlín en junio de 1996, los aliados confirman su decisión favorable al desarrollo de la IESD dentro de la OTAN, como medio para impedir el debilitamiento del vínculo transatlántico. También se da cuenta de desarrollar el concepto y constitución de las Fuerzas Operativas Combinadas Conjuntas (FOCC), que constituyen núcleos de mando móviles, en el seno de los Cuarteles Generales de la Alianza, para conducir misiones de paz o control de crisis, desde fuera de la estructura, además de reducir a tres los niveles de mando existentes, quedando el estratégico, regional y sub-regional. Grandes dificultades, por la diversidad de intereses a considerar y la problemática que implica que todos los acuerdos deben adoptarse por unanimidad y en ausencia de consenso, prevalece el "status quo" o situación existente.

Cumbre de Washington (abril de 1999)

En la *Cumbre de Washington* se amplían los espacios de actuación de la Alianza en su nueva configuración del espacio euroatlántico. Los aliados adoptan la Iniciativa de Capacidades de Defensa (ICD) para aumentar la capacidad de despliegue de fuerzas aliadas, su movilidad, sustentabilidad, capacidad de supervivencia y efectividad. El proceso de la ICD identificó unas 58 áreas en las que los aliados deben hacer mejoras concretas en sus fuerzas para llenar vacíos específicos en su capacidad. Pero el proceso de la ICD nunca tuvo realmente visibilidad política y son pocos sus objetivos que fueron realizados.

Tensión: En 1999, La OTAN lleva a cabo una campaña aérea sobre Kosovo sin el respaldo de Naciones Unidas.

Nuevas amenazas

Tras el 11-S se cuestiona la finalidad de la OTAN. El proceso comenzó con la campaña de Afganistán, aunque no fue la consecuencia de ningún desacuerdo interno. Tal y como dijo el diario francés *Le Monde*, por aquel entonces "todos éramos norteamericanos". El problema consistía en la sensación de irrelevancia: la OTAN había invocado el Artículo 5 por primera vez en su historia, así que las declaraciones estadounidenses sobre que "la misión determina la coalición" eran justo lo contrario de lo que querían oír los europeos.

El 11 de septiembre enseña que existen otras amenazas contra la seguridad de los miembros de la OTAN, pero vienen del exterior de Europa, y la Alianza no se encuentra preparada para hacer frente a tales amenazas..

Hicieron falta más de dos años para que la Alianza se comprometiera de una forma significativa en Afganistán, y aún eso fue después de la crisis de Irak y los profundos desacuerdos surgidos sobre el papel de la OTAN en la defensa de Turquía y sobre la legitimidad misma de la guerra.

Noviembre de 2002, en la Cumbre de Praga. La OTAN acepta encargarse de la misión de las Naciones Unidas garantizar la seguridad en Kabul. Esta es la primera misión de la OTAN fuera de Europa. Transformación de la estructura del Mando aliado. Creación de una Fuerza de Respuesta Rápida;

Propuesta de Tony Blair: Las tareas militares de la OTAN - como organización para el mantenimiento de la paz y como madrina de las embrionarias ambiciones militares de la Unión Europea - seguramente tengan menos importancia que sus objetivos políticos. Se debe mantener el compromiso de los Estados Unidos con la seguridad de Europa; colaborar con la unificación de las dos mitades del continente; y darle a Rusia en un futuro un puesto en la gestión de la seguridad europea. La idea del Primer Ministro del Reino Unido, Tony Blair, de un nuevo Consejo, compuesto por los 19 miembros de la OTAN y Rusia, donde se discutirían cuestiones de interés común.

Obstáculos: El embajador norteamericano en la OTAN dice que el plan franco-alemán de crear un HQ europeo de planificación militar es una amenaza para el futuro de la OTAN.

Propuesta de marzo de 2004, grupo de trabajo independiente patrocinado por el Consejo de Relaciones Exteriores, presidido por Kissinger: la brecha transatlántica no es únicamente fruto de la guerra de Irak; necesidad de una estrategia común y no la presencia de estrategias que compiten entre sí; una estrategia común no requiere capacidades equivalentes; definir los propósitos de la integración europea; adaptar la OTAN a las nuevas realidades geopolítica y encontrar el equilibrio entre un nuevo hincapié en las misiones fuera del área y su enfoque tradicional en la seguridad europea; establecer nuevas pautas para el uso de la fuerza.

En Febrero de 2005, Gerhard Schroeder propuso la constitución de un comité de sabios (a semejanza del que se creó en 1952) que estudiara una reforma de la Alianza Atlántica, capaz de arreglarse a las nuevas realidades político-estratégicas de nuestro tiempo.

Anexo V

LA TRANSFORMACIÓN DE LA OTAN SEGÚN SU SECRETARIO GENERAL JAAP DE HOOP SCHEFFER

La etapa de Lord Robertson como secretario general de la OTAN estuvo marcada por una guerra, la de Kosovo, y el hecho de que las disparidades en capacidades militares entre Estados Unidos y los aliados europeos fueran tan grandes que casi ponen en peligro la acción conjunta en dicho conflicto. De ahí que su agenda en OTAN se concentrara casi exclusivamente en el tema de las capacidades., pues a la falta de capacidades de combate moderno en Europa se le achacaban todos los males de la Alianza.

El nuevo Secretario General desde finales de 2003, Jaap de Hoop Scheffer, hereda una OTAN con muy distintas circunstancias. También marcada por una guerra en la que no participó, la de Irak, pero profundamente dividida e inactiva no por la falta de capacidades, sino por la divergente forma de entender el uso de la propia OTAN. La decisión norteamericana y de muchos aliados de intervenir en Irak, y la oposición de países como Francia y Alemania, se basaban en razonamiento políticos que nada tenían que ver con el tema de las capacidades. De ahí que este asunto, sin relegarlo al olvido, haya pasado a segundo plano a favor de una suerte de realineamiento estratégico entre ambas facciones, la proatlántica y la procontinental.

De Hoop Scheffer se encontró, pues, con una OTAN dividida y con un panorama estratégico marcado por dos factores: el terrorismo islamista y la intervención en Irak. Para él, esto marcaba una nueva etapa estratégica muy distinta de la de la década de los 90. Y la Alianza tenía que transformarse a fin de dar una respuesta a los nuevos retos y desafíos.

Lo primero, para el actual secretario general pasaba necesariamente por reconstruir las buenas relaciones entre aliados. Su propuesta al respecto se centra en dotar a la OTAN de una componente más política y de foro de discusión. La OTAN debe servir de foro de debate estratégico preferido por sus miembros –contrario a lo que sucedió durante la crisis de Irak- y para eso se deben cambiar algunos de los procedimientos. Hoy por hoy el NAC está demasiado sobrecargado por el control y la gestión de las misiones de paz en las que participa la OTAN, por lo que convendría bajar el nivel de la gestión hacia otros órganos subordinados y permitir, así, un tiempo extra para el debate; igualmente, hay que normalizar este tipo de discusiones sin que necesariamente se entienda que la OTAN está debatiendo una operación. Hay que desligar la discusión política de la planificación estratégica.

En segundo lugar, de Hoop Scheffer propone una transformación de las relaciones externas de la Alianza. Para él, con la irrupción de la UE y su PESD, así como la consideración de la OTAN de ciertos temas que no son estrictamente de seguridad, como la gestión de catástrofes, la Alianza debe entrar en una mayor concertación y cooperación con otros actores multinacionales, ONU y UE, esencialmente. Esto conllevaría la constitución de arreglos formales entre las instituciones concernidas, así como mecanismos especiales para su acción conjunta.

En tercer lugar, la transformación de la OTAN pasaría por su ampliación geopolítica. La Alianza ha perdido su carácter regional y debe abrirse a zonas como el Caucaso y Asia Central, así como el Gran oriente Medio. Eso sí, para tener un impacto positivo en estas zonas, la OTAN debe actuar como una verdadera unidad transatlántica, lo que previamente implica desarrollar una visión común de qué quiere y puede hacer la Alianza en dichas regiones.

En cuarto lugar, está la dimensión militar que afecta a sistemas de armas, estructuras de mando y conceptos de operaciones. La Alianza debe seguir con sus directrices emanadas de su iniciativa de capacidades a fin de colmar las deficiencias encontradas entre sus miembros, debe afianzar la nueva cadena de mandos, más ligera que la anterior; y debe poner en marcha cuanto antes su NRF, de tal forma que el resultado sea que todos los miembros aporten algo al esfuerzo colectivo, en todas las operaciones y para todo nivel de intensidad. La OTAN debe contar con fuerzas proyectables y sostenibles.

Finalmente, para el secretario general la transformación requiere también un cambio intelectual, en la forma de concebir cómo se emplea la OTAN. Esencialmente en dos áreas: el paso de una organización acostumbrada a la pasividad y a tener la reacción como su eje central, a otra que necesita ser preactiva y buscar la prevención y la anticipación frente a las nuevas amenazas; en segundo lugar, en la concepción geográfica, abandonando la naturaleza regional tradicional e interesándose de todo cuanto puede afectar a sus miembros independientemente de allí donde suceda.

Hay que decir que los planteamientos de de Hoop Scheffer van en la dirección correcta por lo general, aunque son todavía prisioneros de la anterior etapa de la OTAN. Pero, así y todo, de llevarse a cabo supondría un gran salto adelante en la eficacia y reorientación estratégica de los aliados.

No obstante, también hay que reconocerlo, sus propuestas han sido siempre bien acogidas en lo que tienen de discurso, pero han sido llevadas a la práctica en muy escasa proporción. En la última reunión ministerial de la OTAN, de este mismo mes de septiembre, los acuerdos han sido muy escasos. Así, Los temas que presentó el Secretario General son lo que no alcanzan solución, a saber:

Objetivos de la Alianza en los próximos 15 años y capacidades militares para obtenerlos.

Posibilidad de determinar el Nivel de Ambición de la Alianza.

Papel de la Guía Política General (CPG) en este contexto.

Papel y expectativas de la NRF.

En conclusión, el redireccionamiento estratégico del actual SG está bien orientado, pero se queda corto en un aspecto esencial, colocar la amenaza existencial real en el centro del debate y resulta demasiado ambicioso, no obstante, para algunos de los miembros que siguen priorizando su agenda particular sobre la colectiva. Y, en ese sentido, la posibilidad real de que las propuestas del SG salgan adelante en el tiempo previsto son bastante bajas.

Entrevistas realizadas

BERLÍN

Prof. Dra. Helga Haftendorn, Senior Fellow, Transatlantic and Security Policy. Stiftung Wissenschaft und Politik

Dr. Karl-Heinz Kamp, Security Policy Coordinator. Konrad Adenauer Foundation

Dr. Christoph Bertram, Director. German Institute for International and Security Affairs

Karsten D. Voigt, Coordinator of German-American Cooperation Unit KO-USA. Federal Foreign Office

Eberhard Pohl, Head of Defence and Security Policy Division. Federal Foreign Office

Hans-Ulrich Klose, Deutscher Bundestag

PARÍS

Pierre Lellouche, Président de l'Assemblée Parlementaire de l'OTAN. Assemblée Nationale

François Daguzan, Chercheur, Études politico-militaires. Fondation pour la Recherche Stratégique

Bruno Tertrais, Maître de recherche, responsable du pôle "Défense et Stratégie". Fondation pour la Recherche Stratégique

Giles Andreani, Cour des Comptes – Ancien Directeur du Centre d'Analyse et de Prévision (CAP). Ministère des Affaires Étrangères

Philippe Errera, Directeur Adjoint du Centre d'Analyse et de Prévision (CAP). Ministère des Affaires Étrangères

François Géré, Directeur. Institut Diplomatie & Défense

David Martinón, Conseiller Diplomatique du Ministre d'État. Ministère de l'Intérieur et de l'Aménagement du Territoire.

BRUSELAS

Diego Ruíz Palmer, Head, Planning Section – Operations Division. NATO International Staff

Jamie Shea, Deputy Assistant Secretary General for External Relations - Public Diplomacy Division. NATO

Michael Ruhle, Head, Policy Planning and Speechwriting Section – Political Affairs Division. NATO

Steffen Sachs, Director of the Political Committee. NATO Parliamentary Assembly

Zachary Selden, Director - Defence and Security Committee. NATO Parliamentary Assembly

Ian Kelly, Public Affairs Advisor. United States Mission to NATO

John R. Hoag Director, Defence Plans. United States Mission to NATO

Sherwood McGinnis, Political Advisor. United States Mission to NATO

LONDRES

Sir Paul Lever, Director, Global Development Chairman. RUSI

WASHINGTON DC

Gary Schmitt, Executive Director. Project for the New American Century

William Kristol, Editor. The Weekly Standard

Christopher DeMuth, President. American Enterprise Institute (AEI)

Danielle Pletka, Vice President - Foreign and Defense Policy Studies. American Enterprise Institute (AEI)

Radek Sikorsky, Executive Director, New Atlantic Initiative (NAI) Resident Fellow, American Enterprise Institute (AEI)

Reuel Marc Gerech, Resident Fellow. American Enterprise Institute for Public Policy Research (AEI)

Robin Niblett, Executive Vice President. Director, Europe Program. Center for Strategic and International Studies (CSIS)

Julianne Smith, Fellow and Deputy Director – International Security Program. Center for Strategic and International Studies (CSIS)

Simon Serfaty, Senior Adviser - Europe Program. Center for Strategic and International Studies (CSIS)

Anthony H. Cordesman, Senior Fellow. Center for Strategic and International Studies (CSIS)

Jeffrey Simon, Senior Research Fellow. National Defense University (NDU)

Stephen J. Flanagan, Director, Institute for National Strategic Studies, Vice President for Research - National Defense University (NDU)

Leo G. Michel, Senior Research Fellow – Institute for National Strategic Studies - National Defense University (NDU)

Ivo H. Daalder, Senior Fellow - Foreign Policy Studies. The Brookings Institution

Jeffrey Simon, Senior Research Fellow - Institute for National Strategic Studies. National Defense University (NDU)

James Joye Townsend Jr., Principal Director, European and NATO Policy. Office of the Secretary of Defense. The Pentagon.

Anthony Aldwell, Director, Southern Europe. Office of the Secretary of Defense. The Pentagon.

Chris Horner, President. Competitive Enterprise Institute (CEI)

Paul Stares, Director - Research and Studies Program. United States Institute of Peace

Robert E. Hunter, Former US Ambassador to NATO. Senior Advisor. RAND Corporation.

Kurt Volker, Principal Deputy Assistant Secretary. Bureau of European and Eurasian Affairs. US Department of State

James R. Marrs, Special Advisor to the Vice President. National Security Affairs. The White House

Barry Jacobs, Director, Strategic Studies. American Jewish Committee

Jason Isaacson, Director, Government and International Affairs. American Jewish Committee

Christopher J. Makins, President. The Atlantic Council

Jeremy Shapiro, Research Director, Center on the United States and Europe. Foreign Policy Studies Program, The Brookings Institution

Frank Gaffney, President and CEO. Center for Security Policy

Jeff Bergner, Senior Transatlantic Fellow. The German Marshall Fund of the United States (GMF)

Margo Thorning, Senior Vice President and Chief Economist. American Council for Capital Formation

TEL AVIV & JERUSALEM

Brig. General Giora Aylend, Head of the National Security Council

Arnon Perlman National Security Advisor

Mark A. Heller, Director of Research. Jaffee Center for Strategic Studies

Uri Naaman, Coordinator for NATO & European Defense Organizations. Ministry of Defence

Dr. Israel Elad-Altman, Director of Studies. IDC's Institute for Policy and Strategy.

Ze'ev Maghen. Ministry of Foreign Affairs

Sami Ravel, Director. European Organizations Department. Ministry of Foreign Affairs.

Dr. Dore Gold, Israel's former Ambassador to the UN. Expert on National Security. Jerusalem Center for Public Affairs

T. Col. Yigal Jakun, Rel. Exteriores del Ejército

Bibliografías

**2005
OFFICIAL**

Supreme Allied Command Transformation Seminar 2005

NATO
Norfolk, 2-3 June 2005

NATO Secretary General address transformation issues during ACT Seminar
<http://www.act.nato.int/multimedia/articles/2005/060305actsem.htm>

Statement by Mr. Lakhdar Brahimi - Special Adviser to the Secretary-General of the United Nations
<http://www.act.nato.int/events/documents/actseminar/brahimipreso.pdf>

“A Transforming Alliance” - Speech by the NATO Secretary General at the University of Ljubljana

<http://www.nato.int/docu/speech/2005/s050531b.htm>

NATO
31-5-05

Speech by NATO Secretary General, Jaap de Hoop Scheffer at the NATO parliamentary Assembly Spring Session

<http://www.nato.int/docu/speech/2005/s050531a.htm>

NATO
31-5-05

“Reinventing NATO – Does the Alliance reflect the changing nature of Transatlantic Security?” - Keynote address by NATO Secretary General, Jaap de Hoop Scheffer at the New Defence Agenda Conference

<http://www.nato.int/docu/speech/2005/s050524a.htm>

NATO
24-5-05

“Liberty as a security policy challenge” - Speech by NATO Secretary General, Jaap de Hoop Scheffer at the 35th ISC Symposium

<http://www.nato.int/docu/speech/2005/s050519b.htm>

NATO
19-5-05

Nato's Military Committee

<http://www.nato.int/ims/news/2005/n050513e.htm>

NATO
11-12 May 2005

Speech by General Klaus Naumann- “NATO: Does it Have a Future?”

<http://www.nato.int/shape/opinions/2005/s050510a.htm>

NATO
10-5-2005

President and President Saakashvili Discuss NATO, Democracy

<http://www.state.gov/p/eur/rls/rm/45893.htm>

President George W. Bush
Tbilisi, Georgia
U. S. Department of State
10-5-05

Secretary General discusses broader cooperation with Tunisia
<http://www.nato.int/docu/update/2005/04-april/e0428a.htm>
NATO
28-4-2005

Spring 2005 CNAD meeting making progress on key projects
<http://www.nato.int/docu/update/2005/04-april/e0427b.htm>
NATO
27/28-04-2005

Russia to join Partnership Status of Forces agreement
<http://www.nato.int/docu/update/2005/04-april/e0421a.htm>
NATO
21-4-05

Press Availability at the NATO Ministerial
<http://www.state.gov/secretary/rm/2005/45017.htm>
Secretary Condoleezza Rice
Forum Palace, Vilnius, Lithuania
U. S. Department of State
21-4-05

Remarks to the Press En Route to Vilnius
<http://www.state.gov/secretary/rm/2005/44972.htm>
Secretary Condoleezza Rice
Vilnius, Lithuania
U. S. Department of State
20-4-05

Informal NATO Foreign Minister Meeting- Vilnius
20-21/04/05
Press briefing by NATO Spokesman
<http://www.nato.int/docu/speech/2005/s050420b.htm>

Statement by NATO Secretary General Jaap de Hoop Scheffer at the Informal Meeting of the NATO-Russia Council
<http://www.nato.int/docu/speech/2005/s050421b.htm>

Joint News Conference by the NATO Secretary General and the Foreign Minister of Ukraine
<http://www.nato.int/docu/speech/2005/s050421g.ht>
Informal working lunch of NATO Foreign Ministers - Closing News Conference by Secretary General, Jaap de Hoop Scheffer
<http://www.nato.int/docu/speech/2005/s050421h.htm>

Enhancing NATO-Ukraine Cooperation Short-term Actions (OF)
<http://www.nato.int/docu/pr/2005/p050421e.htm>

Transforming NATO - A Political and Military Challenge (OF)
http://www.nato.int/docu/conf/2005/050414_pdd/index.html
NATO Secretary General's Annual Conference
April 14, 2005

NATO's political and military transformation: Two sides of the same coin
<http://www.nato.int/docu/speech/2005/s050414a.htm>
Speech by NATO Secretary General, Jaap de Hoop Scheffer

NATO and military transformation: What can ACT contribute?

<http://www.nato.int/docu/speech/2005/s050414f.htm>

Address by Admiral Edmund Giambastiani, Supreme Allied Commander Transformation

What has NATO learned from its operations?

<http://www.nato.int/docu/speech/2005/s050414i.htm>

Remarks by General James L. Jones, Supreme Allied Commander Europe (SACEUR)

Transforming NATO – A Political and Military Challenge

<http://www.nato.int/docu/speech/2005/s050414c.htm>

Speech by H.E. Mr Søren Gade Minister of Defence, **The Danish Response to the Transformation Challenge**

How can we generate parliamentary support for NATO's transformation?

<http://www.nato.int/docu/speech/2005/s050414k.htm>

Remarks by Hans-Ulrich Klose, Deputy Chairman Foreign Policy Committee of the German Bundestag

Speech by NATO Secretary General, Jaap de Hoop Scheffer at the Australian Defence College Canberra (OF)

<http://www.theage.com.au/news/National/Australia-gets-closer-to-NATO/2005/04/01/1112302216845.html?oneclick=true#>

Nato

April 1, 2005

Examining Nato Transformation (OF)

<http://www.nato.int/docu/review/2005/issue1/english/main.htm>

Nato Review

Spring 2005

Contents

Secretary General's foreword

<http://www.nato.int/docu/review/2005/issue1/english/foreword.html>

Remaining relevant

<http://www.nato.int/docu/review/2005/issue1/english/art1.html>

Jonathan Parish offers a personal account of NATO's transformation.

The need for change

<http://www.nato.int/docu/review/2005/issue1/english/art2.html>

Henning Riecke considers the need for change in international organisations.

Nato's transformation scorecard

<http://www.nato.int/docu/review/2005/issue1/english/art3.html>

Robert G. Bell assesses implementation of NATO's Prague, Norfolk and Munich transformation agendas.

Rethinking Nato's force transformation

<http://www.nato.int/docu/review/2005/issue1/english/art4.html>

Anthony H. Cordesman analyses the rationale behind force transformation.

Taking the transformation agenda forward

<http://www.nato.int/docu/review/2005/issue1/english/art5.html>

Mark Joyce examines how NATO has been transforming since Jaap de Hoop Scheffer succeeded Lord Robertson

Should Nato play a more political role?

<http://www.nato.int/docu/review/2005/issue1/english/debate.html>

Espen Barth Eide versus Frédéric Bozo

The transformation Challenge

<http://www.nato.int/docu/review/2005/issue1/english/special.html>

John J. Garstka examines the concept of transformation.

Matching capabilities to commitments

<http://www.nato.int/docu/review/2005/issue1/english/military.html>

Steve Sturm examines how NATO is seeking to improve its force-generation and defence-planning processes.

Rose-Roth Seminar – Towards Euroatlantic Integration: Progress and Challenges in South-East Europe

<http://www.nato-pa.int/Default.asp?SHORTCUT=694>

NATO Parliamentary Assembly

12-14 March 2005

Nato and the fight against terrorism

www.nato.int/docu/briefing/rtt-e.pdf

Response to terrorism - Nato Briefing

NATO

March 2005

Security through partnership

<http://www.nato.int/docu/sec-partnership/sec-partner-e.pdf>

NATO

March 2005

Defense against terrorism (DAT) program – Countering terrorism with technology

<http://www.nato.int/issues/dat/index.html>

NATO

24-2-2005

President Bush and Chancellor Schröder Discuss Partnership

<http://www.state.gov/p/eur/rls/rm/42600.htm>

President George W. Bush

Electoral Palace, Mainz, Germany

U.S. Department of State

23-2-05

President Meets with EU Leaders (NATO is discussed at the last part)

<http://www.state.gov/p/eur/rls/rm/42601.htm>

President George W. Bush

Justus Lipsius, Brussels, Belgium

U.S. Department of State

22-2-05

President and Prime Minister Blair Discuss Iraq, NATO

<http://www.state.gov/p/eur/rls/rm/42516.htm>

President George W. Bush and Prime Minister Tony Blair

Chief of Mission Residence, U.S. Embassy Belgium

Brussels, Belgium

U.S. Department of State

22-2-05

President and Secretary General de Hoop Scheffer Discuss NATO Meeting

<http://www.state.gov/p/eur/rls/rm/42523.htm>

President George W. Bush

Joseph Luns Press Theatre, NATO Headquarters

Belgium, Brussels

U.S. Department of State

22-2-05

Statement issued by the Heads of State and Government participating in a meeting of the North Atlantic Council in Brussels

<http://www.nato.int/docu/pr/2005/p05-022e.htm>

NATO

22-2-05

President Discusses American and European Alliance in Belgium

<http://www.state.gov/p/eur/rls/rm/42518.htm>

President George W. Bush

Concert Noble, Brussels, Belgium

U.S. Department of State

21-2-05

Defense against terrorism program- What does this mean in practice?

http://www.nato.int/issues/dat/in_practice.htm

NATO

18-2-05

The Mediterranean Dialogue – Linking regions together

<http://www.nato.int/issues/med-dial/index.html>

NATO

18-2-05

The Mediterranean Dialogue - Linking regions together- What does it mean in practice?

http://www.nato.int/issues/med-dial/in_practice.htm

NATO

18-2-05

An Overview of Transatlantic Relations Prior to President Bush's Visit to Europe

http://www.house.gov/international_relations/109/98811.PDF

Hearing Before the House Committee on International Relations

Subcommittee on Europe and Emerging Threats

U.S. House of Representatives

16-2-05

***These documents are included in the transcript of the hearing:**

Statement of Chairman Elton Gallegly

An Overview of Transatlantic Relations Prior to President Bush's Visit to Europe

http://www.house.gov/international_relations/109/gal021605.htm

Hearing Before the House Committee on International Relations

Subcommittee on Europe and Emerging Threats

U.S. House of Representatives

16-2-05 *There is a mistake in the date which appears on the document

“OVERVIEW OF TRANSATLANTIC RELATIONS PRIOR TO PRESIDENT BUSH'S VISIT TO EUROPE” STATEMENT BY ROBERT NIBLETT

http://www.house.gov/international_relations/109/nib021605.htm

Subcommittee on Europe and Emerging Threats

U.S. House of Representatives

16-2-05

Statement by John C. Hulsman (there is a part dedicated to NATO)

http://www.house.gov/international_relations/109/hul021605.pdf

House Committee on International Relations

Subcommittee on Europe and Emerging Threats

U.S. House of Representatives

16-2-05

Transforming the Transatlantic Relationship

http://wwwc.house.gov/international_relations/109/ham021605.htm

Testimony to the House Committee on International Relations
Subcommittee on Europe and Emerging Threats
U.S. House of Representatives
16-2-05

Speech on the 41th Munich Conference on Security Policy (OF)

http://www.securityconference.de/konferenzen/rede.php?menu_2005=&menu_konferenzen=&sprache=en&id=143&

Gerhard Schröder
Munich Conference on Security Policy
February 12, 2005

Speech on the 41th Munich Conference on Security Policy (OF)

Security in the Middle East: New Challenges for NATO and EU

http://www.securityconference.de/konferenzen/rede.php?menu_2005=&menu_konferenzen=&sprache=en&id=144&

Donald Rumsfeld
Munich Conference on Security Policy
February 12, 2005

Remarks at The North Atlantic Treaty Organization Headquarters

<http://www.state.gov/secretary/rm/2005/42047.htm>

Secretary Condoleezza Rice
Luns Theatre, Brussels, Belgium
U.S. Department of State
February 9, 2005

Nato's Engagement Central Asia (OF)

<http://www.fco.gov.uk/servlet/Front?pagename=OpenMarket/Xcelerate/ShowPage&c=Page&cid=1007029391647&a=KArticle&aid=1106749927792>

Speech by Bill Rammell, The Ukdel Nato Seminar
Foreign and Commonwealth Office
January 27, 2005

EU-US relations (OF)

<http://www.eurunion.org/News/press/2005/2005006.htm>

Speech by Benita Ferrero-Waldner
EU
January 13, 2005

NATO and the European Union (OF)

<http://fpc.state.gov/documents/organization/44113.pdf>

Kristin Archick
Congressional Research Service
January 4, 2005 (26 pag)

France: Factors Shaping Foreign Policy, and Issues in U.S.-French Relations (OF)

<http://fpc.state.gov/documents/organization/42481.pdf>

Paul Gallis
Congressional Research Service
January 10, 2005 (32 pag)

NATO's Response Force Briefing: Deploying capabilities faster and further than ever before

<http://www.nato.int/docu/briefing/nrf2/nrf-e.pdf>

NATO

January 2005

NATO's Response Force

*At the moment there is a problem accessing the web page.

NATO

January 2005

Not OFFICIAL

NATO and Baltic Security in the 21st Century

<http://www.yes-dk.dk/YES/index.php?option=content&task=view&id=133&Itemid=165>

Jaap de Hoop Scheffer

YES:Young Europeans for Security

2-5-2005

Still Standing: A Reappraisal of the Western Alliance

<http://www.yes-dk.dk/YES/index.php?option=content&task=view&id=135&Itemid=167>

Laust Schouenborg

YES:Young Europeans for Security

May 2005

NATO Aspirants Discuss Challenges Ahead enlargement.

U.S.-Adriatic Charter Roundtable

CSIS

April 25, 2005

Dr. Fatos Tarifa, Ambassador of Albania to the United States

http://www.csis.org/ee/events/050425_Tarifa.pdf

Address of H.E. Neven Jurica, Ambassador of Croatia to the United States

http://www.csis.org/ee/events/050425_Jurica.pdf

Remarks by Ambassador Nikola Dimitrov, Amabassador of Macedonia

http://www.csis.org/ee/events/050425_Dimitrov.pdf

Discussion Highligts

http://www.csis.org/ee/events/050425_MeetingRpt.pdf

Rethinking the EU: Why the United States Needs A New Policy On European Integration

<http://www.gmfus.org/doc/RethinkingtheEU.pdf>

Ronald D. Asmus

The German Marshall Fund

22-4-05 (10 pag)

Russia softens toward neighbors

Secretary of State Rice met with Putin Wednesday while NATO may invite Ukraine into the Western alliance

<http://search.csmonitor.com/2005/0421/p06s02-woeu.htm>

CSMonitor

21-4-05

Six attainable transatlantic goals

*I could not access the article again. It can be found in the folder.

Financial Times

6-4-2005

Washington's New European Allies: Durable or Conditional Partners?

www.twq.com/05spring/docs/05spring_bugajski.pdf

Janusz Bugajski and Ilona Teleki
THE WASHINGTON QUARTERLY
Spring 2005

Reconsidering the Future

<http://www.iss-eu.org/new/analysis/analy105.html>

Nicole Gnesotto, EuroFuture,
Institute for Security Studies - EU
Spring 2005

New Challenges for Transatlantic Security Cooperation

*The article can be accessed only through The Assembly of the WEU:

www.assembly-weu.org/en/presse/articles/2005/PapadimitriouEurofutureSpring2005.pdf

Elsa Papadimitriou
EuroFuture
Spring 2005

Israel in NATO

<http://www.theglobalist.com/DBWeb/StoryId.aspx?StoryId=4451>

Christoph Bertram
The Globalist
25-3-2005

NATO: An alliance renewed

<http://www.ihf.com/articles/2005/03/15/opinion/edburns.php>

R. Nicholas Burns
International Herald Tribune
16-3-05

Does Israel Belong in the EU and NATO

<http://www.gmfus.org/doc/asmus-jackson%20israel-nato.pdf>

Ronald D. Asmus and Bruce P. Jackson
Policy Review
February/March 2005

A Transatlantic Strategy to promote Democratic Development in the Broader Middle East

www.twq.com/05spring/docs/05spring_asmus.pdf

Ronald D. Asmus
The Washington Quarterly
28-2-2005

NATO and ESDP: Old-style alliance meets a new Europe

<http://www.yes-dk.dk/YES/index.php?option=content&task=view&id=107&Itemid=137>

Hanna Ojanen
YES:Young Europeans for Security
27-2-2005

NATO in the Process of Adaptation

http://www.aicgs.org/events/2005/02232005_summary.shtml

Helga Haftendorn
American Institute for Contemporary German Studies
February 23, 2005

U.S.-NATO-EU: a virtuous menage à trois

www.ndu.edu/inss/Repository/Outside_Publications/Michel/LeSoir_Feb05/Michel_LeSoir_22Feb05.pdf

Leo Michel

Le Soir (Bruxelles)

Institute for National Strategic studies

22-2-2005

Schroeder's pro-Brussels spout

<http://www.washingtontimes.com/op-ed/20050220-083916-5453r.htm>

Ed. Washington Times

February 21, 2005

Looking Beyond NATO

<http://www.theglobalist.com/DBWeb/StoryId.aspx?StoryId=4394>

Ulrike Guérot

The Globalist

18-2-2005

Why the U.S. Needs the E.U.

http://www.cer.org.uk/articles/leonard_time_23feb05.html

Mark Leonard

TIME Europe

18-2-2005

Schröder eyes EU as primary security forum

<http://www.isn.ethz.ch/news/dossier/esdp/news.cfm?detailID=10801&showtype=2>

Christopher Findlay

Center for Security Studies (CSS)

February 18, 2005

A compact between the United States and Europe

www.cer.org.uk/pdf/us_europe_compact_feb16_05.pdf

Centere For European Reform

17-2-05

Surprise, surprise

<http://www.washingtontimes.com/op-ed/20050214-083626-8085r.htm>

Tod Lindberg

Washington Times

February 15, 2005

US brushes off German NATO plan

<http://www.ihf.com/articles/2005/02/13/news/munich.html>

International Herald Tribune

Judy Dempsey

February 14, 2005

The EU Constitution and its impact on the U.S. and Transatlantic Relations

<http://www.gmfus.org/doc/Report%20Workshop%209th%20February%20final.pdf>

The German Marshall Fund

February 9, 2005 (5 pag)

The North Atlantic Drift

<http://www.foreignaffairs.org/20050101faessay84108/william-drozdiak/the-north-atlantic-drift.html>

William Drozdiak

Foreign Affairs

January/February 2005

The Crisis in Transatlantic Relations

www.zei.de/download/zei_dp/dp_c143_wells_kuehnhardt.pdf

Samuel Wells & Ludger Kuhnhardt

ZEI

2005

Initiative for a Renewed Transatlantic Partnership 2005 Report

The introduction is available on:

http://www.csis.org/europe/0502_testofwillintro.pdf

Robin Niblett et al.

CSIS

2005

The entire document is available on:

Initiative for a Renewed Transatlantic Partnership 2005 Report

http://wwwc.house.gov/international_relations/109/CSIS_Initiative2005.pdf

Robin Niblett et al.

CSIS

2005

2004 OFFICIAL

The development of response forces in Nato and the EU and the evolving Nato-EU relationship (OF)

<http://www.nato-pa.int/default.asp?SHORTCUT=488>

John Smith (UK) Acting Rapporteur

Nato Parliamentary Assembly

November 14, 2004

Nato and the use of force (OF)

<http://www.nato-pa.int/default.asp?SHORTCUT=500>

Bert Koenders (Netherlands) General Rapporteur

Nato Parliamentary Assembly

November 13, 2004

The EU Security Concept – Implications for Nato and UE (OF)

<http://www.nato-pa.int/default.asp?SHORTCUT=490>

Ruprecht Polenz (Germany) Acting Rapporteur

Nato Parliamentary Assembly

September 30, 2004

U.S.–EUROPEAN COOPERATION ON COUNTERTERRORISM: ACHIEVEMENTS AND CHALLENGES

http://wwwc.house.gov/international_relations/108/95829.pdf

Joint Hearing Subcommittee on Europe and SUBCOMMITTEE ON

INTERNATIONAL TERRORISM, NONPROLIFERATION AND HUMAN RIGHTS

U.S. House of Representatives

14-9-04

Nato after Istanbul

http://www.nato.int/docu/nato_after_istanbul/nato_after_istanbul_en.pdf

NATO

15-7-04

Transatlantic Relations – A Post-Summit Assessment-hearing http://wwwc.house.gov/international_relations/108/94836.pdf

Subcommittee on Europe

U.S. House of Representatives

15-7-04

***These documents are included in the transcript of the hearing:**

Opening statement of Honorable Jo Ann Davis

“Transatlantic Relations – A Post-Summit Assessment”

http://wwwc.house.gov/international_relations/108/dav071504.htm

Subcommittee on Europe and Emerging Threats

U.S. House of Representatives

15-7-04

Transatlantic Relations: A Post-Summit Assessment,” Philip H. Gordon

http://wwwc.house.gov/international_relations/108/gor071504.htm

Subcommittee on Europe

U.S. House of Representatives

15-7-04

STATEMENT OF DR. GÜNTER BURGHARDT” - Transatlantic Relations – A Post-Summit Assessment”

http://wwwc.house.gov/international_relations/108/bur071504.htm

Subcommittee on Europe

U.S. House of Representatives

15-7-04

“Transatlantic Relations: A post Summit Assessment”

http://wwwc.house.gov/international_relations/108/ser071504.pdf

House Committee on International Relations

Subcommittee on Europe and Emerging Threats

U.S. House of Representatives

15-7-04

After the Summits: Reinvigorating Transatlantic Partnership

http://wwwc.house.gov/international_relations/108/ham071504.htm

Testimony to the House Committee on International Relations

Subcommittee on Europe and Emerging Threats

U.S. House of Representatives

15-7-04

Interview-Admiral Giambastiani:SACT

<http://www.nato.int/docu/review/2004/issue2/english/interview.html>

NATO Review Summer 2004

NATO

Summer 2004

U.S. INITIATIVES AT NATO’S ISTANBUL SUMMIT-HEARING

http://wwwc.house.gov/international_relations/108/94281.pdf

Subcommittee on Europe

U.S. House of Representatives

16-6-04

**Opening Statement of Rep. Doug Bereuter Chairman, Subcommittee on Europe
Hearing: U.S. Initiatives at NATO's Istanbul Summit**

http://wwwc.house.gov/international_relations/108/ber061604.htm
Subcommittee on Europe
U.S. House of Representatives
16-6-04

NATO: An Alliance in Action – U.S. Initiatives at NATO's Istanbul Summit

http://wwwc.house.gov/international_relations/108/bra061604.htm
Statement to the House Committee on International Relations
Subcommittee on Europe and Emerging Threats
U.S. House of Representatives
16-6-04

Statement by Ian Brzezinski – Hearing on the NATO Istanbul Summit

http://wwwc.house.gov/international_relations/108/brz061604.htm
The House Committee on International Relations
Subcommittee on Europe and Emerging Threats
U.S. House of Representatives
16-6-04

La transformación de la OTAN

<http://www.nato.int/docu/nato-trans/nato-trans-sp.pdf>
NATO
June 2004

**Ejournal USA-US Foreign Policy Agenda, US Department of State
June 2004**

NATO: An Alliance Transforming

<http://usinfo.state.gov/journals/itps/0604/ijpe/brzezinski.htm>
By Ian Brzezinski, Deputy Assistant Secretary of Defense for European and NATO Affairs
Ejournal USA-US Foreign Policy Agenda, US Department of State
June 2004

NATO Remains our Essential Alliance

<http://usinfo.state.gov/journals/itps/0604/ijpe/burns.htm>
R. Nicholas Burns U.S. Ambassador to the North Atlantic Treaty Organization
Ejournal USA-US Foreign Policy Agenda, US Department of State
June 2004

The U.S. and NATO: A Partnership in Action

<http://usinfo.state.gov/journals/itps/0604/ijpe/jones.htm>
A. Elizabeth Jones, Assistant Secretary of State for European Affairs
Ejournal USA-US Foreign Policy Agenda, US Department of State
June 2004

The New Politics of Transatlantic Defense Cooperation

<http://usinfo.state.gov/journals/itps/0604/ijpe/scheffer.htm>
Jaap de Hoop Scheffer, Secretary-General of the North Atlantic Treaty Organization
Ejournal USA-US Foreign Policy Agenda, US Department of State
June 2004

The Istanbul Summit: Stepping Up to the Challenge

<http://usinfo.state.gov/journals/itps/0604/ijpe/biden.htm>
By Joseph R. Biden, U.S. Senator and Ranking Democrat on the Committee on Foreign Relations
Ejournal USA-US Foreign Policy Agenda, US Department of State
June 2004

Partnership for Peace: Charting a Course for a New Era

<http://usinfo.state.gov/journals/itps/0604/ijpe/simon.htm>

By Dr. Jeffrey Simon, Institute for National Strategic Studies
Ejournal USA-US Foreign Policy Agenda, US Department of State
June 2004

Western Security Efforts and the Greater Middle East

<http://usinfo.state.gov/journals/itps/0604/ijpe/cordesman.htm>

Dr. Anthony H. Cordesman, Center for Strategic and International Studies
Ejournal USA-US Foreign Policy Agenda, US Department of State
June 2004

Proposals for Renewing the Atlantic Partnership

<http://usinfo.state.gov/journals/itps/0604/ijpe/kupchan.htm>

Dr. Charles A. Kupchan, Council on Foreign Relations
Ejournal USA-US Foreign Policy Agenda, US Department of State
June 2004

A Defining Moment in Purpose and Commitment

<http://usinfo.state.gov/journals/itps/0604/ijpe/serfaty.htm>

Dr. Simon Serfaty, Center for Strategic and International Studies
Ejournal USA-US Foreign Policy Agenda, US Department of State
June 2004

NATO's Role in Bringing Security to the Greater Middle East

<http://usinfo.state.gov/journals/itps/0604/ijpe/hagel.htm>

Chuck Hagel, U. S. Senator and Republican Member of the Committee on Foreign Relations
Ejournal USA-US Foreign Policy Agenda, US Department of State
June 2004

Forging a NATO partnership for the Greater Middle East

*The document cannot be accessed directly. It can be found inside the volume of the NATO review dedicated to the Istanbul summit.

www.nato.int/docu/review/2004/istanbul/2004-istanbul-e.pdf

Chris Donnelly.
NATO Review-Istanbul Summit Special
May 2004

Should the Middle East be Nato's new central front?

*The document cannot be accessed directly. It can be found inside the volume of the NATO review dedicated to the Istanbul summit.

www.nato.int/docu/review/2004/istanbul/2004-istanbul-e.pdf

Will Marshall & Peter Rudolf
NATO Review-Istanbul Summit Special
May 2004

NATO and the European Union (OF)

<http://fpc.state.gov/documents/organization/31988.pdf>

Kristin Archick
Congressional Research Service
April 6, 2004 (23 pag)

US PRIORITIES IN EUROPE - HEARING

http://www.house.gov/international_relations/108/92344.pdf

Committee on International Relations
U.S. House of Representatives
3-3-04

UNITED STATES INTERESTS IN EUROPE - Opening Statement of Hon. Doug Bereuter

http://wwwc.house.gov/international_relations/108/bere030304.htm

Committee on International Relations

U.S. House of Representatives

3-3-04

Testimony of Assistant Secretary Beth Jones - Administration's priorities in Europe

http://wwwc.house.gov/international_relations/108/jone030304.htm

Committee on International Relations

U.S. House of Representatives

3-3-04

Speech at Munich Conference – Transatlantic Relations

http://news.mod.uk/news/press/news_press_notice.asp?newsItem_id=2801

Secretary of State for Defence

Ministry of Defence, UK

7-2-04

Not OFFICIAL

NATO's Nuclear Posture: What's Next?

<http://www.basicint.org/update/NATO041208-PF.htm>

Alistair Millar and Jason Ipe

BASIC'S NATO E-MAIL SERIES

December 8, 2004

Saving NATO from Europe

http://www.cfr.org/pub7532/jeffrey_cimbalo/saving_nato_from_europe.php

Jeffrey Cimbalo

Foreign Affairs

The Council on Foreign Relations

November/December 2004

The State of Transatlantic Relations (OF)

<http://www.da-vienna.ac.at/userfiles/REDE%20Doutriaux.pdf>

Speech by H.E. Yves DOUTRIAUX

Ambassador, Permanent Representative of France to the OSCE

DIPLOMATISCHE AKADEMIE

November 11, 2004 (6 pag)

Conversation with Jaap de Hoop Scheffer (OF)

http://www.cfr.org/publication_print.php?id=7534&content=

Council on Foreign Relations

November 11, 2004

The alliance's future I : The war on terror is NATO's new focus

http://www.ihf.com/articles/2004/10/06/edburns_ed3_.php

R. Nicholas Burns

International Herald Tribune

6-10-04

NATO and the Challenges of Global Security

Conference Proceedings

http://www.ndu.edu/inss/Repository/INSS_Proceedings/European%20Symp%202004/NATO%20Symposium%2004%20Proceedings%20-%20posted.pdf

Institute for National Strategic Studies, National Defense University

28/29-9-04

Security in the Wider Europe: The new role of NATO

<http://www.theepc.net/en/default.asp?TYP=CE&LV=177&see=y&t=42&PG=CE/EN/detail&l=2&AI=395>

Jamie Shea
European Policy Center
September 27, 2004

What Next For NATO?

The Atlantic alliance is keeping the peace in Kosovo and trying to in Afghanistan. Iraq is another matter

<http://www.time.com/time/europe/magazine/article/0,13005,901040927-699334,00.html>

James Graff
Time Magazine
September 19, 2004

Changing Security Dynamics in the Crossroads of Eurasia

European Security Conference

[www.ndu.edu/inss/Repository/INSS_Proceedings/Eurasian_Security_Conference_2004/EurasiaSecurityConfere
nceNDU-sep04.pdf](http://www.ndu.edu/inss/Repository/INSS_Proceedings/Eurasian_Security_Conference_2004/EurasiaSecurityConfere
nceNDU-sep04.pdf)

Institute for National Strategic Studies
9/10-9-2004

NATO's Next Century

<http://www.brookings.org/dybdocroot/fp/cuse/analysis/hunter20040901.pdf>

Robert E. Hunter
The Brookings Institution
September 2004

Ideas of Europe and the Transatlantic Relationship

***The document can be accessed through the following address:**

http://www.cfr.org/reg_index.php?id=5|||1

Radek Sikorski, American Enterprise Institute, speech to the Portuguese Catholic University
American Enterprise Institute for Public Policy Research
Council on Foreign Relations
July 7, 2004

A New Trans-Atlantic Perspective for the Middle East

<http://www.aicgs.org/aicgs/aicgs/aicgs/aicgs/aicgs/aicgs/aicgs/aicgs/c/kempec4.shtml>

Fredrick S. Kempe
American Institute for Contemporary German Studies
1-7-04

The future of transatlantic armaments cooperation

[http://www.swp-](http://www.swp-berlin.org/common/get_document.php?id=940&PHPSESSID=36cef610be53b9dbad1b674300adf8c3)

[berlin.org/common/get_document.php?id=940&PHPSESSID=36cef610be53b9dbad1b674300adf8c3](http://www.swp-berlin.org/common/get_document.php?id=940&PHPSESSID=36cef610be53b9dbad1b674300adf8c3)

Andrew James
SWP Discussion paper (German Institute for International and Security Affairs)
July 2004

Reorienting Transatlantic Defense

*The article can be accessed only through NATO PA.

<http://www.nato-pa.int/Default.asp?SHORTCUT=536>

Doug Bereuter and John Lis
The National Interest
Summer 2004

The Black Sea and the Frontiers of Freedom-Towards a new Euro-Atlantic Strategy

<http://www.policyreview.org/jun04/asmus.html>

Ronald D. Asmus and Bruce P. Jackson

Policy Review no.125

June & July 2004

NATO and Missile Defence: Stay Tuned This Could Get Interesting

<http://www.basicint.org/pubs/Notes/2004NATOMissileDefense-IstanbulSummit.htm>

Ian Davis

Basic Notes

June 30, 2004

What NATO Must Do

<http://www.theglobalist.com/DBWeb/StoryId.aspx?StoryId=4011>

The Globalist

The Globalist

29-6-2004

NATO Nuclear Doctrine and the NPT

<http://www.basicint.org/pubs/20040629NATO-nuclear-Koster.htm>

Karel Koster

BASIC BRIEFINGS

June 29, 2004

Revise the NATO Charter before Accepting a Global Role

http://www.cato.org/pub_display.php?pub_id=2714&print=Y

William A. Niskanen

Cato Institute

June 29, 2004

The Problems Preventing Nato from taking on a larger role in Iraq

<http://www.basicint.org/pubs/Notes/2004NATOIraq-IstanbulSummit.htm>

BASIC NOTES

June 28, 2004

Istanbul summit: NATO could find its new purpose in Iraq

http://www.ihf.com/articles/2004/06/26/edbonnart_ed3_.php

Frederick Bonnart

International Herald Tribune

26-6-04

European Union Defense Policy - An American Perspective

<http://www.cato.org/pubs/pas/pa516.pdf>

Leslie S. Lebl

Cato Institute

June 24, 2004

The Allies Must Step Up

<http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/articles/A53701-2004Jun18.html>

Ivo Daalder and Robert Kagan

Washington Post

June 20, 2004

NATO's Istanbul summit

<http://www.iiss.org/showfreepdfs.php?sclD=379>

Alliance under a cloud

Strategic Comments

IISS

June 2004

Nato's role in confronting international terrorism

<http://www.acus.org/Publications/policypapers/internationalsecurity/NATO%20CT%20Report.%20ABSOLUTE%20FINAL.pdf>

C. Richard Nelson

The Atlantic Council of the United States

Policy paper

June 2004

The End of Alliances? Not so Fast

www.twq.com/04spring/docs/04spring_campbell.pdf

Kurt M. Campbell

The Washington Quarterly

Spring 2004

Long Live NATO

<http://rightweb.irc-online.org/analysis/2004/0404nato.php>

Tom Barry

International Relations Center

April 1, 2004

An Historic Moment for NATO

<http://www.heritage.org/Research/Europe/wm465.cfm>

Nile Gardiner, Ph.D., and John Hulsman, Ph.D.

The Heritage Foundation

WebMemo #465

April 1, 2004

Nato Transformation: Problems & Prospects

www.acus.org/publications/policypapers/internationalsecurity/Nato%20Transformation%20conference%20Report.%20ABSOLUTE%20FINAL.pdf

Arthur K. Cebrowski et al.

The Atlantic Council of the United States

A compendium

April 2004

Renewing the Atlantic Partnership

http://www.cfr.org/pdf/Europe_TF.pdf

Henry A. Kissinger, Lawrence H. Summers, Charles A. Kupchan

Council on Foreign Relations

March 19, 2004 (52 pag)

The view from Italy: NATO needs a long term political strategy

http://www.iht.com/articles/2004/03/01/edfranco_ed3_.php

Franco Frattini

International Herald Tribune

1-3-04

Too Important to Fail: Vital Issues on the Transatlantic Agenda

<http://www.aicgs.org/aicgs/aicgs/aicgs/aicgs/aicgs/aicgs/aicgs/aicgs/research/focus2002/bensahel020504.shtml>

Nora Bensahel

American Institute for Contemporary German Studies

5-2-2004

America's "Greater Middle East" and Europe

Key Issues for the Transatlantic Dialogue

http://www.swp-berlin.org/common/get_document.php?id=778&PHPSESSID=36cef610be53b9dbad1b674300adf8c3

Volker Perthers

SWP –Comment

February 2004

Nato and the EU – stop the Minuet: it's Time to Tango!

*The article can be accessed only through the INSS.

www.ndu.edu/inss/Repository/Outside_Publications/Michel/EuroFuture-2Winter.pdf

Leo Michel

EuroFuture

Winter 2004

Broadening the Transatlantic Relationship

www.twq.com/04winter/docs/04winter_bereuter.pdf

Doug Bereuter and John Lis

The Washington Quarterly 27:1

Winter 2004

Europe's Leverage

www.twq.com/04winter/docs/04winter_Hunter.pdf

Robert E. Hunter

The Washington Quarterly 27:1

Winter 2004

Transatlantic Relations after the U.S. Elections: From Rift to Harmony

http://www.zei.de/download/zei_dp/dp_c140_meiers.pdf

Franz-Josef Meiers

ZEI

2004

Transformation Concept in the Defense Planning Process - NATO Integration and Regional Cooperation (Bulgarian Case)

<http://www.marshallcenter.org/site-graphic/lang-en/page-conf-schedule-1/xdocs/conf/2004-conferences/static/xdocs/conf/2004-conferences/0402/shalamanov-paper-en.pdf>

Dr. Velizar Shalamanov, Chairman –

George C. Marshall - European Center for Security Studies

2004

Engaging Russia as Partner and Participant: The Next Stage of NATO-Russia Relations (Summary and Full Text)

<http://www.rand.org/publications/CF/CF203/>

Robert E. Hunter & Sergey M. Rogov

National Security Research Division

Rand

2004

2003
OFFICIAL

Speech to RUSI: The Transatlantic Alliance - Opportunities and Challenges

http://news.mod.uk/news/press/news_speech.asp?newsItem_id=2724

Secretary of State for Defence
Ministry of Defence, UK
9-12-03

Speech Atlantic Treaty Association 49th General Assembly

http://news.mod.uk/news_speech.asp?newsItem_id=2856

Secretary of State for Defence
Ministry of Defence, UK
5-11-03

Invite Nato Members' Progress on Military Reforms (OF)

<http://www.nato-pa.int/default.asp?SHORTCUT=364>

David Price Rapporteur
Committee Report – Nato Parliamentary Assembly
November 2003

Reform of Nato Command Structure and the Nato Response Force (OF)

<http://www.nato-pa.int/default.asp?SHORTCUT=365>

Rapporteur : Julio Miranda Calha (Portugal)
Committee Report – Nato Parliamentary Assembly
November 2003

Progress in the war against terrorism (OF)

<http://www.nato-pa.int/default.asp?SHORTCUT=366>

Co-Rapporteurs - corapporteurs : John SHIMKUS (United States) Alejandro MUÑOZ-ALONSO (Spain)
Committee Report – Nato Parliamentary Assembly
November 2003

Transatlantic Security Perceptions and Europe's Contribution to the Alliance (OF)

<http://www.nato-pa.int/default.asp?SHORTCUT=355>

Rapporteur: Karl A. Lamers (Germany)
Committee Report – Nato Parliamentary Assembly
November 2003

Recognizing the Continued Importance of the Transatlantic Relationship

http://www.house.gov/international_relations/108/90362.PDF

MARKUP BEFORE THE SUBCOMMITTEE ON EUROPE
The House Committee on International Relations
U.S. House of Representatives
29-10-2003

***These documents are included in the transcript of the hearing:**

MARK-UP H.RES. 390 TRANSATLANTIC RELATIONS - BEREUTER

http://www.house.gov/international_relations/108/ber102903.htm

The House Committee on International Relations
U.S. House of Representatives
29-10-2003

Congressman Robert Wexler - Statement Europe Subcommittee Markup - H. Res. 390

http://wwwc.house.gov/international_relations/108/wex102903.htm
The House Committee on International Relations
U.S. House of Representatives
29-10-2003

Statement of Representative Jo Ann Davis

http://wwwc.house.gov/international_relations/108/dav102903.htm
The House Committee on International Relations
U.S. House of Representatives
29-10-2003

The Future of the Transatlantic Relations: A View from Europe

http://wwwc.house.gov/international_relations/108/87796.PDF
HEARING BEFORE THE SUBCOMMITTEE ON EUROPE
The House Committee on International Relations
U.S. House of Representatives
June 17, 2003

***This document is included in the hearing file:**

The Future of the Transatlantic Relations - A View from Germany

http://wwwc.house.gov/international_relations/108/dett0617.htm
STATEMENT to the Committee on International Relations
Subcommittee on Europe
U.S. House of Representatives
June 17, 2003

Renewing the Transatlantic Partnership: A view from the United States

http://wwwc.house.gov/international_relations/108/87670.PDF
HEARING BEFORE THE Subcommittee on Europe
The House Committee on International Relations
U.S. House of Representatives
June 11, 2003

***These documents are included in the transcript of the hearing:**

The Future of Transatlantic Relations: A view From the United States – Statement Serfaty

http://wwwc.house.gov/international_relations/108/Serf0611.pdf
Hearings - HOUSE COMMITTEE ON INTERNATIONAL RELATIONS
U.S. House of Representatives
June 11, 2003

Renewing the Transatlantic Partnership: WHY AND HOW?

http://wwwc.house.gov/international_relations/108/mak0611.htm
Statement prepared for The Subcommittee on Europe of the House International Relations Committee
U.S. House of Representatives
11 June, 2003

NATO's Decision-Making Procedure (OF)

<http://fpc.state.gov/documents/organization/20359.pdf>
Paul Gallis
Congressional Research Service
May 5, 2003 (6 pag)

NATO Enlargement (OF)

<http://fpc.state.gov/documents/organization/20357.pdf>

Paul Gallis

Congressional Research Service

May 5, 2003 (6 pag)

NATO AND ENLARGEMENT: PROGRESS SINCE PRAGUE

http://wwwc.house.gov/international_relations/108/86774.PDF

HEARING BEFORE The Subcommittee on Europe of the
House International Relations Committee

U.S. House of Representatives

29-4-2003

***These documents are included in the transcript of the hearing:**

**Opening Statement of Rep. Doug Bereuter Chairman, House Subcommittee on Europe
Hearing: NATO and Enlargement**

http://wwwc.house.gov/international_relations/108/bere0429.htm

The Subcommittee on Europe of the
House International Relations Committee

U.S. House of Representatives

29-4-03

Testimony before the House International Relations committee on NATO enlargement

http://wwwc.house.gov/international_relations/108/brad0429.htm

Committee on International Relations

U.S. House of Representatives

29-4-03

**Statement by Ian Brzezinski Deputy Assitant Secretary of Defense for European and NATO Affairs – NATO
Enlargement**

http://wwwc.house.gov/international_relations/108/brze0429.htm

The Subcommittee on Europe of the
House International Relations Committee

U.S. House of Representatives

29-4-2003

Interpreting Prague (OF)

<http://www.nato.int/docu/review/2003/issue1/english/main.htm>

Nato Review

Spring 2003

UNITED STATES PRIORITIES IN EUROPE

http://wwwc.house.gov/international_relations/108/85641.PDF

HEARING BEFORE The Subcommittee on Europe of the
House International Relations Committee

U.S. House of Representatives

13-3-03

Testimony of Assistant Secretary Beth Jones

http://wwwc.house.gov/international_relations/108/jone0313.htm

Committee on International Relations

U.S. House of Representatives

13-3-03

Statement by the Honorable J.D. Crouch II, Assistant Secretary of Defense for International Security Policy

http://wwwc.house.gov/international_relations/108/crou0313.htm

The Subcommittee on Europe of the
House International Relations Committee
U.S. House of Representatives
13-3-03

Nato after Prague

http://www.nato.int/docu/0211prague/after_prague.pdf

NATO
14-1-03

For and Against: Debating Euro-Atlantic Security Options

<http://www.nato.int/docu/debate/debate-eng.pdf>

NATO
2002-2003

Annual report and accounts 2002-03

<http://www.mod.uk/publications/performance2002/chap03.htm>

Ministry of Defence, UK
2002-2003

Not OFFICIAL

Europe and the US in the Face of Common Challenges

<http://www.gmfus.org/doc/challenges.pdf>

Ronald D. Asmus
Contribution to the panel discussion on "Does NATO Still Matter?"
GMF
November 14, 2003

Crisis or Cooperation? The Transatlantic Relationship at a Watershed

<http://www.csm.org.pl/en/files/Crisis%20or%20cooperation.pdf>

Karsten D. Voigt
Center for International Relations
November 2003

Europe and the US in the face of Common Challenges

<http://www.csm.org.pl/en/files/Europe%20and%20the%20US%20in%20the%20face%20of%20common%20challenges.pdf>

Ronald D. Asmus
Center for International Relations
November 2003

The Central Issues for NATO

Janusz Onyszkiewicz
<http://www.csm.org.pl/en/files/The%20Central%20Issues%20for%20NATO.pdf>
Center for International Relations
October 2003

NATO and the Future of Transatlantic Security Cooperation

<http://www.upi-fia.fi/tilaisuudet/2003/ruhe030903.htm>

Michael Ruhle
Finnish Institute of International Affairs (FIIA) - Ulkopoliittinen instituutti (UPI)
3-9-2003

It takes an Optimist: The Future Role of NATO in European Security

http://www.csm.org.pl/en/files/raports/2003/rap_i_an_0803a.pdf

Klaus Becher

Center for International Relations

September 2003

The Future of NATO

http://www.csm.org.pl/en/files/raports/2003/rap_i_an_0703a.pdf

Hanns W. Maul

Center for International Relations

September 2003

Casualties of War: Transatlantic Relations and the Future of NATO in the Wake of the Second Gulf War

<http://www.cato.org/pubs/pas/pa483.pdf>

Christopher Layne

Cato Institute

August 13, 2003 (18 pag)

Why Nato should keep the Mideast peace

http://www.cer.org.uk/articles/everts_ft_29jul03.html

Steven Everts,

Centre for European Reform

July 29, 2003

NATO's Angry Sponsors: The View from Capitol Hill

<http://www.basicint.org/pubs/Notes/2003NATOAngrySponsors.htm>

Owen Pengelly

BASIC NOTES

June 13, 2003

Is NATO coming under pressure to amend its nuclear policy?

<http://www.basicint.org/pubs/Notes/2003NATOnukes.htm>

Basic Notes

June 2, 2005

NATO is irrelevant: A bureaucracy whose time has passed

http://www.ihf.com/articles/2003/05/24/edlevine_ed3_.php

Robert A. Levine

International Herald Tribune

24-5-03

NATO: Mending Fences

<http://www.theglobalist.com/DBWeb/StoryId.aspx?StoryId=3153>

Colin Powell

The Globalist

15-5-2003

Mending NATO: How to save the alliance

http://www.ihf.com/articles/2003/05/13/edhans_ed3_.php

Hans Binnediik and Anika Binnedik

International Herald Tribune

13-5-03

The new NATO: The only credible vehicle for peace

http://www.ihf.com/articles/2003/05/12/edrobertson_ed3_.php

Lord Robertson

International Herald Tribune

12-5-03

In Search of Stability: NATO's Strategic Crossroads

<http://www.ccc.nps.navy.mil/si/may03/europe.asp>

Brendan Wilson

Strategic Insights (Volume II, Issue 5)

May 2003

Transatlantic Relations: A crisis, but not a rift

<http://www.policy.lv/index.php?id=102683&lang=en>

Dr. Helga Haftendorn, Director of the Center on Transatlantic Foreign and Security Policy Studies at the Free University of Berlin, Germany

Policy. Lv

April 27, 2003

The Allies Must Try to Pick Up the Pieces

<http://www.gmfus.org/publications/article.cfm?id=71>

Ronald D. Asmus

European Affairs, Spring 2003, Vol. 4, No. 2, PP 26-33

GMF

April 1, 2003

NATO Response Force: Political Deftness, Economic Efficiency, Military Power

<http://www.ccc.nps.navy.mil/rsepResources/si/apr03/europe.asp>

Stephen J. Mariano and Brendan Wilson

Center for Contemporary Conflict

April 1, 2003

The Big Bang of NATO Enlargement: Goetterdaemmerung or Rebirth?

<http://www.ccc.nps.navy.mil/si/feb03/europe.asp>

Donald Abenheim

Strategic Insights (Volume II, Issue 2)

February 2003

NATO, EU and the Transatlantic Partnership After the Summits

http://www.cfr.org/publication_print.php?id=5471&content=

Speakers: Nicholas Burns, Wolfgang Ischinger, George Savvaides

Moderator: Robert Hunter

CFR

January 9, 2003

Current U.S. Think Tank Trends on the Issue of the Transatlantic Relationship

http://www.csm.org.pl/en/files/raports/2003/rap_i_an_0303a.pdf

Andrea Detjen

Center for International Relations

2003

Ukraine and NATO

<http://www.csm.org.pl/en/files/natoandukraine.pdf>

Janusz Onyszkiewicz

Center for International Relations

2003

**2002
OFFICIAL**

Intervening in the new security environment - Speech at Foreign Policy Centre

http://news.mod.uk/news/press/news_speech.asp?newsItem_id=2143

Secretary of State for Defence
Ministry of Defence, UK
12-11-02

Affirming the Importance of NATO - Markup

http://wwwc.house.gov/international_relations/107/81893.pdf

The Subcommittee on Europe of the
House International Relations Committee
U.S. House of Representatives
25-9-02

Transforming the Alliance (OF)

<http://www.nato.int/docu/review/2002/issue2/english/main.htm>

Nato Review
Summer 2002

NATO AND ENLARGEMENT: A UNITED STATES AND NATO PERSPECTIVE - HEARING

http://wwwc.house.gov/international_relations/107/80289.pdf

The Subcommittee on Europe of the
House International Relations Committee
U.S. House of Representatives
19-6-02

NATO ENLARGEMENT: A VIEW FROM THE CANDIDATE COUNTRIES

http://wwwc.house.gov/international_relations/107/79391.pdf

The Subcommittee on Europe of the
House International Relations Committee
U.S. House of Representatives
1-5-02

THE FUTURE OF NATO AND ENLARGEMENT

http://wwwc.house.gov/international_relations/107/78800.pdf

The Subcommittee on Europe of the
House International Relations Committee
U.S. House of Representatives
17-4-02

U.S. AND EUROPE: THE BUSH ADMINISTRATION AND TRANSATLANTIC RELATIONS

http://wwwc.house.gov/international_relations/107/78204.pdf

The Subcommittee on Europe of the
House International Relations Committee
U.S. House of Representatives
13-3-02

NATO in the 21st Century – The Road Ahead

<http://usinfo.state.gov/journals/itps/0302/ijpe/toc.htm>

U.S. Foreign Policy Agenda
An Electronic Journal of the U.S. Department of State, Vol. 7, No. 1
March 2002

Contents:

21st Century Nato: New Capabilities, New Members, New Relationships

<http://usinfo.state.gov/journals/itps/0302/ijpe/pj71grossman.htm>

Marc Grossman, Under Secretary of State for Political Affairs

Transforming NATO-Russia Relations

<http://usinfo.state.gov/journals/itps/0302/ijpe/pj71vershbow.htm>

Ambassador Alexander R. Vershbow, U.S. Ambassador to the Russian Federation

NATO Transformation: Securing Freedom for Future Generations

<http://usinfo.state.gov/journals/itps/0302/ijpe/pj71feith.htm>

Douglas J. Feith, Under Secretary of Defense for Policy

Successfully Managing NATO Enlargement

<http://usinfo.state.gov/journals/itps/0302/ijpe/pj71ralston.htm>

Air Force General Joseph W. Ralston, Commander-In-Chief, U.S. European Command, and Supreme Allied Commander Europe, NATO

Improving NATO's Capability: A Crucial Issue for the Prague Summit

<http://usinfo.state.gov/journals/itps/0302/ijpe/pj71levin.htm>

By Carl Levin, Chairman, U.S. Senate Armed Services Committee

NATO Enlargement: We Must Carefully Review and Study the Ramifications

<http://usinfo.state.gov/journals/itps/0302/ijpe/pj71warner.htm>

John W. Warner, Ranking Republican, U.S. Senate Armed Services Committee

NATO's Future

<http://usinfo.state.gov/journals/itps/0302/ijpe/pj71robertson.htm>

Lord George Robertson, NATO Secretary General

Preparing NATO to meet New Threats: Challenges and Opportunity

<http://usinfo.state.gov/journals/itps/0302/ijpe/pj71kugler.htm>

Richard Kugler, Professor, Institute for National Security Studies, National Defense University

Changing NATO after September 11

<http://usinfo.state.gov/journals/itps/0302/ijpe/pj71gordon.htm>

Philip H. Gordon, Senior Fellow in Foreign Policy Studies and Director of the Center on the United States and France, Brookings Institution

Case Study: Results of First Round Expansion-Poland's Experience

<http://usinfo.state.gov/journals/itps/0302/ijpe/pj71poland.htm>

Ambassador Przemyslaw W. Grudzinski, Polish Ambassador to the United States

Not OFFICIAL

The enlargement of NATO and the EU – reply to the annual report of the Council

http://assembly-weu.itnetwork.fr/en/documents/sessions_ordinaires/rpt/2002/1805.html

Assembly of WEU

3-12-2002

France, NATO and European Security: Status Quo Unsustainable; New Balance Unattainable?

http://www.ifri.org/files/politique_etrangere/PE_4_02_Howorth_ENG.pdf

Jolyon HOWORTH .

Ifri

December 23, 2002

Military Strategy for Transformation: NATO's Rubicon

<http://www.ccc.nps.navy.mil/si/dec03/europe.asp>

Brendan L. Wilson

Strategic Insights (Volume I, Issue 10)

December 2002

NATO reform: What Washington should accomplish in Prague

<http://www.heritage.org/Research/Europe/loader.cfm?url=/commonspot/security/getfile.cfm&PageID=32947>

John C. Hulsman, Ph.D. and Helle C. Dale

Heritage Foundation

November 19, 2002

Starting Over

For a Franco-German Initiative in European Defence

http://www.swp-berlin.org/common/get_document.php?id=397

Christoph Bertram, Yves Boyer, Francois Heisbourg, Joachim Schild

SWP – Studie

November 2002

What role for NATO?

http://www.cer.org.uk/pdf/briefing_grant_nato.pdf

Charles Grant

Centre for European Reform

November 2002

What future for NATO?

http://www.cer.org.uk/pdf/wp374_nato.pdf

Stanley Sloan & Peter van Ham

October 2002

Centre for European Reform

October 2002 (30 pag)

French Gamesmanship and the Future of the Alliance:

<http://www.ndu.edu/inss/books/Books%20-%201998/NATO%201997%20Sept%2098/natoch2.html>

The Case of Allied Forces Southern Europe

Ronald Tiersky

Institute for National Strategic Studies

October 1, 2002

New Capabilities: Transforming NATO forces

***The document can be accessed through the following address:**

<http://www.acus.org/InternationalSecurity/Default.htm>

Robert Hunter, George Joulwan, CO-CHAIRS, C. Richard Nelson, PROJECT DIRECTOR & RAPPOREUR

The Atlantic Council of the United States

September 2002

Redefining NATO's Mission: Preventing WMD Terrorism

www.twq.com/02summer/lugar.pdf

Richard G. Lugar

THE WASHINGTON QUARTERLY

Summer 2002

H.R. 3167, the NATO Expansion Bill, Advances American Security

<http://www.heritage.org/Research/NationalSecurity/WM99.cfm>

Jack Spencer

The Heritage Foundation

WebMemo #99

May 17, 2002

Skeptics are wrong: NATO remains necessary

http://www.iht.com/articles/2002/05/16/ednye_ed3_.php

Joseph S. Nye

International Herald Tribune

16-5-02

NATO: Heading nowhere?

http://www.iht.com/articles/2002/05/10/edkay_ed3_.php

Sean Kay

International Herald Tribune

10-5-02

NATO Enlargement in Southeast Europe: America's Interest

<http://www.heritage.org/Research/Europe/HL741.cfm>

Simeon Saxe-Coburg

The Heritage Foundation

Heritage Lecture #741

April 26, 2002

The Conservative Case for NATO reform

<http://www.heritage.org/Research/Europe/loader.cfm?url=/commonspot/security/getfile.cfm&PageID=3473>

John C. Hulsman, Ph.D.

Heritage Foundation

April 9, 2002

The War Against Terrorism, The EU's Response, and the Future of NATO

<http://www.heritage.org/Research/Europe/HL735.cfm>

Bernard Jenkin, M.P.

The Heritage Foundation

Heritage Lecture #735

March 7, 2002

What's NATO For?

<http://www.time.com/time/nation/article/0,8599,391501,00.html>

James Graff

TIME

February 17, 2002

Russia in NATO?

<http://www.twq.com/02winter/baker.htm>

James A. Baker III

The Washington Quarterly (Volume 25, number 1)

Winter, 2002

NATO'S BIG BANG

http://www.cer.org.uk/articles/n_21_cottey.html

By Andrew Cottey

Centre for European Reform

January 2002

Theories at a loss? EU-NATO fusion and the 'low-politicisation' of security and defence in European integration¹

http://www.upi-fia.fi/julkaisut/UPI_WP/wp/wp35.pdf

Hanna Ojanen

Finnish Institute of International Affairs (FIIA) - Ulkopoliittinen instituutti (UPI)

2002

The European Security and Defense Policy: NATO's Companion – or Competitor?

<http://www.rand.org/publications/MR/MR1463/>

Robert E. Hunter

RAND

2002

2001 OFFICIAL

GERALD B. H. SOLOMON FREEDOM CONSOLIDATION ACT OF 2001

http://www.house.gov/international_relations/democratic/hr3167.pdf

Report - Mr. HYDE, from the Committee on International Relations

U.S. House of Representatives

5-11-01

THE U.S.-EUROPEAN RELATIONSHIP: OPPORTUNITIES AND CHALLENGES

http://www.house.gov/international_relations/107/72347.pdf

The Subcommittee on Europe of the

House International Relations Committee

U.S. House of Representatives

25-4-01

Inter-Allied Confederation of Reserve Officers Annual Seminar - 13 February 2001- “European Defence – The Facts and the Myths”

http://news.mod.uk/news/press/news_speech.asp?newsItem_id=849

Secretary of State for Defence

Ministry of Defence, UK

13-2-01

37th Munich Conference on Security Policy – European Defence

http://news.mod.uk/news/press/news_press_notice.asp?newsItem_id=847

Secretary of State for Defence

Ministry of Defence

1-2-01

THE GLOBALISATION OF THE DEFENCE INDUSTRY: POLICY IMPLICATIONS FOR NATO AND ESDI THE UK'S ROLE IN EUROPEAN DEFENCE

http://news.mod.uk/news/press/news_speech.asp?newsItem_id=824

Royal Institute for International Affairs

Secretary of State for Defence

Ministry of Defence

29-1-02

Not OFFICIAL

A New Mission for NATO

<http://www.gmfus.org/publications/article.cfm?id=73>

Ronald D. Asmus

GMF

November 1, 2001

Permanent Alliance? NATO'S Prague Summit and Beyond

www.acus.org/Publications/policypapers/internationalsecurity/Permanent%20Alliance.pdf

Wesley K. Clark, Max Cleland, Chas. W. Freeman, Jr., and Gordon Smith, CO-CHAIRS; C. Richard Nelson,
PROJECT DIRECTOR; **Robert L. Hutchings, RAPPORTEUR**
The Atlantic Council of the United States
May 2001

The New, Bigger NATO: Fears v. Facts
<http://www.policyreview.org/apr01/bering.html>
Helle Bering
Policy Review, 106
April&May 2001

Death Knell for NATO? The Bush Administration Confronts the European Security and Defense Policy
<http://www.cato.org/pubs/pas/pa394.pdf>
Christopher Layne
Cato Institute
April 4, 2001
(15 pag)

2000 OFFICIAL

Statement to the house on European Defence Co-Operation
http://news.mod.uk/news_press_notice.asp?newsItem_id=765
Secretary of State for Defence
Ministry of Defence, UK
22-11-2000

NATO in the 21st Century
http://news.mod.uk/news/press/news_press_notice.asp?newsItem_id=602
Defence Secretary Speech to Chinese NDU
Ministry of Defence, UK
3-7-200

**Secretary of State's Speech to American Chambers of Commerce Seminar 'Transatlantic Defence:
Bringing Reality to the Vision'**
http://news.mod.uk/news_speech.asp?newsItem_id=601
Ministry of Defence, UK
24-5-00

Not OFFICIAL

The Guns of Brussels
Burden Sharing and Power Sharing with Europe
http://www.policyreview.org/jun00/hulsman_print.html
By John C. Hulsman
Policy Review
June 2000

Solving Russia: Final Piece in NATO's Puzzle

www.twq.com/winter00/231Hunter.pdf

Robert Hunter

The Washington Quarterly 23:1

Winter 2000

Where will NATO be Ten Years from now?

www.zei.de/download/zei_dp/dp_c67_van_heuven.pdf

Van Heuven M.

ZEI Discussion Paper

ZEI

2000

1999

OFFICIAL

NATO and European Defence

<http://www.mod.uk/publications/whitepaper1999/chapter2.htm>

Defence White Paper 1999

Ministry of Defence, UK

1999

Nato enlargement – round two. Prudent or folly? (OF)

<http://www.fas.org/man/nato/99-082.pdf>

Gordon B. Hendrickson, Major, USAF

Air command and staff college, Air University

April 1999

(62 pag)

Not OFFICIAL

Juggling the Bear: Assessing NATO Enlargement in Light of Europe's Past and Asia's Future

<http://www.fas.org/man/nato/ocp24.htm>

David S. Fadok

USAF Institute for National Security Studies

Occasional Paper #24

March 1999.

Nato Enlargement: Toward a separate euro-atlantic command

<http://www.fas.org/man/nato/ceern/hallga2.htm>

Hall Gardner

Professor and Chair International Affairs Department

American University of Paris

January 30, 1999

1998

Not OFFICIAL

Flawed Democracies: The Dubious Political Credentials of NATO's Proposed New Members

<http://www.cato.org/pubs/pas/pa297.pdf>

Thomas M. Magstadt

Cato Insitute

March 6, 1998 (40 pag)

Nato Expansion Flashpoint No. 3: Kaliningrad
<http://www.cato.org/pubs/fpbriefs/fpb-046.pdf>

Stanley Kober
Cato Institute
February 11, 1998 (21 pag)

1997
Not OFFICIAL

Nato Expansion Flashpoint No. 2: The Border between Hungary and Serbia

<http://www.cato.org/pubs/fpbriefs/fpb-045.pdf>

Ted Galen Carpenter and Pavel Kislitsyn
Cato Institute
November 24, 1997

Nato Expansion Flashpoint No. 1

<http://www.cato.org/pubs/fpbriefs/fpb-044.html>

Ted Galen Carpenter and Andrew Stone
Cato Institute
September 16, 1997

1996
Not OFFICIAL

The Context for Change

<http://www.ndu.edu/inss/McNair/mcnair46/m046ch04.html>

Parameters
McNair Paper Number 46 Chapter 4
January 1996

1991
OFFICIAL

Nato Transformed (OF)

<http://www.nato.int/docu/review/1991/9106-toc.htm>

Nato Review n° 6

The significant of the Rome Summit by Manfred Wörner, NATO Secretary General